

RELACION
DEL
SITIO DEL CUZCO

Y PRINCIPIO DE LAS GUERRAS CIVILES DEL PERÚ
HASTA LA MUERTE DE DIEGO DE ALMAGRO,

1535 á 1539.

Biblioteca Nacional, sala de Ms., J. 13o.



S. C. C. M.

PORQUE por experiencia se ha visto, de estas partes no informar los hombres á su Príncipe, sino de lo que más hace á su caso, por cuya informacion incierta podria ser el juicio de V. M. no conformarse con su católico propósito, he tomado atrevimiento, con celo de verdadero vasallo, por no dar lugar á falsas opiniones, para representar lo que en estos reinos ha sucedido despues que el Inga, principal señor entre los naturales, se rebeló; porque somos por la mayor parte como los tahures, que porfiamos lo que á nuestro propósito hace más al caso, para que por lo que yo dijere alguno se justifique más, porque en parte se conozca quién está más justificado. Porque, como testigo de vista, desde que los naturales se rebelaron hasta el dia de hoy, puedo hacer relacion, con protestacion, que ninguna ma-

nera de aficion me haga salir del quicio de la verdad.

Escribo desde que el Inga se alzó, que de allí tomó principio el merescer de cada uno; V. M., como Rey y señor, puede con la clemencia templar el rigor de la justicia, aunque vea muestras de mayor culpa, porque cosas hay que los principios dellas disculpan los sucesos, por grandes que sean, de cosas que con la poca razon de comenzallas, aunque ménos recias, se hacen más dignas de castigo.

Suplico á V. M. perdone mi atrevimiento, porque las subcedidas, siendo tan árduas, las quise sumar en la brevedad de mi juicio, para dar cuenta dellas á V. M., á quien todos la debemos dar, y es bien que la resciba, no como parece el gasto, que sería grande el alcance, mas con la fuerza y necesidad de hacerlo se disimule la ejecucion de la paga, porque desta manera los que os han sido servidores con fundamento dellas queden satisfechos, y los que por el contrario, castigados; porque, en ley de buen conocimiento, harta punicion y castigo es perdonar al que erró. En cuya católica clemencia confio en nombre de todos, pues la misericordia, como digo, pone más arrepentimiento en el culpado, y propósito y nueva obliga-

cion para hacer mayores servicios, que el que no lo fué; así que, debajo destas condiciones, por parte de ambas partes se tomen... (1).

E oso decillo así, porque en tal caso no ha de hallar en mí un punto ni una sílaba que toque en perjuicio, la una más que la otra, aunque en seguir la razon en servicio de V. M. me abrace con quien me pareció más amigo de seguille y tennelle. Á quien humildemente suplico al tiempo que estas nuevas oyere, la súpita alteracion halle lugar en el pecho, pues para muy mayores casos lo ha tenido y tiene, hasta que se conozca por él fiel á donde cargó más la balanza; porque no se haga mayor cargo al que por ventura debe ménos.

(1) La última palabra no se entiende.



AL tiempo que Hernando Pizarro venía á esta ciudad, con propósito que los vecinos della hiciesen servicio á V. M., como ya en la ciudad de Los Reyes quedaba hecho, habíanle escrito al Gobernador, que el Inga, principal señor entre los naturales, estaba preso por sospecha que dél se tuvo de querer alzarse, para que viese lo que era bien hacerse sobre ello. El Gobernador respondió que Hernando Pizarro venía ya de camino, que, llegado, él haría lo que le pareciese ser más servicio de V. M., porque él traía poderes muy bastantes para todo.

Despues que allí llegó, halló no estar en la ciudad Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, que eran idos á castigar ciertos caciques que se habian alzado y muerto un español, hallando ya el Inga puesto en su libertad, á quien encareció mucho cuanto debia al servicio de V. M., porque

una de las cosas más principales que en esta jornada mandó, fué entender en su buen tratamiento, favoreciéndole en su real nombre, de que el Inga se mostraba estar tan favorecido y contento, que no se sospechaba dél ninguna ruin voluntad ni propósito. Hernando Pizarro, venido Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, habló en el Cabildo cuánto convenía que los vecinos hiciesen á V. M. algun servicio, pues estaban tan aprovechados de la tierra, y la Real hacienda tan gastada con las guerras del turco y franceses; desto se resabieron muchos, y en tanta manera que decian él haber ordenado de sí mismo este servicio por hacelles mal, á cuya causa quedó mal quisto de algunos, como V. M. adelante verá.

Estando entendiendo en la fundicion, vino nueva que el Collao estaba alzado, y los indios habian muerto ciertos españoles que estaban en las minas, y que Villahoma, un indio muy principal á quien tienen ellos en la veneracion que nosotros tenemos al Papa, era vuelto de la jornada del Adelantado D. Diego de Almagro, con quien iba, y estaba por Capitan de la gente de guerra. Hernando Pizarro preguntó al Inga si sabia ser esto así; el cual dijo, que era verdad quel Collao estaba

alzado, que él queria ir á conquistarlo, yendo su misma persona del dicho Hernando Pizarro con él y no otro Capitan, y que Villahoma era cierto haberse tornado, mas que no estaba con los indios de guerra, ni fué en hacellos alzar, sino que por los malos tratamientos que les hicieron las gentes del Adelantado D. Diego de Almagro, se habian alzado, y que Villahoma se volvió porque así mesmo le trataban mal y le querian llevar en una cadena, como llevaban á Paulo que es hermano del mismo Inga.

A este tiempo se publicó entre los españoles que este Paulo se soltó al Adelantado, y que estaba aquí escondido. Desto rescibió la Ciudad muy gran alboroto, requiriendo á Hernando Pizarro prendiese al Inga, porque sin duda ninguna tenía á su hermano escondido, que si era así, era muy claro indicio de se querer alzar. El Inga respondió á esto que se lo levantaban, porque en su voluntad jamás habia errado, que si Paulo fuera venido no habia causa ninguna para escondelle, que él queria enviar á llamar á Villahoma para que todos perdiesen la sospecha y se conociese su intencion. Hernando Pizarro le dijo que lo hiciese, porque los españoles conociesen estar

muy engañados en lo que dél sospechaban, dándole joyas que habia traído de España, regalándole y contentándole en todo lo que podia; de que el Inga se mostraba estar tan contento, que por ninguna vía se podia sospechar dél mal propósito ninguno. El cual pidió licencia á Hernando Pizarro para salir á rescibir á Villahoma; él se la dió, y ambos á dos se vinieron á las casas del Sol, adonde Villahoma viniendo enojado de los españoles que iban á Chile, le aconsejó que se alzase y no dejase español á vida. Acordado todo esto vinieron todos juntos á ver á Hernando Pizarro, á los cuales rescibió mostrando mucho contento con Villahoma; el Inga lo llevó á sus aposentos, y de ahí á dos dias vinieron con muchos principales á pedir licencia para ir á una jornada de aquí á un valle que se dice Yucay, para celebrar ciertas ceremonias á Guainacaba, su padre, que estaba allí enterrado y tenía por costumbre de hacerlas cada año. Tomada la licencia, partiéronse miércoles á 18 de Abril, llevando consigo á Villahoma y dejando algunos indios principales que entre los españoles eran tenidos por sospechosos, para con ménos sospecha hacer lo que tenían determinado.

De ahí á dos dias que de aquí partieron,

vino un español, que á la sazón estaba fuera del pueblo, á avisar á Hernando Pizarro como el Inga iba camino de Lares, que es un pueblo quince leguas de la ciudad, tierra muy fragosa, á cuya causa creía sin duda ninguna que iba alzado, aunque le dijo ir á sacar cierto oro que sabía estar ascondido en aquella parte. Hernando Pizarro, estando dél muy confiado, no dió del todo crédito á ninguna cosa, ántes, por mostrar más confianza, le envió á decir con indios que se diese toda la priesa que pudiese porque ya sabía que habían de ir á castigar los indios caciques que se andaban alzados en el Collao. El cual, no haciendo caso de esto, hizo una cosa digna de hacer memoria della, y fué que, estando juntos muchos caciques y personas entre ellos señaladas, mandó traer delante sí dos vasos muy grandes de oro, llenos de brebaje de maíz que entre ellos se bebe, y dijo: «Yo estoy determinado de no dejar cristiano á vida en toda la tierra, y para esto quiero primero poner cerco en el Cuzco; quien de vosotros pensare servirme en esto ha de poner sobre tal caso la vida; beba por estos vasos y no con otra condicion.» Muchos Capitanes, y entre ellos otras personas principales, se levantaron á beber debajo de la postura,

que la cumplieron como V. M. adelante verá.

Sábado, víspera de Pascua de flores, fué Hernando Pizarro avisado por cosa muy cierta que el Inga estaba alzado con muy dañado propósito; sabido esto se declaró con el pueblo diciendo las malas nuevas que del Inga tenían, y con los de más razon y experiencia comunicó lo que para el remedio del daño que se esperaba era mejor hacer, y acordó de salir con gente de pié y de caballo en su seguimiento, ántes que tuviese lugar para hacerse poderoso. Luégo, otro dia, salió Hernando Pizarro con mucha gente, y como llegó á Yucay y se informó adonde estaba el Inga no podian ir á caballo, envió treinta peones que fuesen á dar en él; los cuales fueron, y considerando que por la dispusicion de la tierra ser muy mala, por ser en la sierra, podrian los indios desbaratarlos, fué con toda la gente que allí tenía en su seguimiento, yendo todo lo más del camino á pié y los caballos del diestro, por no poder caminar á caballo: el cual halló la gente con tanta desórden, que á no socorrellos los mataran á todos. É como sin riesgo muy conoscido, por la dispusicion del sitio adonde estaban, no podian allegar á él, acordó que, así por

esta causa como por hacer mensajeros al Gobernador haciéndole saber lo que pasaba, era razon retirarse, lo hizo así enviándole las cartas con indios amigos.

En este comedio, habia venido un vecino á pedir licencia á Juan Pizarro, que quedó en la ciudad, para ir á unos pueblos suyos de donde se le vinieron á quejar sus caciques, diciendo que gente de guerra los destruía y robaba, adonde fueron tres españoles y los mataron, porque todo era con cautela de indios; de los españoles, que escaparon algunos, se supo la traicion. Juan Pizarro salió á socorrellos, y hallando rastro de los muertos y la tierra tan fragosa que era forzado entrar á pié, paresciéndole, con la gente que llevaba, que era muy poca, no podia dejar de dar más cebo á los indios, se volvió. En este mismo tiempo fué Gonzalo Pizarro hácia la provincia del Collao, una jornada de aquí, adonde halló tantos indios de guerra, que no pudo hacer cosa ninguna; todos tres hermanos llegaron á un tiempo á esta ciudad. Luégo, otro dia, se supo como en Yucay habia mucha gente de guerra, y creyendo estar allí el Inga, dijo Hernando Pizarro á Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro fuesen á dar en él; los cuales fueron, y ántes que llegasen al rio que

pasa por medio del valle, les tenían quebradas las puentes, y no tuvieron otro remedio sino echarse con los caballos al agua. Los indios por defendelles el paso, y ellos por pasar, fué cosa muy de ver cuán bien lo hicieron los españoles, porque ganándoles el rio, mataron muchos dellos, poniéndose todos en huida.

Estando en esto, vinieron grandísimo número de indios sobre la ciudad, los cuales se pusieron en tierra muy fragosa, porque toda la más es así; Hernando Pizarro mandó dividir la gente en dos partes; la una, con un Capitan, para que diese en ellos por las espaldas, y con la otra dió él por la parte de la ciudad, con tanta priesa y determinacion, que los indios desmayaron de tal manera que todos huyeron. Hernando Pizarro, pareciéndole que era bien en los principios ejecutar para poner escarmiento en lo adelante, fué corriendo el alcance, hiriendo y matando en ellos, bien dos leguas; aquí murió un español que se desmandó de los demas. Vueltos á la ciudad, vino luego Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro. El dia siguiente, pareciendo sobre ella grandísimo número de indios por todas cuatro provincias (porque está fundada de manera que las divide todas cuatro, que son

la provincia de Chinchasuyo, Collasuyo, Condesuyo y Andasuyo, y de todas vienen á dar en este pueblo), Hernando Pizarro, acordó, con todos los españoles juntos, dar en una sierra fragosa, adonde estaba la gobernacion de Condesuyo; los indios lo esperaron al pié della, adonde tenían hecha una albarrada junto al rio. Hernando Pizarro y sus hermanos acometieron, con todos los demas, con tanto denuedo, que por mucho que hicieron los indios, no pudieron tanto que pudiesen defender el albarrada, porque arremetió Hernando Pizarro, y llegó hasta dar con los pechos del caballo en el albarrada, que era toda de piedra seca, y hizo camino por do todos pasaron; los indios se comenzaron á mejorar en la sierra echando piedras grandes puestas á mano desde lo alto, mas todo les valió poco, porque Hernando Pizarro y los que le seguian les dieron tanta priesa, que les ganaron todo lo alto. Pusiéronse en huida, yendo siguiendo el alcance bien tres leguas, adonde se perdió de todos Juan Pizarro con tres ó cuatro de á caballo; Gonzalo Pizarro lo halló ménos, y temia lo mataban, porque bien vió que iba sólo. Se dió priesa á ganar un paso malo donde los indios lo habian de esperar, y si él no le

tomara primero, no pudiera dejar de perderse.

Luégo, otro dia, salió Gonzalo Pizarro á hacer guarda hácia la provincia del Collao, adonde fué acometido de tanta gente, que cercándole por todas partes, le pusieron en mucho estrecho; siendo Hernando Pizarro dello avisado, salió á socorrelle, y Juan Pizarro con él, con alguna gente de caballo que los siguió. Los indios los esperaron en el llano, donde fué cosa muy de ver la escaramuza que anduvo, porque Hernando Pizarro rompió por uno dellos que era de los que peleaban con hondas y lanzas, y Juan Pizarro dió en el otro que era de flecheros, adonde le mataron el caballo, y se víó en mucho peligro, y murieron otros dos ó tres caballos. Viendo Gonzalo Pizarro el buen socorro, dió tanta priesa á los enemigos, que, volviendo las espaldas, se pusieron en huida. Del escuadron de Hernando Pizarro murió un español que se desmandó, de los indios murieron muchos. Otro dia salieron Juan y Gonzalo Pizarro á desbaratar un escuadron de gente que se mostró en un cerro á la parte de Chinchasuyo; como se llegaron cerca los españoles, los indios comenzaron á huir, hasta metelles en una celada de veinte mil indios, los cua-

les salieron á ellos con tan gran ímpetu y denuedo, que los pusieron en demasiada necesidad, porque la tierra es tan áspera, que los caballos no podían hacer cosa ninguna; á cuya causa, por mucho que Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro hicieron, no pudieron tanto que, á mal de su grado, con la mayor orden que pudieron, no viniesen á espaldas vueltas retirándose á la ciudad. Los indios los venían siguiendo dándoles tanta priesa, que por el buen ánimo y orden de los españoles caudillos, no se perdieron.

Entretanto que esto pasaba, los indios amigos, que estaban en la fortaleza, escaramuzaban con los contrarios á la parte della, defendiéndoles la ladera; mas como el número de los enemigos era grandísimo, tomáronles lo alto de la cuesta y desampararon la fortaleza, viniendo huyendo por la ladera que está á esta parte de la ciudad. Hernando Pizarro, como lo vió, á mucha priesa tomó un caballo y salió en socorro de los amigos, algunos españoles que se hallaron prestos lo siguieron; el cual se dió tanta priesa y tan buena maña, que hiriendo y matando en ellos, les hizo volver las espaldas, ganándoles todas las plazas que están adelante de la muralla. Adonde ver la priesa que

con ellos traia, fué cosa muy de ver, porque fué tanta, que no lo pudiendo el caballo sufrir, le cansó de manera que poco ni mucho no le podia mover; luégo fué socorrido con una yegua y acometió los indios de nuevo, juntamente con los españoles que con él se hallaron, que, matando y alanceando muchos, les hicieron del todo volver las espaldas. Hernando Pizarro fué siguiendo el alcance tan delantero de todos que le perdieron de vista, adonde se presume que su demasiado ánimo fué parte y el todo para salir con la vida, porque como los enemigos reconocieron que iba sólo revolviéronse sobre él, adonde le mataran sin duda ninguna sino fuera por lo que digo, tornando á juntarse con los cristianos, escaramuzando con los indios. Ciento dellos se hicieron fuertes en un alto adonde los caballos no podian subir ni pelear, y los indios se defendian muy bien, con piedras grandes echadas á mano y piedras de hondas, favoreciéndose mucho, viendo que los españoles no les podian perjudicar; Hernando Pizarro, muy enojado de vellos en soberbia, pareciéndole que si de allí no los echaba sería dejallos con demasiado atrevimiento, mandó á personas particulares, hombres sueltos y de buenos

ánimos, que se apeasen y los echasen de allí, los cuales subieron con tanto trabajo y peligro, de la infinidad de piedras que venían por el cerro abajo, que no parecia sino que, milagrosamente, Dios peleaba por ellos, porque sin morir un hombre todos los indios murieron sin dejar uno á vida; adonde los indios amigos se cebaron de manera que se esforzaron y cobraron ánimo para lo de adelante.

Vuelto á esta ciudad con esta victoria, halló ya ser venido Juan Pizarro, el cual venía herido, y, aunque entónces se tuvo en poco la herida, fué causa y principio de su muerte, por lo que despues sucedió. Hernando Pizarro le dijo que le parecia que sería bien poner guardas en la fortaleza, porque ganándola los indios no serian despues parte para tornársela á ganar, y sería poner la ciudad en mucho trabajo por estar más alta la fortaleza, de adonde los indios serían más poderosos y los tendrían allí por padrastro. Juan Pizarro le respondió que no tenía por inconveniente que la ganasen, porque todas las veces que fuese menester ganarla se la tomaría con veinte de caballo, porque hacer otra cosa era dividir la gente, lo cual no se sufría siendo tan poca. Este mismo dia mandó Hernando Pizarro que de toda la

gente de caballo hiciesen tres compañías, encomendándolas á Gonzalo Pizarro y á otros dos Capitanes; no se hallaron más de noventa de caballo sin los Capitanes, cada una de treinta, repartiéndolos la ciudad en tres cuarteles. A Gonzalo Pizarro dió la guarda á la parte de la fortaleza y de la provincia de Chinchasuyo y Condesuyo, y al otro Capitan la parte del Collao, de los Canes, de los Canches y de Tambo, y al otro Capitan la parte de Andasuyo y Collasuyo; á los peones no se les dió cuartel por ser muy pocos, y porque los indios hacían muy poca cuenta dellos.

Otro dia, sábado, dia de San Juan Ante-Portam-Latinam, amanesció tomada la fortaleza y por todas las provincias y partes que he dicho cercada la ciudad, dividida toda la gente en nueve partes; en que habia escuadron de veinte mil indios, y de doce mil y diez mil, que por todos, segun despues se averiguó, eran cien mil indios de guerra y ochenta mil de servicio. Luégo, á la parte de la fortaleza, pusieron fuego á las casas que estaban en la ladera, y así como se iban quemando venían ganando tierra, haciendo por las calles albarradas y cavas. Acaeció este dia hacer muy gran viento, y,

como los altos eran de paja, en un punto no parescia sino que toda la ciudad era una llama de fuego, adonde era tan grande la grito de los indios, y el humo tan espeso que no se veian ni oian los unos á los otros. Cada Capitan tenía cargo de su cuartel, adonde era tanta la priesa que los indios les daban que no se podian valer, ni dar á manos; Hernando Pizarro andaba con mucha priesa favoreciendo á donde veia la mayor necesidad. Los indios se favorecian en tanta manera, pensando ser ya todo hecho, que con grandísima determinacion se metian por las calles y peleaban mano á mano con los españoles.

Pareciéndole á Hernando Pizarro que segun el estrecho en que estaba era menester de usar de algun ardid, para que los españoles no desmayasen y los enemigos no cobrasen mayor esfuerzo, sacó de las compañías hasta veinte de á caballo, y con ellos salió hácia la parte de Condesuyo, dando en los indios con tanto esfuerzo, que hiriendo y matando en ellos los llevó hasta las quebradas que se hacen á la sierra, adonde se rehicieron, y pasó gran parte del dia que no se conosció mejoría de los unos á los otros. Viendo esto Hernando Pizarro y pareciéndole que en la ciudad habria nesciedad, segun el es-

tado en que la dejó, mandó retirar á los españoles; los indios le vinieron siguiendo hasta lo llano, y como allí los vió Hernando Pizarro, dió la vuelta sobre ellos y escarmentólos de tal manera, que en todo aquel dia no osaron salir de su sitio. Aquí perdió un español el caballo por apearse en un mal paso. Este dia y los otros siguientes siempre ardia la ciudad, y la gente de guerra se ensoberbecia, pareciéndoles que ya los españoles no eran parte para defenderse.

Villahoma, que era el caudillo y Capitán general, tuvo cuidado de ganar lá fortaleza apoderándose en ella, paresciéndole que como la tuviese la ciudad estaba sin resistencia. El Inga en todo este tiempo estaba tres leguas de aquí haciendo proveer de gente para el combate. Como las casas fueron del todo quemadas, los indios podian andar por encima de las paredes, que, como con los caballos no los podian ofender, andaban muy á su salvo; de manera que de dia ni de noche los cristianos no descansaban, porque en anocheciendo salian á derribar paredes para desocupar el campo, y deshacer albarradas y cegar oyos y cavas muy grandes, y romper acequias por donde los enemigos traian agua para encharcar las tierras, porque los

caballos no pudiesen salir al campo, luégo, en amaneciendo hasta que anohecía, tornaban á pelear. Y en este tiempo Hernando Pizarro, pasados seis dias de trabajo y peligro, en fin de los cuales los enemigos estaban apoderados casi de toda la ciudad, porque los españoles no tenían ni poseían más de la plaza con algunas casas á circuito, muchas personas particulares mostraban ya mucha flaqueza, los cuales aconsejaban á Hernando Pizarro que desamparase la ciudad y se buscase camino para salvar las vidas. Hernando Pizarro sonriéndose, el rostro alegre, les respondió: «No sé yo señores cómo quereis poner eso por obra, porque á mí no me viene ni ha venido temor alguno.» De vergüenza destas palabras no osaban declarar sus propósitos; otros muy á la clara hacían corrillos. Hernando Pizarro disimuló con ellos todo aquel dia, y en siendo de noche mandó llamar á Juan Pizarro y á Gonzalo Pizarro, y á todas las otras personas de quien se hacía cuenta, y, estando juntos, paresciéndole que si disimulaba más con ellos podría ser que se le desvergonzasen para dejalle la ciudad, el rostro sereno, no mostrando punto de temor, viendo en la confusion que todos estaban, les habló desta manera:

«Heos, señores, pedido por merced que os juntásedes para hablar á todos juntos, paresciéndome que los indios cada dia se nos desvergüenzan más, y creo que lo causa el encogimiento y tibieza que en algunos han conocido, que nõ es poco claramente decir que desamparemos el pueblo; porque si vos, Juan Pizarro, tal voto diésedes, pareceria que tuvistes ánimo para defendello á Almagro cuando se quiso alzar, y que para con los indios, que no le tuvieron respeto os falta; y á vos, Tesorero, os pareceria muy feo hablar en tal cosa, pues teneis á cargo los reales quintos, y sois obligado á dar cuenta dellos con la misma obligacion como tiene el Alcalde á dar cuenta de su fortaleza; y vosotros, señores Alcaldes y Regidores, no es razon que al pueblo que teneis encomendado para administrar en él justicia le hagais tan grande sin razon que le entregueis y dejeis en mano de los tiranos, porque mal contado me sería á mí que la tierra que D. Francisco Pizarro, mi hermano, tiene conquistada y poblada, se diga que por ninguna manera de temor Hernando Pizarro la desamparaba. Porque quien tuviere conocimiento claramente verá que, conociendo los indios flaqueza, es acrecentar en ellos el ánimo. En ser-

vicio de Dios y del Rey, sustentando vuestras casas y haciendas, morís; ved si son prendas que por desamparallas era bien buscar el peligro que tenemos, cuanto más huille, no piense ninguno en tal cosa, porque ya que lo querais poner por obra, ha de ser dejándome sólo, adonde con la vida pagaré la deuda que me puso obligacion de hacer lo que digo, que no quiera Dios que se diga que otro ganó el pueblo y que yo le perdí. Esforcémonos todos con la razon que tenemos de pelear, y no sentiremos el peligro, porque ya sabeis que con el esfuerzo se alcanza lo que parece imposible, y sin él lo fácil se hace dificultoso. Esta es mi voluntad; suplícoos que la de todos se conforme con ella, *porque, con division, clara cosa es perder-nos sin enemigo.*»

A todos les pareció estas palabras de hombre valeroso, y á una le respondieron que, pues á él así le parecia, que, como á persona que á todo tenía experiencia, diese el remedio, porque todos estaban aparejados á ponello luégo por la obra. Hernando Pizarro, agradeciéndoselo mucho, dijo: «Ya veis como toda la gente está cansada y desvelada, los caballos flacos y muy fatigados, la fortaleza en poder del enemigo, de donde recibimos

todo el daño, porque ella les hace espaldas para metérsenos en el pueblo, á cuya causa tienen tanto atrevimiento, que, segun el estado en que estamos, conservarse el pueblo dos dias es imposible pues ya no tenemos ni poseemos más de la plaza; así que es necesario perder todos las vidas ó ganar la fortaleza, porque ganándola se asegura el pueblo, y de otra manera sería perderse, y para esto es menester que yo vaya luégo de mañana á tomalla, con toda la más gente de á caballo que estuvieren más á punto.» Todos respondieron que era muy bien, que los de caballo estaban aparejados á morir con él, ó salir con ello. Viendo Juan Pizarro lo que estaba determinado, paresciéndole así muy bien, dijo: «Por mi causa se dejó de poner guardas en ella, y á esta causa dije, que todas las veces que fuese menester la tomaria, y pues es así, mal pareceria que aquello á que yo me obligué, siendo vivo me sacase nadie de la deuda.» Y pidió á Hernando Pizarro le mandase dar gente para ir á allá, habiéndolo él por bueno. Hernando Pizarro le dijo que fuese, y que holgaba dello, y Juan Pizarro dijo que lo tuviese por bien quedando su persona en el pueblo, pues era bien menester, que él en todo caso queria hacer

aquella jornada; luégo se apercibió para ello con cincuenta de á caballo, aperciéndose asimismo Gonzalo Pizarro y otro Capitan, Hernando Ponce.

Otro dia, por la mañana, puestos á punto los que habian de ir, Hernando Pizarro avisó á Juan Pizarro que fuese por el camino real que va á la ciudad de Los Reyes, y que se alejase obra de una legua, porque, aunque la fortaleza está muy cerca, eran tantas las cavas y albarradas que tenían hechas los indios, que era imposible ir allá sino arrojando á tomalla por las espaldas. Estando en la plaza Hernando Pizarro ordenando esto, abajaban indios á tomar una fuerza que se habia hecho para reparo de la misma plaza, porque de allí se sojuzgaba toda, y dos hombres que la guardaban habíanse dormido, por donde la gente de guerra, ántes que pudiesen ser socorridos, se apoderaron della. Hernando Pizarro, como lo vió, mandó á mucha priesa á hombres sueltos de á pié que allí se hallaron, que fuesen á ganalla, los cuales fueron y lo hicieron con tan buena diligencia que echaron della á los indios. Hecho esto, mandó Hernando Pizarro juntar toda la gente de pié y de caballo para ganar una albarrada muy fuerte que tenían hecha los

indios junto al pueblo, en el camino, para que no pudiesen salir los españoles al campo; estaba para defendella toda la guarnicion de Chinchasuyo que eran bien veinte mil hombres, y fué menester ir toda la gente para poder salir con ello: é hobo lugar de desamparar el pueblo, siendo tan cerca lo que iban á hacer, porque como era de mañana no era bajada toda la gente de sus cuarteles. Como los españoles salieron así juntos, los indios decian á grandes voces: «Ya aquellos cristianos que tienen los caballos buenos, se van huyendo, y estos que quedan son los dolientes, dejémoslos alejar y matallos hemos á todos.»

Juan Pizarro llegó á combatir el albarrada adonde halló muy grande resistencia; mas no pudieron tanto hacer los indios, por muchos que eran, que no se la ganasen pasando los cincuenta de á caballo adelante, volviéndose los demas á la ciudad. Del cuartel junto á la fortaleza abajó un escuadron á pelear; Hernando Pizarro salió á él con los que con él estaban haciéndole tornar á retirar á su sitio, porque como áun todas las otras guarniciones no habian venido, no se atrevia aquel escuadron sólo á resistille. Juan Pizarro fué su camino dando la vuelta sobre

la mano derecha, y tomando el camino por lo alto de las lomas, vino ganándolas á los enemigos y escaramuzando con ellos hasta que se puso junto á las plazas que estaban adelante la misma fuerza; los indios que estaban en el comedio della y de la ciudad, muchos dellos se metieron dentro, y otros se pasaron á partes más fuertes, y como por esta causa dejaron desembarazado el camino, pudo Hernando Pizarro enviar mensajeros á Juan Pizarro, enviándole todos los peones é indios amigos, avisándole que en ninguna manera se determinase á combatir hasta la noche, porque los contrarios eran muchos y estaban hechos fuertes, que no podían ganar honra con ellos; enviándole asimismo á avisar que él no pelease, porque, como por la herida que había sacado de la escaramuza de Chinchasuyo no podía ponerse celada, sería muy grande desatino entrar sin ella á pelear. Los españoles les mostraron hacer noche con mucha disimulación; los indios á esta causa estuvieron con algun descuido, hasta que paresciéndole á Juan Pizarro que era tiempo, mandó acometellos y que tomasen unas plazas cercadas que tenía la fortaleza delante. Gonzalo Pizarro, con toda la gente de un tropel, comenzó á combatillos; como los indios

los vieron subir, vinieron grandísima infinidad dellos defendiéndolas, mostrando tanta resistencia, que, aunque Gonzalo Pizarro hacía todo lo que podía por salir con su propósito, los españoles comenzaron á aflojar; Juan Pizarro, no lo pudiendo sufrir, arremetió á favorecellos, y como era coyuntura adonde se aventuraba mucho, animando los españoles él y Gonzalo Pizarro delante de todos con los demas Capitanes, á pesar de los enemigos, les ganaron las plazas, metiéndose á vueltas de ellos por ellas, llegando hasta el cuerpo de la fortaleza; y queriendo Juan Pizarro conseguir la victoria con entrar dentro y tomalla del todo, arremetió á la puerta, la cual era de esta manera: desde la puerta del muro salian de una parte y de otra unos paredones hasta hacer otra puerta adelante, y estos cubiertos por cima, y allí hicieron cava ahondando todo lo cubierto los indios, los cuales, como iban huyendo cayeron unos sobre otros en tanta manera que cegaron con sus mismos cuerpos lo que habian hecho sus manos, donde le hirieron, de una pedrada á mano, echada de lo alto, en la cabeza, con tanta fuerza que como por lo que ya dije venía sin celada, dieron sin ningun sentido con él en el suelo. Gonzalo Pizarro hizo todo lo

que pudo, mas no le valió nada porque los cristianos aflojaban cada hora más, paresciéndoles ser imposible ganar la fuerza por la mucha gente que estaba dentro, la cual era tanta, que por no caber ni poderse revolver cayeron en la cava ya dicha; á Juan Pizarro abajaron al pueblo. Hernando Pizarro, presumiendo la necesidad que podria haber arriba por la falta de su hermano, luégo subió esa noche aunque se lo quisieron estorbar, y mandó que por entónces cesase el combate hasta que otro dia se mirase bien por dónde sería mejor acometello. Otro dia de mañana, Hernando Pizarro la rodeó mirando bien si tenía alguna entrada, y vió que por todas las partes estaba cercada de muro muy alto, é paresciéndole que sin escalas era por demas pensalla tomar, todo aquel dia hasta bien tarde no se entendia en otra cosa sino en hacellas.

Gonzalo Pizarro y el otro Capitan, en todo el tiempo que en esto se entendia, con la gente de caballo andaban con mucho trabajo estorbando á los contrarios viniesen á socorrer los cercados, porque á grandes voces y con señas hablaban y llamaban á capitanes particulares porque viniesen á socorrellos, los cuales venían y trabajaban por tomar á Gonzalo Pizarro

lo alto, el cual se defendia muy bien; en esto se trabajó mucho, porque venía mucha gente de guerra á socorrellos. Hernando Pizarro, conociendo que la vida de todos y el seguro destos reinos estaba en que se tomase la fortaleza, con celo de buen capitan, era cosa muy de ver lo que trabajaba socorriendo á unas partes y á otras, á las flaquezas de algunos socorriendo con gente de refresco, y á otras con su persona y esfuerzo animando y peleando; era tanta la revuelta y gritos que todos traian, andando muy mezclados, por no perder aquel alto que tenían ganado, que no parecia sino que todo el mundo estaba allí revuelto. Como el Inga supo el estado en que estaba la fortaleza, á mucha priesa envió á socorrella con cinco mil hombres, gente muy lucida; con este socorro se vieron los españoles en mucho aprieto, porque como llegaron de refresco, acometieron determinadamente. Como toda la gente sobrevenía á socorrer á Villahoma, que estaba en la fortaleza, á la ciudad no le daban tanta priesa, porque como vieron los indios á los otros cuarteles la furia que andaba en la fortaleza, no apretaban tanto á la ciudad, aunque hubo algunas escaramuzas, y tambien porque la mejor gente estaba peleando con la gente de caballo

al socorro de la fortaleza, porque á dársela, segun que arriba tenían en que entender, viéranse en demasiado peligro.

Acabadas que fueron las escalas de hacer, Hernando Pizarro y la gente de pié comenzaron el combate, á vísperas, con tanta priesa y denuedo, que Villahoma, pareciéndole que aquella era determinacion que no podia dejar de llegar al cabo, determina de huir; comunicándolo con algunas personas particulares, saltaron á la parte del río por unos terrados tan encubiertos que no fueron vistos, porque como hacia aquella parte, que es la del río, es tierra muy agra no lo pudieron ver los españoles. Tomando ellos la quebrada del río, fueron por ella muy encubiertos que no fueron sentidos; los cuales recogieron la gente de Chinchasuyo y se fueron do estaba el Inga, el cual estaba tres leguas de ahí, proveyendo lo necesario para el combate, y como supo lo mal que lo pasaban los suyos, estuvo con tanto coraje que se queria morir, porque Villahoma llegó á él otro dia adelante, despues que huyó, y le dijo lo que pasaba. En la fortaleza quedó un Capitan muy estimado entre ellos, que era uno de los que bebieron por los vasos que he dicho, y con él estaban los demas que

pasaron debajo de aquella condicion que he dicho que puso el Inga, los cuales pelearon aquel dia y toda la noche, adonde Hernando Pizarro trabajó tanto porque los españoles no aflojasen, que parecia cosa imposible podello sufrir. Como otro dia amaneció, los indios que estaban dentro comenzaron á aflojar, porque habian gastado todo el almacen de piedras y flechas. Viéndolo el Capitan que estaba dentro, no se escribe de romano ninguno hacer lo que hacia y despues hizo, porque con una porra en la mano andaba discurrendo por todas partes, y al indio que iba cobarde, luégo con ella le hacia pedazos, echándole abajo; en este tiempo le dieron dos saetadas é hizo tan poco caso dellas como si no le tocaran, é viendo que su gente del todo aflojaban y los españoles por las escalas y por todas partes cada hora le apretaban más, no teniendo con qué pelear, viendo clara la perdicion de todo, arrojó la porra que tenía en las manos á los cristianos, y tomando pedazos de tierra la mordía fregándose con ella la cara con tanta congoja y bascas que no se puede decir. Y no pudiendo sufrir ver á sus ojos entrarse la fortaleza, conociendo que entrada era forzado morir segun la promesa habia hecho á el Inga, se echó

del alto de la fortaleza abajo porque no triunfasen dél. Luégo los demas, con su muerte, aflojaron de manera que dieron lugar á Hernando Pizarro y á todos para que se entrasen, poniendo á cuchillo los que estaban dentro que serían pasados de mil y quinientos hombres; de los españoles murió otro, sin Juan Pizarro, y quedaron muchos heridos.

Habida esta victoria tan señalada, mandó Hernando Pizarro poner en lo alto una bandera para que todos los indios viniesen en conocimiento della, poniendo alguna gente de pié que la guardasen; fué tanto el temor y desmayo que desto rescibieron los enemigos, que luégo á la hora dejaron las estancias que tenían junto al pueblo, y se retiraron á sus reales que tenían muy fortalecidos.

Otro dia por la mañana, pareciéndole á Hernando Pizarro que los indios se dejaban de ir por no tener aviso del Inga, y que segun estaban atemorizados holgarian de tener alguna causa para ello, mandó á los Capitanes que cada uno con su compañía fuesen á echallos de allí; él tomó consigo la capitanía de Gonzalo Pizarro y dió en la gente de Chinchasuyo, y desbaratólos y siguió el alcance hasta la noche. Aquí, al tiempo de recogerse, ha-

lló ménos á Gonzalo Pizarro, que por ser la tierra áspera y fragosa se habia apartado en el alcance, y le volvió á buscar de noche, y topóle que venía con otros cuatro, y á no volver por él le mataban los indios que habian quedado atrás del alcance, porque eran cerca de veinte mil y los españoles no más que los dichos. Y otro dia salió Hernando Pizarro tambien á los de Collasuyo, y otro dia á los de Condesuyo y así los desbarató, haciendo en cada rompimiento destos conocer el valor de su esfuerzo y persona. Fué esta victoria tan señalada á veintinueve dias del mes de Mayo de mil y quinientos y treinta y siete años.

Hecho esto y vueltos á la ciudad, Hernando Pizarro mandó á los Capitanes y á toda la otra gente se juntasen, á los cuales dijo desta manera: «Pues Dios ha sido servido de darnos tan gloriosa victoria que pudiésemos ganar la fortaleza y descercar la ciudad, por donde de aquí adelante podremos gozar de alguna folganza y descanso, nobles y virtuosos señores, paréceme que para asegurar mejor la ciudad es bien prevenirse con tiempo, recogiendo bastimentos, los cuales se podrian traer aquí del valle de Xaquixaguana, donde de razon, por la ocupacion que han tenido los

indios en el cerco, el maíz estará por coger, y es bien anticiparnos ántes que ellos lo cojan, porque despues será mayor inconveniente buscarlo más léjos, y á nos de ser forzados ir á traello.» Todos se alborotaron desto, diciendo que áun no era tiempo de dividir la gente, porque los enemigos, de razon, estaban muy cerca y podria ser verse en mayor peligro que el pasado; Hernando Pizarro les respondió que no lo tuviesen por tan gran inconveniente, que por veinte y cinco de caballo que faltasen, no era forzado perderse, y que faltando el bastimento era ponerse en doblado peligro. Á todo le contradijeron diciendo que tres meses largos podrian sufrirse sin más bastimentos, y que en este medio tiempo no era posible dejar de venir socorro de la ciudad de Los Reyes. Á esto les respondió que la distancia del camino de aquí á Los Reyes era larga, y que habia rios y muy malos pasos, por cuya causa, y que tambien en Los Reyes podria haber falta de gente, no esperasen socorro, sino que hiciesen cuenta que no habia otros en esta provincia sino ellos en quien tener confianza, y que, pues esto era así, se determinasen de hacer el corazon ancho á todo lo que les viniese; y que pues él no se eximía del mismo peligro que ellos habian

de pasar, que no se escandalizasen tanto mirando los inconvenientes. Y así, contra su voluntad, envió á Gonzalo Pizarro; el cual fué, y pasados cinco dias volvió con indios é indias cargados con mucha cantidad de maíz.

Vuelto Gonzalo Pizarro, y los indios hechos sus sacrificios á la luna nueva, porque en todos los cercos ó guerras que hacen tienen por costumbre de todas las lunas nuevas dejar de pelear, y entender en hacer sacrificios, y así cuando le levantaron fueron á hacerlos, (porque aunque se dice levantar el cerco, entiéndese que se apartaban tres ó cuatro leguas á sacrificar y reformarse de gente, sacrificaban ovejas y palomas al sol porque entre los señores principales y en la mayor parte de la tierra no sacrifican hombres ni adoran ídolos, sino al sol, aunque en algunas provincias sujetas á este señor sacrifican hombres y adoran ídolos); hecho su sacrificio volvieron á cercar la ciudad, y como hallaron guarda en la fortaleza, no pudieron apretar tanto la ciudad como la vez primera.

Las estancias de la gente española se pusieron fuera del pueblo, de manera que los indios no pudieron ganar ninguna cosa de la ciudad; duró este cerco veinte

dias, hasta el tiempo de volver á hacer su sacrificio; hubo por todas partes muy grandes escaramuzas cada dia, en que se mataron muchos indios, aunque por causa de no haber cegado los hoyos y albarradas, todavía pusieron en mucho trabajo la ciudad. Alzado este cerco, le pareció á Hernando Pizarro que para desanimar los indios era bien irlos á buscar, y supo que el Inga estaba en un pueblo que llaman Calca, seis leguas de aquí; mandó apercibir cincuenta de caballo muy contra voluntad del pueblo. Caminando toda la noche dió sobre él muy de mañana; la gente que tenía era poca, y él y ella huyeron, el Inga por gran ventura por una sierra se escapó: matóse alguna gente en el alcance. Hernando Pizarro se informó de algunos indios que se tomaron á vida, que era la causa de estar con el Inga tan poca gente, los cuales dijeron haberse aquella noche partido todo el ejército con propósito de dar en el Cuzco, y que la causa porque él no habia topado con ellos era por haber llevado otro camino. Hernando Pizarro á mucha priesa mandó á doce de á caballo que se viniesen á meter en la ciudad del Cuzco, los cuales viniendo hallaron en un paso malo muchos indios que se le defendieron; fuéles for-

zado volver á dar aviso á Hernando Pizarro. Y fué muy grande ventura no querer pasar, porque, á proballo, no dejaban hombre dellos á vida segun la disposicion del sitio adonde estaban.

Luégo, por la mañana, se vino con toda la gente por el camino mismo; cerca del paso halló hasta mil indios en lo llano y el rio en medio, queriendo usar de un ardid, que, acometiéndolos y huyendo, ellos llegarían al paso primero, adonde tenían piedras grandes para no dejar á vida ninguno dellos. Hernando Pizarro sintió el ardid de los indios, y mandó á todos los peones que allí habia é indios amigos que fuesen delante, y él con la gente de caballo hizo rostro á los enemigos, para ocupalles porque la gente de pié pasase, los cuales pasaron y tomaron los altos, y entretanto los de caballo se habian mezclado con la gente de guerra, desbaratándola, matando algunos dellos, porque como estaba la sierra cerca tuvieron lugar de ponerse en salvo; con este buen aviso pasó Hernando Pizarro sin revés ninguno, porque de otra manera no pudiera dejar de perder alguna gente, ó no ganar la sierra que fuera muy mayor inconveniente. Llegado á la ciudad, halló que por todas partes venía mucha gente

de guerra con propósito de tornarla á cercar; luégo mandó á los Capitanes que se pusiesen en sus estancias, y hiciesen guardar lo más léjos que pudiesen la ciudad, porque no se acercasen los indios como la primera vez. Luégo se puso por obra, aunque no pudieron alejarse mucho á causa de los muchos hoyos y albarradas que habian hecho, que por no haber tenido lugar no se habia entendido en deshacellos.

Los indios asentaron su real, en que vino grandísimo número de gente; Hernando Pizarro y todos los demas Capitanes pelearon con ellos aquel dia y otros veinte, adonde acaecieron cosas muy señaladas, porque como ya tenían toda experiencia de la guerra, atrevíanse á lo que ántes les parecia ser imposible salir con ello. Pasado este tiempo, paresciéndole á Hernando Pizarro que los indios tenían proposito de perseverar en sostener el cerco, supo que al cuartel de uno de los Capitanes, estaba un Capitan muy principal y toda la más y mejor gente tenía consigo, y en persona con algunos de á caballo fué á visitar aquel cuartel. Los indios hacian sus ademanes á manera de escarnio llamándolos que fuesen á pelear, tocando muchas vocinas y otras maneras

de instrumentos que entre ellos se usaban. Hernando Pizarro, viéndolos tan desvergonzados, no lo pudo sufrir y arremetió á ellos con los que le siguieron, llegando á un albarrada que tenían hecha al pié de la sierra junto al rio, adonde halló grandísima resistencia; mas, como iba con gran determinacion, peleó con ellos de tal manera que se la ganó, y fué hiriendo y matando en ellos la sierra arriba hasta lo alto, tan embebido en castigallos y ponelles escarmiento, que cuando miró por sí se halló con ocho de á caballo, que los demas se habian quedado abajo viendo la disposicion de la sierra. Como los indios reconocieron ser tan pocos, revuelven sobre ellos; aquí fué menester el esfuerzo de Hernando Pizarro, porque como la subida habia sido agra, no podian abajar sino los caballos de diestro, y fuérales forzado perder las vidas. Viendo el tiempo en que estaban, fué cosa hazañosa de ver la escaramuza y vuelta que con ellos traian, (porque los ocho que con él estaban eran personas de honra, y determinados á morir ántes que desamparallo) concertados de manera que hacian la escaramuza tan trabada, que queria parecer ó parescia juego de cañas, porque, así como arremetian á ellos los indios, todo lo que duraba

lo llano encima del cerro los iban alcan-
ceando á las cabezas de los caballos; como
se acababa lo llano, revolvian los indios á
las colas de los mismos caballos, con una
grita que parescia rasgarse el cielo con
ellos: esto era hasta que los españoles
volvieron en su puesto, que era otro alto
adonde se fortalecian. Fué tanta la nece-
sidad en que les pusieron, que, por no
cansar del todo los caballos, no salian
sino de tres en tres; y desta manera se
sostuvieron obra de dos horas con tanto
peligro y trabajo, que parecía cosa im-
posible podello sufrir. Gonzalo Pizarro
estando en su cuartel vió lo que pasaba,
é paresciéndole que en tanta dilacion no
podia Hernando Pizarro dejar de llevar
lo peor, temiendo le acaeciese algun de-
sastre, puso las piernas á su caballo si-
guiéndole algunas personas de su compa-
ña, y no paró hasta subir toda la sierra
y juntarse con su hermano, que á esta
hora traia el caballo ya tan cansado, segun
lo mucho que habia hecho, que á no so-
correlle fuera forzado morir él y los que
con él estaban. Pues como el socorro vino,
dieron todos juntos en los enemigos
haciéndolos alejar, de manera que tuvie-
ron lugar de apearse, y, echando los caba-
llos adelante, abajan á toda la más priesa

que podian; los indios, viendo que se retiraban, vuelven á ellos con tal priesa que por poco se hobieran de perder, porque con la ventaja que les tenían en tener lo alto ejecutaban todo lo que podian. Hernando Pizarro y Gonzalo Pizarro iban traseros de todos, volviendo de cuando en cuando á hacelles rostro hasta abajar á lo llano, adonde los dejaron. Pues viendo los indios cuán pocos españoles les habian ganado la sierra, paresciéndoles que á ser acometidos con más propósito no podian dejar de rescibir mucho daño, determinan de alzar el real é irse muy tristes viendo cuán mal les sucedia perdiendo cada dia mucha gente.

El escuadron de la provincia de Chinchasuyo, que era en el cuartel de Gonzalo Pizarro, perseveraba en estarse quedo y salir á escaramuzar; viendo esto Hernando Pizarro, juntóse con Gonzalo Pizarro y dieron en los indios, los cuales comenzaron á defenderse; mas no tardó mucho que fueron desbaratados, siguiendo el alcance dos leguas adonde se alancearon muchos, y con esto se alzó de todo el cerco, que fué el segundo. Pasados algunos dias despues desto, supo Hernando Pizarro como en un valle que se dice Mohina, dos leguas de aquí, se juntaba mu-

cha gente, mandó á Gonzalo Pizarro que fuese con su compañía á dalles una vista, el cual fué y peleó tan animosamente con ellos que los desbarató y mató más de trescientos hombres. Con esta victoria volvió á la ciudad, y venido, envíele luego Hernando Pizarro al valle de Xaquixaguana á traer el maíz que había quedado de la otra vez. Los indios como lo supieron vinieron á darle grita, pensando que le harían dejar la presa, mas sucedióles al revés que rompió por ellos de tal manera que mataron y prendieron muchos dellos, y trajo bastimentos casi para un año. Luego que esto pasó tornaron los indios á juntarse y cercaron la ciudad, mas no con tanta furia como primero, porque los españoles con los indios amigos se habían dado mucha priesa en deshacer albarradas y cegar hoyos, y á esta causa, con temor de los caballos, no se osaban llegar. Viendo Hernando Pizarro la perseverancia que tenían en cercarle la ciudad, mandó á todos los españoles que en los alcances no dejasen mujer á vida, porque cobrando miedo las que quedasen libres no vendrían á servir á sus maridos; hízose así de allí adelante, y fué tan bueno este ardid que cobraron tanto temor, así los indios de perder á su mujeres como

ellas de morir, que alzaron el cerco.

Idos los indios, mandó Hernando Pizarro á un Capitan fuese á castigar el cacique que por engaño mató los tres españoles en el principio de la guerra, y que trujese bastimentos, el cual fué y hobo batalla con los indios de aquella provincia, y los venció y desbarató, y lo hizo tan bien, que allende de hacer muy grande castigo trajo mucha comida; y, venido, mandó Hernando Pizarro á otro Capitan fuese con toda la gente que habia de buenos caballos á traer ovejas hácia la provincia de Collasuyo, con término de seis dias.

Acaeció en la misma sazón que el Inga hacía gran gente de los Charcas y otras provincias comarcanas, que son más de ciento y cuarenta leguas de aquí, los cuales traían consigo tigres y leones mansos, y otros muchos animales fieros para poner espanto y temor en los cristianos; el Capitan se topó con ellos, y dióse tan buena maña que mató muchos y los desbarató todos. Luégo como salió el Capitan, de ahí á dos dias envió Hernando Pizarro á Gonzalo Pizarro al camino de Tambo, adonde estaba el Inga, que á la sazón, como dije, convocaba muchas gentes para que tomasen lengua de lo que hacían y pensaban hacer, el cual se topó con la gente de Chin-

chasuyo y peleó con ella muy gran parte del día, con tan buen ánimo y destreza que los desbarató y mató más de ciento, y prendió hasta doscientos, y á todos les cortaron la mano derecha en mitad de la plaza, y los soltaron para que se fuesen, lo cual puso demasiado espanto y escarmiento en todos los demas; en un día entraron con estas victorias entrambos Capitanes. Hecho esto, sabiendo Hernando Pizarro que el Inga estaba y residia en Tambo, donde siempre les corria el campo y hacía mucho daño en toda la comarca, determinó de ir á cercarle escogiendo para ello la mejor gente y caballos que habia en la ciudad, que fueron hasta sesenta y obra de treinta peones; con esta gente salió llevando asimismo cantidad de indios amigos. Como salieron al campo mandó á Gonzalo Pizarro que se adelantase con veinte de caballo y que trabajase de saltar las espías, porque si fuese posible diesen en el Inga sin ser sentidos, el cual dió en un escuadron de indios flecheros y peleó con ellos y desbaratólos; fué siguiendo el alcance hasta un río donde se hicieron fuertes y se detuvieron algun tanto, hasta que llegaron ocho peones, hombres sueltos, y pasaron el río, y los indios se retrajeron á una sierra fragosa donde los caba-

llos no podían pelear; los peones fueron á escaramuzar con ellos, y, como los indios tienen en poco la gente de pié, cerraron con ellos con tanta presteza que, como eran pocos, fueron desbaratados volviendo las espaldas. Los indios los siguieron de manera que mataron uno dellos; los de caballo, que á esta hora se habían apeado, viendo lo que pasaba cabalgaron con mucha priesa y fueron en socorro dellos, hiriendo y matando en los indios, con tanto enojo de Gonzalo Pizarro, que aunque la tierra era tal que pareciesa imposible muy despacio caminar por ella á caballo, los desbarataron y mataron gran parte dellos. Hecho esto, llegó Hernando Pizarro allí con toda la gente y asentó real, y otro día de mañana tomó el camino de Tambo, el cual está metido entre dos sierras, y por la una parte pasa un río muy grande y por la otra parte le sujuzga una de las sierras, y para tomar el alto de esta sierra, porque los indios la tenían toda barreada y hechas sus fuerzas y andenes en ella, mandó á un Capitan que fuese con la mayor parte de la gente á ganarlo, y para esto había de tomar el camino dos leguas ántes porque de otra manera no tiene subida, y él caminó el río abajo con la gente que le quedaba, donde no pasó pequeño tra-

bajo y peligro hasta llegar á poner su real en una plaza pequeña llana. Porque como iba por la ladera de la sierra, y el rio va culebreando, llega muchas veces tan junto con la sierra que corta el camino, de manera que le hubo de pasar ántes de llegar á la dicha plaza cinco ó seis veces, y en cada parte le resistian el vado; de manera que fueron siempre peleando hasta ponerse en el lugar ya dicho cerca del pueblo, el cual tiene once cercas una más alta que otra, y en todas ellas habia gente de guerra, flecheros. Los que estaban de la otra parte del rio eran honderos, porque el pueblo está fundado entre las dos sierras, y entre el mismo pueblo y el rio se hacía la plaza llana donde estaba Hernando Pizarro. Los indios honderos los ofendian de esa parte del rio, y lo mismo los flecheros desde el pueblo, y los de la sierra tambien, la cual tenían muy bien barreada; de manera que peleaban los indios con él por tres partes, los unos desde la ladera de la sierra, y los otros de la otra parte del rio y los demas desde el pueblo. Metióse en este estrecho, porque como el pueblo está entre las dos sierras y va el rio por la una parte, no habia en todo aquel sitio adonde se poner otra ninguna parte llana, porque lo demas es todo sierra ó agua donde no se pueden

aprovechar de los caballos, y en las mismas sierras, é como tengo dicho, tenían los indios hechas sus fuerzas, y por lo demas es todo andenes; y por esta causa se puso allí y por estar mas cerca para ofendellos. Ansí estaba y los españoles con temor de las flechas no se osaban llegar á la muralla.

Hernando Pizarro, viendo esto, dijo á un viejo que con él estaba: «Pues los mozos no osan llegar ni hacer ninguna cosa, vamos los viejos á probarlo», y tomó al viejo cano consigo y arremetió á las cercas hasta dar en ellas con los pechos del caballo, y alancearon dos indios, y á la vuelta fué cosa de ver las flechas que sobre ellos llovían y la grito que les daban. Hernando Pizarro reconoció la fuerza ser tal, que aunque llevara dos mil hombres era poco para allí por ser la sierra tan áspera y los enemigos tantos y tan animados, y el pueblo tan fuerte, que aún con artillería, segun las fuerzas de las cercas, les hiciera poco daño. El Inga estaba en la misma fuerza con mucha gente de guerra y muy á punto, el cual, como vido llegar á los españoles, manda que todos finjan que huyen, porque la codicia de seguir el alcance los desbarataría y sería causa para en revolviendo sobre ellos desbara-

tallos por ser toda la tierra de andenes, adonde no serían señores de los caballos.

Hernando Pizarro, sintiendo la cautela, mandó que ninguno se moviese; los contrarios, viendo que su ardid no tuvo efecto, vuelven sobre ellos fuera de las cercas, con una grito tan grande que parecia la sierra venirse abajo: é de improviso pareció tanta gente por todas partes, que no se divisaba cosa en aquel circuito que no estuviese cubierta de indios. Viendo Hernando Pizarro el atrevimiento de los contrarios, que por ser la tierra mala era grande, traba con ellos una escaramuza tan reñida como nunca se vió por ambas partes; el Inga, viendo la cosa en este estado, mandó sacar á mucha priesa el rio de madre, por acequias que ya tenía hechas para este fin, de suerte que los caballos por ninguna vía podian pelear. Hernando Pizarro, viendo por el presente que cuanto más perseverase era llevar la peor parte, porque el otro Capitan no habia tomado el alto, y volvióse que no pudo subir por amor de las piedras que los indios de arriba echaban, y á esta causa los indios, con tener las espaldas seguras, se atrevian muy animosamente é les habia crecido la soberbia, mandó á Gonzalo Pizarro que con veinte de á caballo fuese

á dar en una guarnicion de gente que les tenían tomado un paso del rio, por donde forzado habian de pasar, avisándole que en ninguna manera le desamparase hasta que fuese noche oscuro. Gonzalo Pizarro lo hizo muy bien, porque ganándoles el rio les hizo retraer, quedando él en su lugar.

Entre tanto que esto pasaba, como ya las tierras estaban encharcadas en agua y los caballos no podian escaramuzar, los indios se metian todo lo que podian. Hernando Pizarro, animando los suyos y acometiendo á los enemigos, se sostuvo con tanto peligro de todos, que á no ser por su esfuerzo y cordura fuera imposible salir hombre dellos. Luégo como anocheció, Gonzalo Pizarro se vino á juntar con él, á quien mandó que con los que consigo traia tomase la delantera y comenzase á caminar, todos muy callados; tras él mandó caminar toda la gente de á pié é indios amigos en fardaje. A un Capitan mandó que con quince de caballo se pudiese en el medio del mismo fardaje, y él se quedó con todos los demas en la rezaga. Mandó que los toldos se quedasen asentados porque los indios no sintiesen que se retiraban. Como comenzaron á caminar, luégo fueron sentidos, viniéndose sobre ellos con tan grande alarido, que algunos

españoles se comenzaron á desmandar para adelante más de lo que era menester. Conociendo Hernando Pizarro que en tales tiempos era tanto saber con órden retraerse, como en otros acometer animosamente, teniendo ya los enemigos á las colas de los caballos, volvía á ellos de cuando en cuando haciéndoles rostro, deteniendo los españoles en pasos malos, adonde algunas veces se apeaba poniéndose en demasiado peligro, animando á unos y avergonzando á otros, hecho escudo de todos en las mayores afrentas, hasta que los españoles tenían lugar de pasar algunos pasos malos estrechos, tornándose con mucho tiento á juntar con ellos; y en algunas partes, donde era llano, volvía con tanta presteza sobre ellos, que con muerte de algunos escarmentaban los demas. Desta manera fué hasta llegar al segundo vado, donde, por ir el rio honda-ble, los dejaron del todo los indios, tan victoriosos que les pareció todo el mundo ser poco para ellos.

A el Inga le pesó en gran manera de irsele Hernando Pizarro, porque bien pensaba él que si á otro dia esperaba que no se le escaparia español ninguno; é sin duda ninguna quien viera la manera de la fuerza no pudiera creer otra cosa. Tuvo

Hernando Pizarro en tanto poder salir de allí sin perderse, como haber en otra parte victoria contra cien mil hombres; porque crea V. M., que en semejantes casos, adonde caballos no pueden pelear, es la gente del mundo más ejecutiva. Esta noche caminaron tres leguas; otro día llegaron á esta ciudad, adonde supo Hernando Pizarro que se hacían é venían gran número de gentes á ponelle cerco, porque luégo, como salia fuera, venían, pensando que hallando poca gente la tomarían fácilmente. Despues que vinieron, como las otras veces, todos los días habia escaramuzas muy de ver, donde se señalaban los españoles; mas como por lo que Hernando Pizarro mandó, que era matar en los alcances todas las mujeres que pudiesen, con este temor no venían á traer bastimentos á sus maridos, y como ellos forzado lo habian de traer, no venían con tanto aparejo para sostener los cercos como de ántes, porque en acabándoseles eso poco que traian luégo se iban á sus tierras, y por esta causa este cerco duró poco y murió alguna gente dellos. Pasados cinco días que los indios se fueron, parecieron sobre un cerro á vista de la ciudad hasta cien indios dando muy gran grito. Salió á ellos Hernando Pizarro con hasta

cuatro de á caballo que se hallaron más prestos; como llegaron cerca, los indios huyeron dejando en el suelo dos lios: Hernando Pizarro con los demas fué siguiendo el alcance bién una legua. Vuelto á el lugar donde estaban ántes los indios, mandó llevar los lios á la ciudad, llevando consigo tanta tristeza cuanta por aquella muestra era razon que mostrase, porque hallaron dentro cabezas de cristianos. Llegado á su posada halló que en el un lio venían seis cabezas, y en el otro muy grande cantidad de cartas rasgadas, y entre ellas casi una entera de la Emperatriz, nuestra señora, en que hacía saber á esta tierra la victoria que V. M. habia conseguido contra la Goleta y reino de Túnez, y contra Barbaroja y los turcos que con él allí estaban. Por otras cartas particulares se supo como el Gobernador habia enviado gente á socorrer á esta ciudad; Hernando Pizarro, para saber qué se habia hecho de ella hizo dar tormento á algunos indios que se habian prendido, los cuales dijeron que mucha gente habia venido de Los Reyes, y que todos habian sido muertos por los indios de guerra, porque el Inga tenía doscientas cabezas de cristianos y ciento y cincuenta cueros de caballos, diciendo tambien que el Gobernador con toda la gente que con-

siglo tenía en Los Reyes se habian embarcado y desamparado la tierra. Oyendo esto los españoles, en todos cayó grandísima tristeza, quedando tan tibios y pensativos que no sabian de sí, todos muy temerosos. Hernando Pizarro, viendo que era tiempo de animallos y dallos á entender que todo era por mejor, mandándolos juntar les habló así:

«En grande manera estoy maravillado, nobles y muy virtuosos señores, y con mucha razon, que adonde están personas que tanto estiman la honra mostreis por ninguna vía flaqueza, en tiempo que con mayor esfuerso os habíades de animar, pues se apareja para que con más experiencia se conozca el valor de vuestras personas, y el deseo que teneis y siempre habeis tenido en señalaros en servicio de vuestro Príncipe; cuanto más que cosas de indios no se han de tener por tan ciertas como las juzgais. E ya que por las muestras tengamos por cierto que así fuese, de los muertos no nos debe pesar pues murieron en servicio de Dios y en defensa destos reynos; de saber que es embarcado el Gobernador y los demas, debeis alegraros por que aquella gloria se ha de tener en más que se atribuye á ménos, porque quedando nosotros en esta ciudad, en tierras tan

extrañas, trabajando de sostenernos hasta que viniendo gente de España queden todas reducidas á la Corona real, por cierto que me parece que gozaremos de la gloria: y digo que, por gozar de una cosa tan señalada como ésta, tengo por bien que el Gobernador, mi hermano, nos haya dejado, porque aún con el deudo que le tengo no querria que participase conmigo de la victoria que pienso conseguir en sostener estas provincias. Bastimentos tenemos para más de año y medio; podemos coger el maíz que tenemos en esta comarca y tornaremos á hacer nuestra sementera. Con el ayuda de Dios pienso sostener esta ciudad seis años, y holgaria que en todo este tiempo no nos socorriesen, porque tengo confianza en vuestros ánimos que sería para más aumentar nuestra gloria.»

Con estas palabras de tanto esfuerzo quedaron algunos con alguno, y otros todavía descontentos, porque quisieran que por alguna vía se diera orden en desamparar la ciudad y salvar las vidas. Y porque es bien que V. M. sepa qué fué la causa de traer los indios estas cabezas acaesció así, que las cartas que Hernando Pizarro envió con indios al principio de la guerra al Gobernador, haciéndole saber

como el Inga era alzado, de donde no se podia esperar sino muy gran desservicio de V. M., para cuyo remedio, á la mayor priesa que pudiese, enviase gente de caballo, las cartas fueron á su poder; sintiendo tales nuevas como era razon, juzgándolas por principio de mucho mal y temiendo perder lo que con tanto trabajo ganó y pobló en nombre de V. M., determinó de enviar gente de caballo por el camino que se dice de Guaytara, enviando por capitán á Gonzalo de Tapia, su cuñado, y asimismo envió otro Capitan por el camino de Xauxa con ménos gente para que estuviese de guarnicion en un pueblo que se dice Vilcas, porque de allí pudiese avisar de lo que en esta ciudad pasaba, y guardase aquel paso para que todos los españoles que fuesen é viniesen pudiesen pasar con ménos riesgo; é asimismo habia proveido á Panamá, que con dineros que allí tenía le enviasen toda la más gente que fuese posible, enviando tambien por socorro á la Nueva España, que no fué poco necesario lo uno y lo otro, segun suscedieron las cosas. Ambos Capitanes partieron de Los Reyes un dia; Gonzalo de Tapia iba muy satisfecho con sesenta de caballo que llevaba, porque en aquel tiempo se pensaba poder ir con ellos hasta

Chile, aunque toda la tierra estuviera de guerra, y recibió desto muy gran engaño segun le subcedió, porque al pasar de un rio grande, que está pasado el despoblado de Guaytara, pasáronle por una puente adonde se hace un paso muy fragoso; estaban indios en celada en la parte del rio hácia Los Reyes, y muy mayor cantidad despues de pasado hácia esta ciudad sobre una sierra por donde va el camino, que es uno de los peores pasos desta tierra.

La gente de caballo y fardaje començaron á subir el paso, los indios se estuvieron quedos hasta que los tuvieron en el medio de la sierra; quando aquí los vieron parecieron por lo alto della grandísimo número dellos, echando piedras muy grandes por la ladera abajo, que tenían puestas y aparejadas para aquel fin. Los españoles, viendo la mala disposicion de la tierra, adonde los caballos ántes estorbaban que aprovechaban, quisiéronse retirar á la puente, más quando llegaron ya estaba cortada de los indios que de la otra parte del rio quedaban escondidos, que eran para aquesto. Los españoles quedaron encerrados entre el rio y la sierra, de manera que unos con otros se embarazaron; el Capitan y personas particulares pelearon muy bien, mas ¿qué les aprove-

chaba? que de los caballos no se podían aprovechar, y á pié, como los indios tenían lo alto, era tanta la multitud de piedras que caía sobre ellos que no dejaba ninguno á vida, y así murieron todos peleando, que ninguno escapó si no fueron algunos esclavos que tomaron á vida para presentar al Inga.

Hecho esto, dicen los naturales que este mismo su capitán, que hubo esta victoria de los españoles, fué la vía de Xauxa en busca de Morgovejo, que era el otro Capitán, el cual á esta sazón había llegado á un pueblo que se dice Parcos, adonde le salieron indios muchos de paz, que lo tuvieron por buena señal porque ya llevaban alguna sospecha de estar alzada la tierra. Otro día, después del que llegaron, llegó un anacona de un vecino de Los Reyes que estaba con el Capitán; su amo le habló aparte, de manera que los indios no miraron en ello: el cual dijo que toda la tierra estaba de guerra (este anacona se entiende por un correo que venía á avisallos), y que el cacique de un pueblo que se llama Gamara, había muerto cinco españoles que iban al Cuzco y á todos los indios de paz que llevaban, y que estaban esperando á ellos para matarlos. Sabido esto por el vecino de Los Re-

yes, de aquel su indio, avisó al Capitan, el cual sintió las nuevas como era de razon, en verse con tan poca gente. Luégo mandó juntar á todos los principales de aquel pueblo donde estaban, con un hermano del cacique que estaba allí, á los cuales hizo meter en una casa, y fecha la pesquisa, y sabido como era verdad lo que el anacona decia, y que ellos asimismo estaban confederados con los otros para ser en la traicion, hizo quemar vivos veintitres principales, y al hermano del cacique puso en una cadena; hizo mensajeros á Xauxa, á un Capitan que estaba proveido para descubrir aquel paraje la tierra dentro, con sesenta hombres, para que se viniese á juntar con él en Guamanga, que eran dos jornadas de allí.

Despachado este mensajero é pareciéndole á este Capitan que este castigo bastaba para ir hasta Guamanga que es tierra más llana, adonde se juntaria con el otro Capitan, partió de allí en buena orden llevando al hermano del cacique preso. A la bajada de una sierra grande para un rio, salieron grandísimo número de indios que estaban en celada, los cuales dieron en la rezaga que iba con seis de caballo; no pudiendo en el camino defenderse ni ofendellos, porque es muy cuesta abajo,

saliéronse dél á un lado tomando un alto, adonde se defendian lo mejor que podian, mas ¿qué les valía? que les dieron tanta priesa, que, muerto un español y su caballo, los cinco que quedaban no tuvieron otro remedio, viendo que ya no podian valerse con ellos, sino retraerse fuera del camino á juntarse con la vanguardia. El Capitan y los que iban eran hasta catorce ó quince de á caballo, é viendo la grita que los indios traian en lo alto con los españoles, vuelven á media rienda la sierra arriba hasta llegar á un mal paso, adonde hallaron ya indios puestos que se le defendieron. Los españoles pelearon con ellos lo mejor que podian, mas todo les valía nada porque el camino era muy angosto y los indios señoreaban lo alto, y á esta causa eran señores dellos. Paresciéndole al Capitan y á los que con él estaban que los de la rezaga serían ya muertos, y que allí era imposible poderse sostener si toda la gente sobrevenía, acordó de bajarse al rio con la mejor órden que pudo, metiéndose entre dos brazos; no pasó del todo á la otra parte porque estaba la barranca llena de gente de guerra. Á esta hora habian llegado los cinco españoles tan cansados los caballos y ellos, que no sabian de sí; los indios pasaron á un brazo,

é pusiéronse en una arboleda donde salian á pelear con ellos, y los que estaban de la otra parte ni más ni ménos, de manera que por todas partes estaban cercados. Desta manera se sostuvieron todo el dia, adonde eran tan combatidos que milagrosamente se podian sostener.

Visto por el Capitan el ruin aparejo que allí habia para hacer noche, porque ellos ni sus caballos no tenían que comer, acuerdan, ya puesto el sol, de pasar el rio y ponerse en un llano que está de esta otra parte; y pudiéronlo hacer sin riesgo porque los indios se habian retirado á un alto para pasar la noche. Recogidos allí, tomaron parescer unos con otros sobre lo que debian hacer, y fué acordado que á prima noche tomasen el camino de Guamanga y hallarian mejor sitio y que comer, porque allí no lo tenían, y volver atras era excusado, que mil de caballo no bastaban á subir la sierra de los indios. Esto pareció bien á todos, y otro remedio ninguno no habia. Dos horas eran pasadas de la noche cuando partieron, dejando muy grandes fuegos hechos, llevando toda la rezaga en medio. Pues como iban con tanto aviso de no ser sentidos, dieron en mil indios de guerra que estaban durmiendo en un llano, los cuales no sintie-

ron cosa ninguna hasta que los comen-
ron á lancear matando muchos dellos;
con tal victoria, pasaron adelante muy
contentos, paresciéndoles que con esto
quedarian escarmentados para perder al-
guna soberbia. Toda la noche caminaron
muy poco á poco por no perder ningun
indio de los que llevaban; ántes que ama-
neciese, una hora, llegaron á un muy mal
paso, el cual no se atrevieron pasar, pen-
sando haber celada, hasta venir el dia, y
como amanesció luégo pareció de la otra
parte mucha gente de guerra. Viendo el
Capitan ser imposible por allí pasar, te-
miendo que llegasen los indios que deja-
ron á las espaldas, no sabian en qué de-
terminarse; aquel indio que dice que
habia avisado al vecino de Los Reyes del
alzamiento, dijo que los llevaría por
donde pudiesen pasar si no hobiese quien
lo estorbase, y el Capitan tomó ocho de
caballo dejando todos los demas allí que
hiciesen muestra como los contrarios
pensasen que era toda la gente, y, lo más
encubierto que pudo, fué por una que-
brada hasta dar en el paso que el indio
habia dicho, que es tan malo que no pu-
dieron subir sino á pié y los caballos del
diestro; y hiciéronlo tan bien, que sin ser
sentidos dieron en ellos de sobresalto con

tanta determinacion, que algunos, por huir, se despeñaron, y otros caian en manos de los españoles. Hecho esto, pasó toda la gente y asentaron real en un aposento que les pareció tener mejor disposicion, para esperar allí á Diego Pizarro, aunque ponian en mucha duda su venida. Aquí hallaron en una cámara mucha ropa de españoles, alguna della tinta en sangre, y luégo conocieron ser de los cinco cristianos que allí habian muerto; allí hallaron mucho herraje, y lo tuvieron en tanto que no lo podian encarecer.

Tres horas serían pasadas del dia, cuando un cristiano que tenían puesto para reconocer si venía más gente, dijo como á la parte por donde vinieron comenzaban á parescer indios de guerra. Los españoles cabalgaron á mucha priesa, mas los caballos estaban tales de lo pasado que poco ni mucho se podian tener; luégo comenzó la grito y por los cerros más cercanos donde ellos estaban á parecer grandísimo número de gente, adonde venían unas andas y mucha cantidad de lanzas en derredor, por dó conocieron ser la guarda de Tey-Yupangui, capitan del Inga, que venía en aquellas andas, segun que despues se supo. Los españoles tuvieron un aviso muy grande, que no aba-

jaron de su sitio todos á escaramuzar, sino de cinco en cinco por no acabar de matar los caballos. Los indios se multiplicaban de tal manera, que no se divisaba cerro ni valle, de ahí á cuarto de legua, que no estuviese lleno de indios enemigos; aquí se tornó á ver el Capitan muy congojado, pareciéndole que la venida de Diego Pizarro era excusada, el cual otro dia no se podria sostener, porque ya los contrarios se les venían hasta poner encima de las paredes de sus aposentos, y los caballos estaban tales que no osaban salir con ellos á pelear, porque conociendo su flaqueza del todo no se les atreviesen. Con este trabajo y peligro se sostuvieron toda la noche, esperando el dia siguiente remedio ninguno; los enemigos, conociendo esto, comenzaron á decir cantando á voces muy altas: «Mañana mataremos á estos cristianos, porque ya tienen cansados los caballos y no se nos podrán por ninguna vía escapar.» Las naboriás de los españoles, como lo entendian, lloraban muy de corazon, teniéndolo así por muy cierto. Viendo el Capitan que si no usaba de alguna cautela, que como los indios decian era excusado dejar de morir, acuerda esa noche, sin ser sentidos, irse con toda la gente hácia

Vilcas, por un despoblado que para salir á él hay pasos muy malos. Determinado esto y hechos fuegos como la noche pasada, al cuarto de la prima, con mucho silencio, alzaron real, llevando delante todos los indios é indias que hasta allí habian traído, por no dejarlos en manos de los enemigos, que aún no fué poca virtud, pues se aventuraban ellos á perder por salvarlos; y esta noche con demasiado trabajo subieron al despoblado, por donde caminaron tres dias sin hallar resistencia.

Un dia por la mañana, estando en un pueblo para partirse, comenzaron á parecer indios de guerra por lo alto; á mucha priesa tomaron los caballos, y por estar en parte que no se podian aprovechar dellos, salieron al camino y fueron por él hasta dar en un llano, adonde los enemigos los dejaron. El camino abajaba una quebrada y parecia de la otra parte una sierra muy alta; preguntado á el indio que los llevaba si habia otro camino, dijo que no, que por fuerza habian de bajar abajo y subir á la sierra. Viendo el Capitan que lo imposible no se podia excusar, abajó hasta un pueblo pequeño, adonde hallaron sólo un indio, que con tormentos confesó que encima de la sierra estaba y los esperaba toda la tierra de guerra, y que por

fuerza habian de pasar por donde estaba la junta. Visto no tener otro remedio sino caminar aquel paso de noche, partieron como las noches pasadas, y abajaron á un rio de muy malos pasos, adonde á la mano derecha del camino, por lo alto, parecian fuegos, por donde conocian que lo que el indio dijo era verdad. Yendo á tienta por no saber el camino y ser demasiadamente fragoso, se perdieron seis españoles de todos los otros, los cuales, no sabiendo adonde irian, dieron en un pueblo adonde hallaron con mucho descuido, por no ser por allí el camino, muchos indios de guarnicion en un grande aposento, que antiguamente con otros muchos se hicieron para este efecto. Los seis españoles dieron en ellos con tan buen ánimo, que no paró hombre con hombre; hecho esto, viendo estar perdidos de su Capitan y entre tanta gente de guerra, no sabian qué se hacer. Uno dellos, diciendo á todos que estuviesen quedos, fué sólo á buscar el camino, y, no sin mucho peligro, se dió tan buena maña, que lo halló y volvió á llamarlos y los guió por él, yendo siempre delante, por el rastro de los caballos, de que iban todos en alguna manera contentos, hasta que lo perdieron porque el Capitan, por aviso del indio que los

guiaba, habia dejado el camino real y tomado una senda por despachar un pueblo adonde les estaba esperando la gente de guerra.

Los seis españoles iban por el camino teniéndose por descaminados, porque tenían por cosa muy cierta, que venido el dia no podia escapar ninguno dellos, porque, demás de ser tan pocos, iban unos caballos heridos y otros lisiados. Media hora podia haber ántes que amaneciese cuando el español que guiaba y otro con él, yendo á pié porque así habian andado toda la noche por no acabar de matar los caballos, vieron á una parte y á otra del camino indios de guerra; los dos españoles, como hombres que les parecia ser imposible poder escapar, iban determinados de morir ántes que mostrar punto de flaqueza; los indios estuvieron quedos, y ellos, echando mano á las espadas y las capas á los brazos, los llamaban que viniesen. Estando en esto, vieron delante de sí un escuadron de más de dos mil indios en el camino, todos con lanzas y rodela, y paresciéndoles que volver atrás á dar aviso á los compañeros era perderse más presto, pues era dalles ánimo, no tuvieron otro remedio sino meterse entre ellos, hiriendo á diestro y á siniestro

con tanto denuedo, que los indios, ó porque siendo de noche pensaron que eran más, ó porque Dios lo quiso así, no paró indio con indio, que todos huyeron con tanta priesa que caían unos sobre otros, adonde acuchillaron todos los que pudieron. Los que venían más atrás vinieron al ruido, y viendo lo que habia pasado, se maravillaron en gran manera.

Pasando adelante, dieron en un pueblo muy grande con muchos fuegos, adonde estaban aposentados esta gente de guerra; no pararon en él poco ni mucho, y á la salida no podían acertar por el camino, á tiento tomaron por donde mejor les pareció saliendo á un llano donde les amaneció. Viéndose allí seis hombres, no sabiendo adonde estaban ni por dónde se habian de ir, mirábanse los unos á los otros como suspensos, no sabiendo qué decir ni á qué se determinar; el español que la noche pasada habia hallado el camino, dijo: «Ya veis cuán imposible nos es dejar de morir, porque, allende de ser tan pocos como somos, los caballos y nosotros estamos tales, que por ninguna vía, tornando á ser acometidos, no podemos dejar de perdernos; el mejor remedio que tenemos es, ¡que pues tenemos tan cerca la muerte, vendamos á estos infieles

tan caras las vidas, que si agora á sus manos muriésemos, que somos seis, queden con tanto escarmiento que otro dia no osen acometer á otros.» A todos les pareció ser así muy bien, y con tal determinacion comenzaron á caminar por un llano adonde, cuanto pudieran divisar, vieron un escuadron de gente, caballos y lanzas de españoles. Unos decian que eran los indios de guerra, que habian muerto al Capitan y á los demas, que venian en sus caballos; otros que eran el mismo Capitan y los compañeros que por encantamiento salieron allí. Estando en esta confusion acabaron de conocer realmente ser los españoles, y el placer que sintieron es imposible sabello encarecer, abrazándose unos á otros con tanta alegría como aquellos que les parecia haber hallado la vida con juntarse. Los seis contaron al Capitan lo que les habia acaecido, y volviendo al pueblo dejaron allí la rezaga con cuatro de caballo, adonde la junta de los indios salió á ellos, mas por ser tierra llana el asiento del pueblo, se lo tomaron y le pusieron fuego; hecho esto, volvieron adonde dejaron la rezaga, y como los indios sintieron que se iban, tomáronles la ladera por donde forzado habian de pasar, donde se vieran en mucho aprieto si no fuera

por el esfuerzo del Capitan, que animando los suyos, peleando con los contrarios, salió á los llanos adonde alancearon algunos indios.

Hecho esto, caminaron aquel dia por tierra llana sin ningun revés hasta un pueblo que se dice Guaila, adonde algunos indios les salieron de paz y entre ellos vino el cacique, el cual dijo que estaba muy enojado de lo que atrás les habia acaecido, porque era amigo de cristianos y enemigo de los indios de guerra. El Capitan y los demas se holgaron de esto en gran manera, porque ya no tenían más de seis ó siete leguas por salir á los llanos; dijeron al cacique que le rogaban que fuese con ellos hasta el valle de Lingoana que está abajo de toda la sierra. El cacique comenzó á poner excusas, diciendo que sería bueno dormir allí aquella noche en su pueblo, y que otro dia podrian ir á dormir á lo llano; al Capitan le pareció mal convidallos con el pueblo, por donde determinó partirse luégo llevándole consigo y á muy buen recaudo. Con determinacion de caminar toda la noche, partieron de aquí llevando un español cargo del cacique, mas no lo cumplieron así, porque anocheciéndoles en un pueblo pequeño hubo muchas diferencias entre ellos

si pasarian adelante ó si dormirian allí; todos los más votos fueron de parecer que anduviesen, mas como en semejantes tiempos por mayor parte se escoje lo peor, acordóse dormir allí, y en amaneciendo partieron no con tanto aviso como era menester, paresciéndoles que ya todo estaba en juego.

Sería una hora ó dos despues del sol salido, cuando oyeron grita; algunos lo tuvieron por mala señal, otros decian que eran indios que huian de unos pueblos pequeños que de allí se parecian; no tardó mucho, yendo hablando en esto, cuando á sus espaldas sonaron muchas bocinas á vuelta de grandísima grita de gente de guerra, en tanta manera que no parecia sino que las sierras y valles se abrian. Conosciendo el Capitan el peligro, porque el camino iba entre dos sierras, por donde caballos no podian por ninguna vía pelear, no sabía qué hacerse, porque volver atrás era tomar más larga la tormenta, y esperar allí era en parte donde caminaban á pié por no ser tierra para caballos. Los españoles á grandes voces decian: «Adelante, adelante, señor Capitan, que nos perderemos, porque no hay remedio ninguno para salvarnos, si no es en lo llano.» Desta manera se iban adelantando cada

uno segun más podia. El Capitan, conociendo que por aquella vía más presto se habian de perder, iba muy congojado; á pié, detras de todos, el cacique que llevaba un español atado, el cual se dejó caer por una ladera, el español por no ir detras dél, lo soltó, que como se vió libre, se juntó con la gente de guerra que era toda movida por su mano; desde entónces los indios comenzaron á dar más priesa á los españoles, ganándoles lo alto y echándoles piedras muy grandes. El camino era tan angosto que no podian pelear; el Capitan, habiendo echado delante su caballo muy cansado, tomó otro de un español amigo suyo, que como tambien se cansase saltó á las ancas de su mismo caballo. A ésta hora ya habian muerto al vecino de la ciudad de Los Reyes, que dije que era amo de aquel indio que los avisó del alzamiento de la tierra. Pues yendo el Capitan y el español ambos en el caballo, vino una piedra grande por la sierra abajo, que dió al Capitan en un muslo y se lo hizo pedazos, y cayeron del caballo él y el otro español, el cual saltó en su caballo, y el Capitan quedó sentado en el suelo, los ojos puestos en el cielo, pidiendo á sus amigos le socorriesen; mas como la priesa era grande, y por ser el

camino muy angosto iban todos de uno en uno, y la gente de guerra por el mismo camino y por lo alto dándoles mucha priesa, no lo pudieron socorrer, porque por poco que paraban, los enemigos se aprovechaban mejor dellos, teniendo más lugar de ganarles lo alto para echar piedras. Desta manera se quedó el Capitan, donde le mataron, con el cual se quedó un esclavo suyo, el cual quiso más morir con él que no vivir sin él; y, segun despues se supo por relacion de los mismos indios, peleó defendiéndose á sí y á su amo valientemente, pero finalmente le mataron y murió peleando: los enemigos iban siguiendo la victoria.

Este camino les duró hasta un paso muy malo que se hace al pasar un arroyo, donde los más caballos se quedaron embarrancados unos con otros, por ser el paso muy angosto y darles en él muy gran priesa, adonde mataron otros cuatro cristianos. Los que quedaron salieron de la otra parte á un camino más llano, y, salidos, allí se quedaba un español ya de muy cansado, porque todo aquel dia habia corrido á pié, y viólo el español que habia dado al Capitan su caballo, quedar, y haciendo rostro á los indios lo esperó, y echándolo á las ancas lo llevó hasta una

puente adonde los indios llegaron, y no pasaron adelante; cuatro ó cinco de á caballo pasaron por el rio y los demas por la puente. De allí adelante fueron sin riesgo por tierra llana hasta Los Reyes, donde el Gobernador los rescibió con tanta tristeza cuanta era razon de tener, considerando el peligro en que estos se habian visto, el grande en que estarían sus hermanos y todos los demas en esta ciudad, porque ninguna nueva dellos tenían, y teniendo tambien por muerto al capitan Gonzalo de Tapia, su cuñado, y á Diego Pizarro con todos los demas españoles. Y así era la verdad como lo sospechaba, que al pasar el rio de Guamanga mataron al dicho Diego Pizarro y á todos los que con él iban, si no fué un español que tomaron á vida para presentar al Inga, y al dicho Gonzalo de Tapia le mataron tambien con todos los que con él iban, adonde arriba he contado.

Luégo el Gobernador mandó que un galeon que enviaba á Chile con gente de armada á el Adelantado D. Diego de Almagro se tornase, paresciéndole bien socorrer con la gente que en él iba á lo más necesario, y porque á un Capitan que se llamaba Gaete habia enviado á Xauxa con hasta veinte de á caballo, y con él un

hermano del Inga, que le alzaba por señor de la tierra pensando que sería mejor modo para apacigualla y hacella estar de paz, teniendo por cierto que los naturales le seguirian, y paresciéndole que la muerte de los Capitanes que he dicho y su gente amenazaban con mucho más mal, y á esta causa el dicho capitan Gaete, estando en Xauxa corria riesgo por tener poca gente, temiendo no le acaesciese lo que á los otros envió allá á Francisco de Godoy, vecino de Los Reyes, con treinta de á caballo y algunos peones, el cual fué, y á una jornada de Xauxa topó con un hernano del dicho Capitan, y con otro español, el cual venía encima de un acémila quebrada una pierna, y le dijo que el Capitan, su hermano, y los otros españoles que con él estaban, dejaban muertos, porque aquel mismo dia por la mañana amanescieron sobre ellos cuarenta mil indios y los cercaron por todas partes, y que ellos milagrosamente se habian escapado de aquella manera que los veian. Viendo el dicho capitan Godoy el daño que estaba hecho, paresciéndole que con los que llevaba no era parte para sostenerse, por ser todos los más dellos recién venidos de España y estar los indios cebados en tanta gente como habian muerto,

con parecer de todos acordó de tornarse á Los Reyes, porque ya los indios andaban tan atrevidos que era menester hacer castigo con más gente y propósito. Y vueltos á Los Reyes, el Gobernador estaba con harta pena viendo cuán mal se sucedía, porque ya le tenían muertos cuatro Capitanes y casi doscientos hombres, y muchos caballos, y tambien tenía por cierto que esta ciudad estaba en gran peligro ó debía ser perdida, y muertos sus hermanos y todos los demas que en ella estaban; y por esto y por se ver con poca gente estaba muy afligido temiendo perder toda esta tierra, porque no habia dia que no le venían á decir «tal cacique se ha alzado», «en tal parte han muerto tantos cristianos que fueron á buscar que comer.» Asimismo tardar tanto Alonso de Albarado, á quien habia enviado á llamar á la provincia de Chachapoyas, que estaba allá por Capitan de la gente que conquistaba aquella provincia.

Estando las cosas en estos términos y todos á punto y aparejados para lo que subciese, vinieron indios de alrededor de la ciudad de Los Reyes quejándose, diciendo que indios de guerra en gran cantidad bajaban de la sierra á destruirles, matándoles sus mujeres é hijos. El Gober-

nador mandó á Pedro de Lerma que fuese con veinte de á caballo, por no ser más de tres leguas de allí y tierra llana, á saber lo que era y correr el campo; el cual partió á prima noche, y estando como dos leguas de la ciudad se halló cercado de cincuenta mil indios, que venían á dar en ella la mañana siguiente. Él se estuvo quedo y mandó que ninguno se desmandase; los indios asimismo estuvieron quedos pensando que les acometerían, pero los españoles, poco á poco y á veces revolviendo sobre los indios y matando muchos dellos, se retiraron á la ciudad, habiendo avisado primero al Gobernador, como venían tan gran cantidad de indios á dar en la Ciudad, para que estuviese á punto, y como los indios venían cerca de la ciudad salió gente de refresco á dar en ellos y mataron muchos. Los indios se pusieron en unos cerros; en lo más alto dellos se puso Tey-Yupangui, con la gente principal, que venía por capitan general de toda esta gente. Los españoles arremetieron al cerro más bajo, adonde cayeron dos de caballo, y al uno dellos mataron y el otro se salvó por grán milagro más que por su posibilidad. El Gobernador, viendo tanta multitud de gente, creía sin duda ninguna que ya lo de acá era todo despa-

chado; los españoles anduvieron escaramuzando con ellos, matando muchos, especialmente una vez que los enemigos se determinaron de acercarse á la ciudad, poniéndose en unos edificios caídos. La gente de á caballo estuvo en celada, y habiendo tiempo, salieron matando y alcanzando mucho número dellos hasta que se subieron en unos cerros. Al Gobernador jamás este día le dejaron salir á pelear, pero estaba con veinte de á caballo á punto para socorrer adonde hubiese necesidad. Esa noche se hizo mucha guarda, rondando la gente de caballo la ciudad.

Otro día amanecieron los indios más cerca, en una sierra grande, que estaba dellos cubierta que cosa della al parecer no se divisaba, de donde quitaron é hicieron pedazos una cruz grande de madera que estaba puesta en lo alto, á la parte del camino que van á la mar y al puerto; y en otro cerro algo más léjos pareció muy gran cantidad de gente, toda de la provincia de los *Atavillos*. En estos cerros los enemigos peleaban muy á su salvo, abajando á lo llano á pelear un escuadron y aquel retirado bajaba otro; en la ciudad habia algunos indios amigos, los cuales, haciéndoles espaldas los españoles, peleaban muy bien y era causa de

reservarse de grandísimo trabajo los caballos, porque de otra manera no lo pudieran sufrir. Algunos de los indios que se tomaban á vida se atormentaban cruelmente, para saber nuevas desta ciudad; unos decian uno y otros decian otro, y jamás concordaban, porque así estaban prevenidos de sus capitanes. Viendo el Gobernador que los contrarios estaban tan cerca de la ciudad y que no les podia hacer ofensa ninguna, trataba cercarlos y para esto hallaba poca posibilidad. Otras veces decian que sería bien subir de noche y tomalles lo alto; tambien esto les pareció muy dificultoso, así por ser pocos y el número de los indios tan grande, como por la fragosidad del cerro en que estaban: pero al fin acordóse ser esto lo mejor, porque de noche son muy cobardes los indios. En esto pasaron cinco dias, y acordaron de hacer un reparo de tablas para resistir las piedras; pero despues de hecho les pareció imposible poderlo llevar.

Seis dias habia que los indios estaban sobre la ciudad, cuando el general dellos, Tey-Yupangui, se determinó entrar en ella y tomalla por fuerza ó morir en la demanda, y habló primero á todas sus gentes, diciéndoles: «Yo quiero entrar

hoy en el pueblo y matar todos los españoles que están en él, y tomaremos sus mujeres, con quien nosotros nos casaremos y haremos generacion fuerte para la guerra. Los que fueren conmigo han de ir con esta condicion, que si yo muriese mueran todos, é si yo huyere que huyan todos.» Los capitanes y personas entre ellos principales respondieron que le prometian de lo hacer así; y con esto movieron todo el ejército con grandísimo número de banderas, por donde los españoles conocieron la determinacion y voluntad con que venían. El Gobernador mandó que toda la gente de á caballo se hiciese dos escuadrones; él se puso con el uno en celada en una calle y un Capitan con él, y otro en otra. Los enemigos en esto ya venían por el llano del rio; muy lucida gente, porque toda era escogida: el general venía delante con una lanza, el cual pasó en sus andas ambos los dos brazos del rio. Ya que comenzaban á entrar por las calles, y alguna de su gente andaba por cima las paredes, salió la gente de á caballo y dieron en ellos con tan buena determinacion, que, como la tierra era llana, en un punto los desbarataron, y quedó allí muerto el capitan general, y junto con él cuarenta capitanes y perso-

nas de cuenta, que no pareció sino que los habían andado á escoger, y causólo que, como venían delanteros, fueron los primeros en quien rompieron; los españoles fueron hiriendo y matando en ellos hasta el pié de la sierra, adonde hallaron muy gran resistencia desde un reparo que tenían hecho. Acabado esto, y conocido por los españoles ser muerto Tey-Yupangui, muy alegres, lo hicieron saber al Gobernador, de que no se holgó poco pareciéndole que los indios de ahí adelante no estarían tan orgullosos; que como entre ellos fué hallado ménos, no se puede creer cuánto lo sintieron, teniendo su hecho por muy perdido, porque para indio era tan animoso, como en las palabras que dijo ántes de su muerte se pareció, y en las muertes de tantos cristianos como había muerto.

Visto los indios cuán poca gente eran ya para con los españoles, estaban tan desmayados que no salían á pelear ni hacían otra cosa más de estarse quedos. Conocida por el Gobernador su flaqueza, manda que otra noche en todo caso, se suban al peñol y se ponga en él otra cruz como la que los indios quitaron, señalando para ello los más sueltos y personas de más experiencia para aquel caso. Hí-

zolo Dios tan bien, que como todos andaban en su servicio, la noche que habian de subillo, vinieron indios amigos á decir como toda la gente de guerra era huida; sabiendo esto el Gobernador, mandó á mucha priesa vayan en el alcance algunos de caballo, los cuales fueron, mas no acertaron por el camino que los indios iban, porque tomaron la sierra por ir más á su salvo, por donde hobo lugar de cumplirse el voto del Gobernador, poniendo la cruz donde ántes estaba. Hecho esto, tenía grande congoja todavía, no saber cosa cierta desta ciudad, y deseaba venir él ó enviar gente en cantidad, y no habia posibilidad para ello, porque, aunque dejaran el pueblo sólo, era poca la gente que en él habia. Alonso de Alvarado llegó despues de haber pasado algunos dias que los indios habian descercado Los Reyes, con treinta de á caballo y cincuenta peones, en que habia algunos ballesteros, y Gonzalo de Olmos, que era Capitan y Teniente de Gobernador en Puerto-Viejo, con ciento y cincuenta hombres de pié y de caballo, que los habia recogido á su costa y traído á Los Reyes para el efecto del socorro del Cuzco y que hiciesen guerra á los indios, y con voluntad de ir él mesmo en persona con ellos, sino que

el Gobernador no se lo consintió, así por haber dado el cargo de Capitan general á Alonso de Alvarado, como porque tambien convenía que el dicho capitan Gonzalo de Olmos no desamparase la provincia de Puerto-Viejo, y la gente della por su ausencia se alzase, y así se tornó el dicho Gonzalo de Olmos desde Los Reyes, dejando toda la gente que habia traído para que fuesen con Alonso de Alvarado al socorro del Cuzco.

El Goberdador holgó mucho con la venida de entrambos, y á Alonso de Alvarado mandó que luégo se aparejase para ir al Cuzco á saber de sus hermanos y de los demas. Para poderse esto hacer, fué menester socorrer muchos con caballos y armas, adonde el Gobernador despendió todo lo que tenía y tomó de algunos vecinos dineros prestados, y, no bastando todo, atrevióse á gastar de la Hacienda Real de V. M., tomando de sus quintos cierta cantidad de oro, con que se puso en órden la gente. Pedro de Lerma se afrentó desto en gran manera, porque decia que el Gobernador le habia dado palabra de enviarle con este socorro por Capitan general; el Gobernador decia que lo que él le habia dicho, era que habia sabido que Alonso de Alvarado venía mal dispuesto, que si

no estuviese para poder ir, le enviaria á él: de manera que todavía quedó resabiado. Luégo se hizo alarde para ver la gente que podria haber para enviar á esta ciudad, y hallaron ciento de á caballo y más de ciento cincuenta de á pié, en que habia cuarenta ballesteros; vista por el Gobernador la gente, parescióle que no bastaría y tambien temia que el Cuzco no fuese perdido, y, entre muchos pareceres que para esto hobo, fué acordado que fuese Alonso de Alvarado con toda ella á ponerse en la provincia de Xauxa, y que desde allí castigase la muerte de los españoles que en ella se mataron, y que en ninguna manera fuese adelante hasta que le enviase más gente; y partió de Los Reyes en principio de Abril del año de treinta y siete. Á cinco leguas de la ciudad hobo cierto recuento con los indios de guerra, que le esperaron en un peñol muy alto, adonde los desbarató y mató muchos dellos; hecho esto, pudieron subir el puerto á su salvo, aunque no de sed, porque por falta de agua murieron de sed algunos indios, y los españoles padecieron necesidad.

De aquí fueron hasta Xauxa, que no hallaron quien les impidiese el camino, porque alguna gente de guarnicion, que

estaba en el pueblo, huyeron dejando quemada la puente. De allí á algunos dias, se comenzaron de hacer entradas á una parte y á otra, adonde se atormentaban indios para saber si esta ciudad era perdida; unos decian que eran vivos los cristianos y que estaban dentro cercados de gente de guerra; otros que se habian salido á unos llanos, y que allí se defendian, y como andaban variables á ninguno se creia. Desta manera estuvieron muchos dias esperando á que el Gobernador enviase á mandarles lo que habian de hacer. En este tiempo, paresciéndole á Hernando Pizarro que para lo que tenía determinado, que era no desamparar el Cuzco, teniendo por cierto no haber otros españoles en toda la tierra sino los que con él estaban, tenía necesidad de proveerse de bastimentos, envió un Capitan con todos los que tenían buenos caballos, que serían hasta sesenta, y todos los peones é indios amigos á la provincia de los Canches, con término de veinte dias para que trujesen mucha cantidad de ganados; alejóse obra de veinte leguas, adonde hizo ciertos castigos. Andando entendiendo en esto y en recoger bastimentos, supo el Inga como toda la gente andaba fuera de la ciudad, y que con Hernando Pizarro

no habia sino hombres tollidos y caballos mancos, hizo luégo mensajeros á todas las provincias, enviándoles á decir que era tiempo para acabar de echar los cristianos de la tierra, porque Hernando Pizarro estaba solo con los dolientes y sin caballos, que se juntasen lo más presto que ser pudiese, é viniesen sobre él.

Hechos estos mensajeros, envió cuatro mil indios á tomar el paso al dicho Capitan, que habia ido por provision, porque no pudiesen socorrer la ciudad, y en el paso hicieron cavas muy hondas y fuerzas; y eran ya diez y ocho dias que era partido el Capitan, cuando, paresciéndole á Hernando Pizarro que fuera razon tener nueva dél, envió á Gonzalo Pizarro, su hermano, hácia Tambo, adonde estaba el Inga, á fin que tomasen algunas espías de quien pudiesen informarse de lo que se hacía y lo que el Inga pensaba hacer; y, como habia de andar siete leguas y volver al Cuzco á dormir, partió ántes de media noche. Y acaesció al mismo tiempo venir dos guarniciones de gente de indios de guerra hácia la ciudad, y pasó Gonzalo Pizarro por medio de ambos escuadrones sin verse los unos á los otros. Como fué de dia, diez y ocho de á caballo que llevaba partiólos, enviando los nueve por un

camino y él con los otros se apartó por otro, y tomaron algunas espías, y como entre ellos no habia ninguno que supiese la lengua, no pudieron entender más de saber de la gente que habia pasado hácia la ciudad. Los nueve de caballo toparon con la guarnicion de Chinchasuyo, que serían hasta cuatro mil indios, y como traian los caballos fatigados de lo mucho que habian caminado, estuvieron en muy poco de perderse porque los indios los acometieron con mucha determinacion y muy osadamente, y ellos lo mejor que podian se venían retrayendo hácia el pueblo.

Gonzalo Pizarro y los que iban con él se toparon con la guarnicion del Inga, que serían hasta quince mil indios, gente por extremo muy lucida. Parescióle á Gonzalo Pizarro que no era coyuntura de romper con ellos, y tan grande esfuerzo fué hacerlo y dejar de pelear, segun su condicion, como si á todos los desbaratara, porque si los acometiera no pudiera dejar de perderse. Un indio que traian los nueve de caballo fué corriendo á dar mandado á la ciudad, y salió Hernando Pizarro á socorrerlos con ocho de á caballo, que no habia más en la ciudad que pudiesen ir con él. Hernando Pizarro llegó á tiempo que Gonzalo Pizarro andaba en

busca de los otros nueve de caballo, y los quince mil indios le venían siguiendo con grandísima grita. Los cuatro mil indios de Chinchasuyo ya habían dejado los nueve de caballo que Gonzalo Pizarro andaba á buscar y vinieron á tomar en medio dellos, y de los quince mil indios á Gonzalo Pizarro ántes que llegase Hernando Pizarro; y paresciéndole que el mejor consejo era vencer ó morir peleando, pone las piernas al caballo, y siguiéndole los que con él iban, arremetió rompiendo por ellos, adonde hizo tales cosas que bien daba á entender y mostraba el valor de su persona, y con lo mucho que hizo, ayudándole los demas, que eran nueve de caballo, se sostuvieron hasta que llegaron los otros nueve de caballo que iba á buscar, y Hernando Pizarro con los ocho, el cual, como vió á su hermano con tanta necesidad, métese por el escuadron de los enemigos con tanto denuedo, que no le pudieron sufrir y vuelven las espaldas rehaciéndose en una sierra, adonde, por ser la tierra muy mala y estar los caballos muy fatigados, los dejaron y se volvieron á la ciudad.

Considerando Hernando Pizarro el peligro en que estaban, por ser tan pocos y tener tan cerca tanto número de enemi-

gos, allende de los que cada día venían y aún los demas que habian de venir, estaba en aquella misma noche muy congojado, porque ninguna nueva tenía del Capitan que habia enviado por bastimentos, y pensando mucho en ello, teniendo por gran inconveniente esperar á ser otro día cercados, pues forzado habia de ser conocida de los enemigos la falta de gente y caballos que tenían, paresciéndole que el principal remedio consistía en acometer los indios aquella noche, porque en aquella junta estaban todos los principales caudillos y gente más escogida del Inga, dijo á Gonzalo Pizarro:

«La ciudad está en peligro más que nunca estuvo, porque si somos cercados otra vez no tenemos caballos para pelear de un día arriba, y ya que pudiésemos, no podemos defender que no nos cojan el maíz que tenemos sembrado, lo cual sería grandísima falta y nos metería en mucha más necesidad, y no se puede excusar que esta noche volvamos á dar en la junta que dejamos, aunque se nos haga trabajo por lo mucho que hoy los caballos y la gente ha hecho, porque desbaratada esta junta, como es la principal, todos los demas perderán el orgullo que tienen; si lo comunico esto con los españoles, sé cierto

que me han de contradecir porque están cansados, y dejándolo de hacer, sé cierto que nos hemos de perder; por tanto, conviene que esta noche vos en persona apercibais á todos los que estuvieren para ir, porque muy de mañana demos en ellos.»

Gonzalo Pizarro lo puso luego por obra paresciéndole muy buena la determinacion de su hermano Hernando Pizarro, y juntó hasta veinte y seis de á caballo, que no habia más que pudiesen ir. Hernando Pizarro mandó guiar en saliendo de la ciudad por otro camino por ir más encubierto, y á esta causa fueron sin ser sentidos hasta dar sobre los indios, y llegaron á tiempo que se bajaban de la sierra para venir á poner cerco á la ciudad. Gonzalo Pizarro enderezó con veinte de caballo á un llano, en el cual habia una laguna grande, en el cual estaban veinte mil indios, y Hernando Pizarro con los seis de caballo tomó por un alto adonde estaban mil flecheros que bajaban á tomar en medio á Gonzalo Pizarro, y trabó con ellos una de las más hermosas escaramuzas que jamás se vió, porque como veia que en aquella coyuntura estaba perderse la tierra ó ganalla, hizo cosas tan señaladas que no se puede creer, porque, como eran flecheros y de la guarda del Inga, era muy

buena gente y que peleaban muy sin miedo. Hiriéronle á Hernando Pizarro su caballo y otros dos de los seis, de flechazos, el cual tomó dello tan buena venganza, que de los mil flecheros quedaron los ciento tendidos en el campo y los otros se subieron á la sierra; cosa por cierto muy señalada que con tan pocos de á caballo y con caballos tan cansados pudiesen haber tal victoria. Gonzalo Pizarro entre tanto que esto pasaba habia acometido el escuadron que estaba en lo llano junto á la laguna, y quedaba envuelto con los indios, que como eran muchos y escogidos defendíansele muy bien; pero como vieron desbaratados los flecheros, desmayaron en tanta manera, que se pusieron en huida, adonde se alancearon pasados de trescientos indios y en la laguna se metieron otros muchos; Gonzalo Pizarro los acometió echándose á el agua: fué muy hermosa montería, que se tomaron como pescado sobre agua. Donde no se siguió más el alcance porque se subieron luégo á la sierra, y los caballos estaban fatigados.

Con esta victoria se vinieron aquel mismo dia á esta ciudad, y en la plaza della cortaron las manos derechas á cuatrocientos que se trujeron presos, envián-

dolos al Inga. Fué tanto el temor que desto los demas cobraron, que todas las guarniciones que estaban en esta comarca se deshicieron, y los cuatro mil indios que tenían el paso al Capitan que fué por bastimentos le desocuparon, el cual entró luégo á otro dia siguiente sin contraste, con pasadas veinticinco mil ovejas y mucho maíz. De ahí adelante los españoles estaban con más descanso, aunque no sin sobresalto porque todas las lunas nuevas tenían rebatos y cercos, mas como ya eran conocidos de los indios, en saliendo á ellos no paraban. Tenía en todo esto Hernando Pizarro un ardid muy bueno, que así como la gente de guerra alzaba el cerco, iba él luégo y sus Capitanes en busca dellos, de manera que en todo un año que la guerra duró, no se halló que todos juntos tuviesen un dia de descanso, porque viniendo una compañía salia otra. Entre estos indios que se tomaron, se dijo que el adelantado D. Diego de Almagro daba vuelta, como ántes se ha dicho; dióse en alguna manera crédito á ello porque los indios de guerra, todas las veces que se topaban con españoles, les amenazaban diciendo que venía el Adelantado muy enojado, que era su amigo y que los habia de matar á todos. Esto an-

duvo entre los indios bien dos meses, hasta que vino nueva de estar el Adelantado con quinientos españoles á siete leguas desta ciudad, el cual, andando en su descubrimiento, le escribieron como le eran venidas provisiones de V. M. en que le hacía merced de docientas leguas de gobernacion, que comenzasen despues de acabadas las docientas y setenta leguas quel gobernador D. Francisco Pizarro tiene por límite de la suya; pareciéndole que contadas desde el rio de Santiago, donde toma principio, con gran parte no llegan á esta ciudad, no mirando la diferencia que hay á contallas Norte-Sur, ó por las jornadas que se caminan, porque contadas como se han de contar entra esta ciudad del Cuzco con veinte y tantas leguas más adelante en los límites de D. Francisco Pizarro. Lo cual debiera de muy bien mirar el que lo escribió, ántes que dar ocasion á tan grandes deservicios como dello á Dios y á V. M. han sucedido, pues allende del daño que con su vuelta se hizo, se perdió el mucho provecho que del descubrimiento de la tierra se pudiera seguir, no mirando cuánto mejor era ganar de infieles aquello que no venir á tener guerra con los españoles sobre lo que ya estaba sujeto á V. M. y á su Real corona.

Hernando Pizarro, presumiendo que la vuelta del Adelantado pronosticaba mucho mal, tomaba desto que los indios decian alguna sospecha de ser así; mas pareciéndole que podria ser viniese desbaratado, no daba crédito á lo que algunos le decian, diciendo que él no podia creer que él viniese con mal propósito. Considerando, por otra parte, ser imposible su vuelta, no lo podia acabar de creer, y para saber si era cierto hizo un mensajero al Inga para que se informase disimuladamente de la verdad, con una carta en que le decia que no diese lugar á mayores daños, y que lo pasado fuese pasado, que se viniese al Cuzco con seguro de su persona y de los demas que consigo trujese, y que en nombre de V. M. le perdonaba. El indio fué con esta carta, y al tiempo que llegó á Tambo, donde el Inga estaba, eran venidos á él tres españoles mensajeros del adelantado D. Diego de Almagro, con una carta suya en que le hacía saber como era venido y quedaba en Urcos, un pueblo cerca desta ciudad, que le rogaba se viniese adonde le paresciese, y se juntasen para dar órden y manera á que lo pasado se perdonase y V. M. no fuese más deservido.

Aquel dia y otro siguiente tuvo el Inga

consigo los españoles mensajeros, mostrándoles mucho contentamiento, jugando y regocijándose con ellos, y díjoles como estaba allí un indio de Hernando Pizarro que le traía una carta, y que estaba determinado de mandalle matar, que si á ellos les parecia bien que lo mandaria hacer. Ellos le respondieron que sería bien hecho; y decíanlo por complacelle porque tenían muy grande deseo que se viesen él y el Adelantado. Ya estaban bien arrepentidos los españoles de estar en su poder, porque cuando vinieron se habia derrocado una puerta por donde entrasen, y ya la habian tornado á cerrar y habian puesto gente de guarda en ella. El Inga se entró en una cámara con sus capitanes, donde consultó mucho sobre lo que haria de ellos; unos eran de parecer que los matasen, y otros que no, y al fin se acordó que los dejasen ir y que respondiese á la carta del Adelantado; y así lo hizo, y se la dió diciéndoles, primero que se despidiesen, que no quería mandar matar al indio de Hernando Pizarro, sino cortalle la mano derecha, y un español de los tres, por hacerle placer, se la cortó. El Inga mostró en el semblante que le pesaba, porque le pareció gran crueldad; y así se fueron y el indio volvió al Cuzco y dijo á Hernando

Pizarro lo que le pasaba, y que el Inga le habia hecho curar de la mano y le habia pesado de lo que los españoles habian hecho en cortársela, y le dió mantas, que es de lo que ellos se visten, y le envió. Y como se tuvo por cierta la venida del Adelantado, y que estaba tan cerca, y que no habia escrito á Hernando Pizarro, los españoles que estaban con él tuvieron grande alteracion y estaban sospechosos que, pues no escribia y contrataba con los indios, que se confederaba con ellos para venir contra Hernando Pizarro y contra los que con él estaban, y tomarles el pueblo. Hernando Pizarro, no satisfecho con todo esto, mandó á un Capitan que fuese con algunos de caballo hasta Urcos y se informase de toda la verdad; el cual fué y en el camino tomó algunos indios, de los cuales supo que mucha gente de caballo eran idos á Tambo, y para certificarse de lo cierto fué él mismo y atravesó el camino donde lo halló muy hollado de caballos.

Con esta nueva envió un español á Hernando Pizarro, por donde se acabó de certificar ser el Adelantado, el cual estaba en gran manera espantado como no le escribía ó hacía saber su venida, y presumiendo si por ventura venía desbaratado

y con poca posibilidad, y que el Inga se carteaba con él para engañarle y matarle, acordó de ir hasta Urcos en persona para saber la gente que era, porque los indios le certificaban que le tenían cercado indios de guerra. Y salió con cierta gente de caballo y de á pié, y llegó al mismo valle de Urcos, á donde salió á él un Capitan diciéndole que no pasase adelante, porque él habia quedado allí con cierta gente, y que el Adelantado era ido á verse con el Inga para traello de paz; Hernando Pizarro le respondió: «Yo no vengo á contradecir la voluntad del Adelantado en aquello que fuere servicio de nuestro Príncipe, ántes me habian dicho que venía desbaratado de indios de guerra y venía á socorremos, y si esto no es verdad declaradme vuestra intencion, que yo no querria errar por estar mal informado.» El Capitan respondió: «La intencion del gobernador D. Diego de Almagro es venir y tomar la posesion de esta tierra, de que le hace Gobernador S. M.» Entendiendo Hernando Pizarro el propósito del Adelantado, y viendo el poco reposo que se le aparejaba á cabo de un año que con tanto trabajo y peligro habia sostenido esta tierra, considerando el mucho mal que de esto habia de suceder, paresciéndole por una parte

que el Adelantado venía con determinacion de meterse en el Cuzco, por la otra sabiendo que no tenía provision de V. M. que tal le mandase, porque las que tenía él se las habia traído y suplicado á V. M. por ellas cuando vino en España, parecíale ser gran poquedad entregarle la tierra que estaba dada en gobernacion á su hermano, sin primero ver expreso mandato de V. M. para ello, y como hombre celoso de su honra, tenía en sí ser obligado á dar cuenta desta ciudad á quien se la habia entregado; y comunicó con los suyos lo que se debia hacer, y aconsejéronle que prendiese aquel Capitan y los que con él estaban, y que no diese lugar á mayor daño, porque ellos habian sostenido y defendido esta tierra con mucho gasto de sus haciendas y peligro de sus vidas, y que sobre esto no querian tratar con Gobernador nuevo, y no cierto. Hernando Pizarro les respondió: «No permita Dios que yo haga principio en tan gran deservicio suyo, porque no se podrian excusar muertes de hombres si lo que decís se pudiese por obra, y no quiero sino la paz y concordia que el Adelantado conmigo quisiere, porque basta el desasosiego que hasta ahora hemos tenido, sin comenzar otros de nuevo.

Algunos pronosticaban lo que podia suceder por lo que la otra vez en esta ciudad habian pasado, y pesábales de ver á Hernando Pizarro tan justificado, porque claramente sabian que el Adelantado venía á tomar el Cuzco y hacerse Gobernador dél; y como algunos vecinos la primera vez habian servido y favorecido á su Gobernador, sabian cierto que siendo Gobernador el Adelantado habian de ser desposeidos de sus repartimientos y muy mal tratados, y dijeron á Hernando Pizarro: «Pues vuestra merced no quiere prender á estos, agora que tiene poder y que están divididos, hacemos os cierto que os vereis en tiempo que querais asiros de la oreja y no podais, porque nosotros conocemos la intencion del Adelantado desde la otra vez que se quiso alzar con el Cuzco, y agora que se ve con pujanza no dejará de hacerlo » Hernando Pizarro les respondió: «Bien conozco que ha de ser así, pero no quiero dar lugar á que se pueda decir á S. M. que yo fuí el primer movedor de tan gran daño, ántes me quiero poner á todo lo que me viniere, y procurar con él toda paz y concordia.» El sufrimiento de Hernando Pizarro en este tiempo se debe tener en mucho, porque si él entónces quisiera bien pudiera pren-

derlos todos, y, éstos presos, el Adelantado no fuera tanta parte. Despues de esto hecho, volvió al Cuzco con mucha priesa, temiendo que el Adelantado no entrase primero en el Cuzco estando él fuera, y para esto caminó toda la noche, y en llegando mandó aderezar las casas del Adelantado para que posase, y hacer el aposento para la gente que con él venía.

El Adelantado era ido con cantidad de gente de pié y de caballo al valle de Yucay, que está cerca de Tambo, para desde allí trabajar de traer al Inga de paz, el cual *disimulaba con él todo lo que podia*, asegurándole y enviándole presentes de cosas que sus gentes de guerra habian tomado á los españoles que habian muerto, pensando por esta vía asegurarle y traerle á Tambo para matarle con todos los que consigo traia. El Adelantado le envió un Capitan para que le hablase y le dijese que le rogaba viniese de paz, diciéndole que él era Gobernador en la tierra y le desagradiaba de cualquier mal que le hobiesen hecho, porque V. M. le daba esta Gobernacion. El Inga se holgó mucho con el Capitan y le hizo muy buen tratamiento, juntamente con un paje del Adelantado que llevaba consigo, porque entendia bien

la lengua, mas no los dejó volver con la respuesta, esperando que el Adelantado habia de ir por él, y como no fué, hízolo poner á buen recaudo y comenzó á dar guerra á el Adelantado; el cual se salió de Yucay con mucho trabajo, porque habia muchos indios de guerra sobre él y por todas partes le daban harto que hacer. Antes desto habia escrito Hernando Pizarro al Adelantado con un indio, y envió con él cuatro de caballo, porque la gente de guerra no le matase y porque le dejasen pasar; á los cuatro de caballo tomaron los españoles del Adelantado y los llevaron presos delante dél, y leyeron la carta que llevaba el indio de Hernando Pizarro, en la cual decia así: «Que mirase dónde entraba, porque los indios es gente cautelosa y podríanle ordenar alguna traicion donde se viese en mucho peligro», y otras muchas palabras de buena crianza y mucho comedimiento.

El Adelantado se informó de los españoles en secreto, y uno de ellos le avisó muy particularmente de todo lo que él queria saber, dándole cuenta de toda la gente de pié y de caballo que habia, contándole por sus nombres algunas personas, así vecinos como de los demas, que le servirian á él en todo lo que se le ofreciese,

porque estaban mal con Hernando Pizarro; y estos vecinos son los que dije que le querian mal por el servicio que para V. M. les pedia.

Como estos españoles no volvieron á la ciudad, estaba Hernando Pizarro muy enojado, temiendo no los hubiesen muerto los indios de guerra; y á esta sazón vino un indio que habia ido con los cuatro de caballo, y dijo como el Adelantado los tenía presos. Sabido esto, y pareciéndole que lo debia de hacer á fin de venir sin ser sentido y meterse en la ciudad, mandó á muchos indios se pusiesen por los cerros en atalaya y le avisasen cuando vieses venir el Adelantado, y ellos lo hicieron así, y visto venir la gente volvieron á gran furia á dar aviso de como venían.

Hernando Pizarro mandó tocar al arma, y junta toda su gente salió al camino por donde venía el Adelantado, y á media legua de esta ciudad topó dos caballeros del dicho Adelantado, y á los cuatro de caballo que le habian prendido, los cuales le dieron una carta del Adelantado en que le hacía saber su venida, y que la causa porque no le habia escrito habia sido por ver si pudiera traer de paz al Inga, y que le habia querido burlar y le habia dado guerra y tenido dos dias sin comer, y

muerto un caballo á su capitan Rodrigo Orgoñez, y que le perdonase por haber detenido sus mensajeros, que lo habia hecho por informarse dellos de la guerra pasada, que venía deseoso de saber nuevas. Hernando Pizarro dijo á estos caballeros, que á él le habian dicho que le tenía presos sus mensajeros, y que si era así, creyendo que el Adelantado venía de mal propósito, habia acordado de salirle al camino, pero pues ello no era así y su voluntad parecía no ser tan dañada, que él se queria volver, y que dijesen á el Adelantado que le pedia por merced se viniese al pueblo á aposentar, que sus casas le estaban aderezadas, y para su gente tambien estaba hecho aposento; y mandó al capitan Hernando Ponce, y al tesorero Riquelme, y á Gabriel de Rojas, y al licenciado Prado que fuesen á hablarle, enviándole á decir que mirase en la disposicion que hallaba la ciudad, por donde veria que al servicio de Dios convenia mucho el sosiego y toda paz y concordia, porque siendo lo contrario sería ocasion para que todos se perdiesen, y el Inga se quedase señor de la tierra, y V. M. desposeido de estos reinos y Nuestro Señor muy deservido con la muerte de los cristianos; y que si en algo se queria poner,

que ante todas cosas hiciese mensajeros al gobernador D. Francisco Pizarro, porque él vendria en todo aquello que fuese razon, y que entre tanto podia venirse á la ciudad con todos los que consigo traia, porque descansasen de los trabajos pasados, y ofreciéndole su casa y hacienda, con otros muchos cumplimientos. Y con esto se volvió él á la ciudad, y los mensajeros fueron; los cuales, despues de haber hablado en público al Adelantado, se apartaron en secreto, donde hobo alguno entre ellos que derramó tanta cizaña, que fué causa del mucho mal que despues sucedió.

Los mensajeros volvieron esa noche y dijeron á Hernando Pizarro que el Adelantado no queria venir á aposentarse á la ciudad hasta ir á sacar su gente de Urcos, que estaban en tierra fragosa y en peligro; Hernando Pizarro le proveyó á él y á toda su gente de comida aquella noche, y le envió á decir que se viniese á descansar á la ciudad, porque traia su gente fatigada, y que él iria con la suya que estaba más descansada á sacarlos de Urcos, y el Adelantado se lo tuvo en merced y dijo que no queria sino ir él á sacarlos. Otro dia, por la mañana, pareció junto á la ciudad con toda su gente á punto de

guerra; en la ciudad tocaron al arma, juntándose en la plaza para esperar lo que quisiese hacer, creyendo que se venía á meter en ella; el cual dejó el camino real y subió por una calzada que va á dar á la fortaleza y pasaron por detras della, y fueron rodeando hasta ponerse sobre las laderas de Andasuyo, de donde se veian los unos á los otros. Luégo se bajó de allí y se fué por el camino de Urcos, y desde á dos dias volvió con toda su gente y asentó real una legua desta ciudad; esto fué lunes diez y ocho de Abril de mil quinientos y treinta y siete años. Y sabiendo Hernando Pizarro que estaba allí, le envió sus mensajeros diciéndole que para qué asentaba real tan cerca de la ciudad, que se viniese á ella pues le estaba hecho aposento; el cual, viéndose ya con toda su gente junta, mostró el ruin propósito que tenía, y respondió con soberbia: «Decid á Hernando Pizarro que yo no tengo de entrar en la ciudad si no por mia, y que no tengo de posar sino en las casas que él posa.»

Hernando Pizarro le tornó á enviar sus mensajeros y á decir que mirase que los indios estaban de guerra, y que sería muy gran daño que entre ellos hobiese revuelta, que holgase de venirse á la ciudad

y estar en ella como amigo, y que entre tanto que venía D. Francisco Pizarro, ó le hacían mensajeros para que entre ellos hobiese concierto, procurarían de hacer la tierra de paz, y si quisiese que conquistarian juntos, ó que partirían la conquista, y que desta manera se podría V. M. servir y aquellos reinos pacificar. El cual respondió que él tenía provisiones de V. M. de Gobernador, y había de entrar en la ciudad por suya, y que el que se lo quisiese defender le pesaría dello; mientras pasaba esto, salían del pueblo muchas personas á se comunicar con sus amigos y hablar con el Adelantado, donde iban algunos que se tenían por sospechosos, los cuales hicieron tanto daño en lo que tocaba á tener confederacion y paz, que fuera mejor no ser nacidos, porque si cizañas y parlerías no hobiera, jamás vinieran á las manos; y estos con razon deben ser castigados por sus malas lenguas, pues guardando sus personas del peligro causaron tanto mal como lo que hasta agora en esta tierra se ha seguido.

Luégo comenzó á caminar el Adelantado al paso de los caballos, sus banderas tendidas, á meterse en esta ciudad, y ántes que llegasen, dejando el camino, se apartó á la parte de Condesuyo en

torno de la ciudad, hasta ponerse muy cerca, asentando campo en unas tierras un tiro de ballesta del pueblo, adonde su Capitan general, que se decia Rodrigo Orgoñez, ordenó la gente desta manera: de toda la de á caballo hizo un escuadron, y de los piqueros y arcabuceros y ballesteros otro, y las banderas enarboladas. Hernando Pizarro, al tiempo que ellos comenzaron á caminar hácia la ciudad, mandó luégo tocar al arma y se puso con su gente en la plaza para resistirla, y, visto lo que el Adelantado hacía, mandó hacer de su gente otros dos escuadrones, el de á caballo encomendó á su hermano Gonzalo Pizarro, y él se puso delante la infantería con un montante en las manos; y aquí conosció la tibieza de muchos que no quisieron salir por estar ya prevenidos del Adelantado, de aquel tiempo que se habia comunicado la una gente con la otra: y desta manera estaban los unos y los otros. Hernando Pizarro juntó allí consigo los de cabildo y acordóse que fuese un Alcalde con dos Regidores á requerirle de parte de V. M. que no alborotase la ciudad, y que si provisiones de V. M. tenía, que las presentase en el cabildo y que se veria si V. M. le daba esta ciudad en gobernacion. El cual dijo que así lo haria,

y asentaron treguas entre él y Hernando Pizarro por aquel dia hasta otro dia á medio dia. Luégo, por la mañana, envió á presentar las provisiones, y ántes que las presentase requirió á Hernando Pizarro que no estuviese con los Regidores por cuanto era parte, y él lo hizo así; y presentadas las provisiones é vistas por los Alcaldes y Regidores, con consejo de letrado, le respondieron que obedecian la provision de V. M., y en cuanto al cumplimiento della, que V. M. le daba por gobernacion doscientas leguas que se contasen desde donde se acababan los límites de la gobernacion del gobernador Don Francisco Pizarro en adelante, y que la dicha gobernacion no estaba partida ni dividida, y que esta ciudad habia poblado D. Francisco Pizarro y la tenía por de su gobernacion, y que se hiciese la division y particion, y que hasta que esto se viese por pilotos no diese lugar á tan gran escándalo, porque era para perderse los unos y los otros y tornar esta tierra á poseerla el Inga como de ántes; y que si esta ciudad, hecha la dicha division y particion, cupiese en sus límites, que estaban prestos de le rescibir por Gobernador, y que desde entónces le daban por rescibido, y en otra manera no.

Y vista esta respuesta por el Adelantado, no contento con ella, siendo hora de medio dia, mandó tocar arma para meterse en esta ciudad, y asimismo Hernando Pizarro para defendérselo; y salieron el Tesorero de V. M. y el licenciado Prado á meter paz entre ellos, y lo que pudieron acabar entónces fué alargar las treguas hasta el miércoles á vísperas, porque el Adelantado decia que queria probar como caia en sus límites esta ciudad, y segun pareció fué cautela para aquella noche dar sobre el pueblo y tomarlos descuidados, como lo hizo despues: con esto pasaron los unos y los otros esperando el miércoles. Hernando Pizarro, teniendo por cierto que se guardarían las treguas, estuvo aquella noche más descuidado que fuera menester, y tambien porque pensaba de venir en medio con que hobiesen concordia hasta que el Gobernador supiese lo que pasaba. La media noche sería cuando en el real del Adelantado hubo alboroto, fingiendo que las puentes de la ciudad se quebraban; y no mirando las treguas que tenían puestas, con toda la priesa que pudieron, apellidando: «Almagro, Almagro y mueran los traidores,» entraron de golpe por todas cuatro puentes, que ninguna hallaron quebrada, y vinie-

ron á se juntar en la plaza, y desde allí se repartieron á tomar las calles. Y Orgoñez, capitan general del Adelantado, con el mayor golpe de la gente entró en las casas del gobernador D. Francisco Pizarro con grandísimo alboroto de voces apellidando: «Almagro, Almagro.» Hernando Pizarro estaba muy descuidado echado sobre su cama, teniendo confianza en las treguas, y levantándose se armó á mucha priesa, y lo mismo su hermano Gonzalo Pizarro, y salió con una lanza y una adarga; y algunos que con él dormían en su posada, que serían hasta ciento, huyeron, que no quedaron con ellos más de quince hombres: él se puso á una puerta del aposento y Hernando Pizarro á otra adonde se defendían lo mejor que podían.

La gente que se derramó por la ciudad saqueaban las casas de los vecinos, y en la casa de Hernando Pizarro y en todos los otros aposentos hacían lo mismo. Orgoñez y su gente arremetieron á las portadas que guardaban Hernando Pizarro y Gonzalo Pizarro, en las cuales hallaron gran resistencia, de manera que, aunque las puertas eran grandes y los que las guardaban pocos, no se atrevieron á entrar, y aquí era toda la mayor priesa, porque como sabían que estaba allí Hernando

Pizarro, parecióles que si lo mataban ó lo prendian era todo acabado. Mas él trabajaba tanto y peleaba con tanto esfuerzo, que viendo Orgoñez la mucha resistencia que en su persona hallaba, y que á esta hora le habian herido algunos de su parte, envió á decir al Adelantado que estaba en la plaza que Hernando Pizarro se defendia con los suyos, y que no habia otro remedio sino echalle fuego á la casa. El cual respondió, que si no le podian prender se hiciese así; y áun no era vuelto el mensajero con la respuesta cuando ya el aposento comenzaba á arder, y á la claridad del fuego se veian muy bien todos, y Hernando Pizarro tenía en su adarga muchas saetas hincadas que le tiraban desde fuera, que por animar su gente estaba siempre delante defendiéndolos. Y como ya estaba toda la ciudad tomada y habian quitado las armas á los vecinos, cargó allí toda la gente, y era la priesa tanta, que apénas cabian en el patio de la casa.

El aposento donde estaba Hernando Pizarro era grande como una iglesia, y edificado á la manera de indios, y en aquel lienzo que salia al patio tenía dos portadas grandes sin puertas, en las cuales estaba defendiéndose Hernando Pizarro y su hermano, el cual andaba de una

puerta á otra, acudiendo siempre adonde habia la mayor priesa; habria de una puerta á otra quince pasadas. Ya en este tiempo ardía por todas partes la posada, y caian ya pedazos de fuego encima de Hernando Pizarro y de los suyos, y tambien le habian muerto un hombre y herido siete ú ocho de los catorce que con él estaban, y ellos habian muerto otro español y herido á muchos, porque eran ofendidos de muchos; pero no por eso mostraba punto de flaqueza, ántes era la priesa tanta, que parecia que diez mil hombres se combatian, y los suyos decíanle viendo que no se podian por ninguna manera dejar de quemar ó prender, que se diesen, y él respondíales que peleasen. Pero era ya tanto el humo y el calor que por ninguna vía se podia sufrir; y viendo esto los que con él estaban, que eran tan pocos que no llegaban á diez, decian: «Señor, mejor sería que os diésedes á prision que no morir quemado juntamente con nosotros, y ya que no lo hiciédes por vos debríadeslo hacer por no ver morir á Gonzalo Pizarro, vuestro hermano;» él respondió: «Esperaos que aún tiempo hay.»

Así se sostuvieron un poco hasta que ya se venía abajo toda la madera de la

casa, y los de fuera estaban admirados de ver la perseverancia de Hernando Pizarro; mas como los que estaban con él viesan que el aposento se venía abajo, avisándole á mucha priesa dello, él miró arriba, y, como vió que era así, sin apresurarse ninguna cosa salió al patio, y aún no estaba bien fuera cuando vino abajo toda la casa, y luégo cargaron sobre él y sobre Gonzalo Pizarro, quitándoles á mucha priesa las armas y tan al redropelo que no se daban á manos, y los echaron presos á ellos y á otras personas, tomándoles los caballos de sus posadas.

Toda esta noche, hasta que amaneció, no se entendió en otra cosa sino saquear las casas de las personas que sabian estar bien con el gobernador D. Francisco Pizarro, hasta que el dia comenzó á descubrir el desacato y deservicio que se hizo á Dios y á V. M. Y siendo bien de dia, estando los amigos del Gobernador presos y otras personas principales del pueblo, cabalgó un secretario del Adelantado, con un pregonero á las ancas del caballo, pregonando que mandaba el gobernador don Diego de Almagro que todos los vecinos y otras cualesquier personas, so pena de muerte, saliesen á la plaza para que oyesen pregonar la provision Real; adonde salie-

ron todos sin armas, con todo silencio, como si fuera auto de posesion. Serían ya dos horas de dia, cuando por esta solemnidad se soltaron algunos Regidores, y les mandó Almagro que se juntasen todos en cabildo en la iglesia mayor y le recibiesen por Gobernador, y ellos se juntaron y lo recibieron, aunque algunos contra su voluntad. Hecho esto, se pregonó la provision, y luégo llevaron á Hernando Pizarro y á Gonzalo Pizarro á las casas del Sol por ser aposento muy fuerte, poniendo con ellos un Capitan con treinta hombres para que los guardasen, y no dejasen que ninguna persona hablase con ellos, porque no les diese algun aviso.

El Inga estaba esperando en Tambo, con mucha gente de guerra y muy á punto, paresciéndole que matándose los unos con los otros podia él entrar á despartir y matar los que quedasen y quedar señor de toda la tierra, y no llevaba mal camino su propósito, si Dios por hacernos muy señalada merced no lo remediara de manera que murieron pocos españoles. El Adelantado le hizo mensajero, diciéndole que ya podia venir seguro al Cuzco, porque él era Gobernador y tenía presos á sus enemigos, que viniendo le perdonaria todo lo pasado. A esto le respondió el

Inga que mirase quién era Hernando Pizarro, y que era señor y que le tratase muy bien; intervenia en estos conciertos Paulo, su hermano del Inga, y de secreto le enviaba á decir que le querian engañar para quemarle, y esto hacía el Paulo porque, no viniendo el Inga, era él señor. Y en esto intervenian cartas que escribia el Adelantado, y el Inga respondia y daba razones por donde no le estaba bien venir de paz. De ahí á ocho dias se hicieron grandes pesquisas de las personas que se hallaron en favor de Hernando Pizarro, y de otras muchas cosas que, por ser casos de proceso, no escribo. A Hernando Pizarro tenían con muy gruesos grillos y cadenas en las casas ya dichas, y muy pocos dias se pasaban que no tenían sobresaltos que los querian degollar; sobre esto habia muchos acuerdos, y unos decian que era bien y otros que no, y al fin no se hizo, pero si alguno hablaba algo en favor del Gobernador y de sus hermanos luégo lo prendian.

Ya arriba digimos como el capitan Alonso de Alvarado estaba en Xauxa, esperando la gente que el Gobernador le habia de enviar para venir á este pueblo, porque, sospechando ser todos muertos, no se determinaban á venir sino con gran

posibilidad. Esperando esto estuvo muchos dias en Xauxa, enviando cartas por muchas vías á Los Reyes, las cuales no podian pasar por el mucho cuidado que los indios de guerra tenían en guardar los caminos, para que no pasase gente de guerra de la una parte á la otra, y, como el Gobernador le habia mandado que sin carta suya no fuese adelante, estaba en gran confusion, porque algunas personas particulares amigos de Hernando Pizarro, con deseo de saber de él, le daban mucha priesa que fuese al Cuzco, porque mayor inconveniente sería por falta de socorro morir todos los que estaban en él, que no hacer la jornada sin licencia del Gobernador, y para esto le hicieron un requerimiento para que se partiese luego al socorro del Cuzco, de lo cual el Capitán quedó enojado; y pareciéndole manera de escándalo, porque Pedro de Lerma le queria mal, determinó prenderle con otras personas que entendian en ello, al cual tuvo preso haciendo proceso contra él para enviarle preso al Gobernador. Esto no hobo efecto porque se entendió en ello de manera que se disculpó el Pedro de Lerma, diciendo que su intencion era buena.

Pues viendo Alvarado no habia ni es-

peraba aviso del Gobernador, determinó con alguna gente de á caballo y de á pié llegarse hácia Los Reyes, y escrebir todo lo que pasaba al Gobernador, y acordó de irse á un cacique que estaba de guerra por castigalle y traelle de paz; y estuvo allí un mes, donde escribió, y el Gobernador le respondió y le envió con el capitán Gomez de Tordoya mucha gente de caballo y de pié que ya era venida de Castilla y de la Nueva-España. Y sabido esto por Alonso de Alvarado, fué á esperalla á un pueblo que se dice Guadacherí, adonde hay un mal paso, con temor que los indios de guerra no los esperasen, porque estaba allí en guarnición un capitán del Inga guardando aquel paso, el cual, temiendo no le tomasen en medio los cristianos, se retiró, y así subió la gente española que venía de Los Reyes á su salvo, y se juntó con el capitán Alonso de Alvarado, y caminaron luégo todos por Xauxa, y de allí al Cuzco porque así se lo encargaba el Gobernador; el cual quiso venir con esta gente, si no se lo estorbara con requerimientos la ciudad, poniéndole delante su edad y el trabajo que se le ofrecia delante, pareciendo á todos ser muy grande inconveniente, teniendo por muertos todos los desta ciudad, poner su

persona en aventura, de manera que casi por fuerza se lo estorbaron.

Llegó Alonso de Alvarado á Xauxa y juntó toda la gente; hobo muchas opiniones porque habia mucha falta de indios que les llevasen bastimentos: unos decian que fuesen á entrar y los traerian, otros que fuesen al Cuzco como pudiesen, al fin acordaron que se fuesen á entrar para traer indios. En esto se tardó cerca de un mes, al fin del cual, traídos indios, partieron de Xauxa con mucha buena órden, y hecho alarde todos los que eran, se hallaron doscientos hombres de caballo y trescientos piqueros, y arcabuceros y ballesteros, y de todos quinientos. Era Alonso de Alvarado capitan general. Fueron por sus jornadas, que no hallaron resistencia sino en un rio que tiene la puente de peña; aquí los esperaban una guarnicion de gente de guerra. El Capitan esa noche dió en ellos al cuarto del alba y pasó por un vado y les ganó el paso, y mataron y prendieron mucha gente; de los presos se informó del Cuzco, y como siempre decian los unos en contrario de los otros, no creian cosa. De aquí fué por sus jornadas hasta llegar á Andaguaílas, treinta leguas desta ciudad, donde hizo un mensajero á Hernando Pizarro, escribiéndole

como iba á socorrelle porque ya indios le habian dicho que era vivo, y estaba aquí sin ningun peligro, dándole cuenta como no se habia podido enviar el socorro en más breve tiempo, y que por nuevas de indios sabía que el Inga estaba fuerte en Tambo, que si le parescia iria á él por aquella parte, y su gente de acá podria ser prendelle ó desbaratalle. Estos mensajeros fueron con esta carta, á los cuales prendió cierta gente de caballo que estaba puesta en la puente de Apurima por el Adelantado, para que no fuese ni viniese ningun aviso, y los trujeron con las cartas al Adelantado.

De aquí vino Alvarado á Cochacaxa, veinte y dos leguas desta ciudad, adonde dijeron los indios que en una bajada grande, que de allí al río que llaman de Abancay hay, habia pasos quebrados; Alvarado, temiéndose de indios, envió á Pedro de Lerma con gente de caballo y de pié á descubrir el campo, el cual llegó hasta una puente de red por donde se pasa el río, adonde halló un peon que entónces le acababa de pasar, el cual dijo de la manera que el Adelantado habia entrado en el Cuzco, con todo lo demas que habia sucedido. A todos pesó en gran manera destas nuevas, paresciéndoles que era oca-

sion para que la tierra jamás se conquistase; Pedro de Lerma envió con el peon dos de caballo para que informase al General de lo que pasaba, enviándole á decir que queria dormir aquella noche en la puente. Estas nuevas pusieron á todos en muy gran confusion, porque unos decian que era bien pasar adelante y seguir su camino, y otros que esperasen allí, otros que se retrajesen y lo hiciesen saber al Gobernador. Otro dia, de mañana, Alvarado envió á llamar á Pedro de Lerma, para que con parescer suyo y de otras personas se determinase lo que sería mejor hacer, el cual, venido, se acordó que todos se estuviesen quedos por ser el paso muy fuerte por el rio y la cuesta, y donde podrian esperar á que el Gobernador les enviase á mandar lo que habian de hacer.

Como las cartas que el general Alvarado escribia á Hernando Pizarro llegaron á poder del Adelantado, supo por ellas la gente que traia, é paresciéndole que sin mucho riesgo no se podia aprovechar della, acordó de escribille una carta, contrahecha la firma de Hernando Pizarro, en respuesta de la que él habia enviado, en que le decia que fuese bien venido y que no dejaba de venir á buen tiempo,

aunque hasta allí, por haber tardado el socorro, se habian sostenido con gran peligro; que á lo que le escribia de la manera que le parescia habian de ir al Inga, era así muy bien acordado, que de su gente hiciese dos partes, enviando la una por un camino que se aparta para Tambo y que la otra viniese por el camino real á juntarse con él, y que por esta vía, tomándole en medio, no se les podia escapar de muerto ó preso. Despues desta carta escrita, escribieron otra en que escribian diciendo, que Hernando Pizarro decia que era mejor que todo el ejército viniese junto para aprovecharse mucho dél. Con este ardid tenían pensado que Orgoñez con toda la gente se viniese á los aposentos de Apurima, los cuales tienen una quebrada hácia el camino de Los Reyes, y desde ella para los dichos aposentos se hace una calzada angosta, con sola una entrada por donde no puede subir más de uno ó dos de caballo, y que estando él allí en celada, uno á uno y dos á dos los desarmarian y los harian jurar que rescibian por su gobernador á el Adelantado; y como Alonso de Alvarado estaba ya informado de todo lo que pasaba, holgó en alguna manera de ver cuán ruin salida tenía la cautela, y fingiendo que no

lo entendia les respondió dando á entenderlo.

Viendo el Adelantado que su ardid no tuvo efecto, envió á Diego de Alvarado y á Gomez de Alvarado y otras personas, para que de su parte hablasen á Alonso de Alvarado; en este tiempo tenía guardas en la puente, y con ellas por capitán á Cristóbal de Villalva, hijo del coronel Villalva, y al tiempo que llegaron los dichos mensajeros, habia ido Alonso de Alvarado á ver el recaudo que tenía en la puente el dicho Villalva con la gente que le habia dado para guarda della, y cuando se quiso volver, trajo consigo al real los mensajeros, los cuales comunicaban y hablaban con algunos que conocian, no dando á entender que traian provisiones hasta saber de qué propósito hallaban la gente. Algunos que eran amigos del gobernador Pizarro, avisaron á Alonso de Alvarado diciéndole que convenia mucho prendellos y no dar lugar á que convocasen las gentes, y que por ser personas principales podian, con tenellos presos, venir á partidos con el Adelantado, y que allende desto cumplia mucho á su honra, porque, siendo deudo dellos, dirian que se confederaba con ellos para ser contrario y enemigo de don Fran-

cisco Pizarro. Paresciéndole bien este aviso á Alonso de Alvarado, habló á los dichos mensajeros con muy buen comedimiento, diciéndoles que convenia al servicio de V. M., y para que entre los Gobernadores hobiese paz, quedasen en su poder presos, que les pedia por merced le perdonasen, y, tomándoles las armas, con guardas de confianza los puso en una tienda, vedando que no les dejasen hablar con personas de sospecha.

A ésta sazon ya el Adelantado venía con todo su real á la puente, con gran copia de gente para guardalla; sabido por Alonso de Alvarado como venía tan cerca y la gente que traia, y que dejaba á Hernando y Gonzalo Pizarro en el Cuzco con grandes prisiones, mandó á treinta de á caballo fuesen á guardar un vado, y asimismo por todos los demas vados por donde se presumia poder pasar hizo poner españoles, para que si algo viesen le avisasen luégo. El Adelantado llegó y asentó su real desta parte del rio, y mandó hacer requerimientos á los de la puente para que le desembarazasen el paso, porque él era Gobernador y no otro; las guardas respondieron que sin licencia de su Capitan general no eran ellos parte para ninguna cosa. Los indios de Paulo, andaban

corriendo el campo el rio arriba y el rio abajo, los cuales vieron treinta de caballo, y paresciéndoles gran cantidad de gente, presumiendo que iban por un camino que hay por allí despoblado á meterse en el Cuzco, fueron á mucha priesa á avisar al Adelantado, que le puso la nueva en tanto sobresalto que no sabía de sí, y luégo despachó un mensajero al Cuzco con un mandamiento para el teniente que dejó en el Cuzco, en que le mandaba que si españoles de Alonso de Alvarado fuesen, que luégo cortasen la cabeza á Hernando Pizarro. Él se partió con toda la gente, que no paró hasta entrar en esta ciudad; Orgoñez llegó de ahí á dos dias con la rezaga.

Un vecino del Cuzco que se llamaba Castañeda estaba muy atemorizado, porque él habia sido en enviar el español que avisó á Alonso de Alvarado, y amenazábanle que le habian de justiciar; con este temor y porque supo que hacian pesquisa contra él, una noche, al medio della, determinó de huirse al real de Alonso de Alvarado, llevando consigo diez ó doce mil castellanos que tenía, y fuése fuera del camino. Los que estaban en su casa avisaron luégo al Adelantado, el cual mandó á Paulo que con toda la diligencia que

fuese posible enviase muchos indios á buscarle, y vivo ó muerto se lo trajesen; doce leguas de aquí le alcanzaron y queriéndole prender, y á él paresciéndole afrenta dejarse atar de indios, no lo consintió, de manera que le mataron y cortaron la cabeza, la cual trujeron con los dineros á el Adelantado, para dar testimonio de su buena diligencia. El cual, viendo la buena voluntad con que Paulo lo servía, paresciéndole que el Inga era ya excusado venir de paz, determinó de hacelle Inga é principal señor entre los naturales, y para esto convocó muchos caciques y gente principal y común de toda la tierra, los cuales le rescibieron é juraron segun entre ellos lo usan, apercibiéndoles que estuviesen prestos con sus armas y á punto de guerra, para ir sobre Alonso de Alvarado. Con esto Paulo hacía llevar al real de Alonso de Alvarado muchas cartas y avisos con indios, que no eran sentidos porque, como se metian entre los indios del real, no los conocian y daban sus cartas y llevaban respuesta de muchos al Adelantado, en que se le ofrecian, avisándole que viniese presto, que todos moririan por él. Estos se supo despues que eran de la parcialidad de Pedro de Lerma.

En este medio, Alonso de Alvarado habia enviado un Capitan con catorce de caballo á avisar al Gobernador de todo lo que pasaba, y visto por Alonso de Alvarado no venir el Adelantado ni haber nueva dél, envió un Capitan con treinta de caballo, gente escogida, á correr el campo y tomar nuevas de indios de lo que hacía; al tiempo que llegaba cerca de la puente de Apurima, venía ya el Adelantado con toda la gente, y aunque quiso defenderse en un paso que tomó, dejando los caballos, no pudo porque sobrevinieron muchos de los contrarios, y forzado se hobieron de dar á prision; algunos se salvaron que no se apearon, que fueron á dar aviso á Alonso de Alvarado y su ejército, que no fué poca alteracion la que rescibieron. Pedro de Lerma ya muy á la clara se mostraba parcial del Adelantado, porque allende de lo que en sus palabras se parescia se carteaba con el Adelantado, enviándole á decir que qué hacía que más amigos que contrarios tenía en aquel real; Alonso de Alvarado fué avisado desto, y en secreto hizo enviar gente para prenderle. Pedro de Lerma lo supo, y pareciéndole ser culpado se escondió, y á pié huyó el rio arriba, donde fué preso de cuatro hombres de pié que guardaban un

vado, y teniéndole preso se confederó con los tres dellos, y confederados prendieron el otro y lleváronlo por fuerza, y en el camino se les soltó y vino á decillo á Alonso de Alvarado.

En esto era llegado el Adelantado y habia sentado real desta parte del rio con trescientos de caballo y otros tantos de á pié, y habia muy grandes requerimientos de una parte y de otra, adonde Alonso de Alvarado pedia la libertad de Hernando Pizarro y Gonzalo Pizarro, y el Adelantado no queria venir en ello. En este tiempo no se podia vadear por muchas partes el rio; para remedio desto tenía Alonso de Alvarado hecho un baluarte muy largo, puestas unas piedras sobre otras sin mixtura ninguna, adonde estaban puestos piqueros y ballesteros y algunos arcabuceros, y Alonso de Alvarado estaba en la puente con cincuenta hombres sobresalientes de quien más se fiaba para socorrer á la necesidad, y en lo alto estaba un Capitan suyo con poca gente por guarda de los prisioneros. A prima noche comenzó á jugar la artillería, los indios de Paulo que eran pasados de diez mil estaban hechos escuadrones á la orilla del agua, y era tanta la infinidad de piedras que con las hondas echaban de la otra

parte, que no habia español que pudiese andar sino por detrás del baluarte; toda la noche duró la grito de los indios por sus cuartos para desvelar los españoles. Media hora sería ántes del alba cuando trescientos de caballo, todos de un tropel, se echaron al rio; los que estaban de la otra parte y otros amenazaban á los que tocaban al arma, de manera que apellidando «Almagro» llegaron al baluarte, adonde no hallaron sino dos ó tres hombres que se le resistiesen, y como no eran parte, desamparándole, fueron dando voces, «arma, arma», hácia la puente. Toda la gente de caballo pasó á la otra parte y se apearon luégo, paresciéndoles ser mejor pelear á pié por ser de noche y la tierra fragosa.

Alonso de Alvarado, como fué avisado que los enemigos habian ganado el baluarte, hallóse con obra de cincuenta hombres en el camino angosto que se hace entre el rio y una sierra, adonde se defendió y los hizo retraer hácia atrás, como muy valentísimo hombre; los del Adelantado comenzaron á dar voces diciendo: «arriba, arriba, ganémosle lo alto»; Alonso de Alvarado, paresciéndole que si le ganaban lo alto era del todo perdido, quísolo él ganar primero por un camino

angosto que venía á dar á quella parte con veinte hombres que siguieron á Alonso de Alvarado, y por ir á pié tuvieron lugar los contrarios de ser arriba tan presto como ellos, porque para esto habian ya tomado los caballos. Viendo Alonso de Alvarado y los pocos que con él estaban no ser ninguna parte para defenderse, diéronse á prision abajando todos al rio, donde estaba el Adelantado que habia ya pasado el rio. A todos hablaba muy bien paresciéndole que los habia menester por amigos, porque tenía determinado de ir luégo á Los Reyes; un Capitan suyo con ciento de caballo subió á lo alto, donde tenía Alonso de Alvarado á Diego y Gomez de Alvarado, sus prisioneros, y los soltó, y robó y saqueó cuanto habia en el real, y lo mismo hacían abajo en el rio. Luégo avisaron á Diego y Gomez de Alvarado que el Adelantado queria cortar la cabeza á Alonso de Alvarado y Gomez de Tordoya, que fuesen á rogar por ellos pues eran sus deudos, y ellos fueron á mucha priesa; fué mucho acabar con el Adelantado los dejase de justiciar. Murieron de la parte de Alonso de Alvarado, D. Pedro de Sotomayor y otros cinco hombres, y del Adelantado dos que se ahogaron en el rio.

Hecho esto y preso Alonso de Alvarado y otras personas, se tornó á su real con toda la gente, salvo el Capitan que estaba arriba haciendo llamar los españoles que estaban puestos por los vados, los cuales no pudieron hacer otra cosa sino venir, viendo ya no haber otro remedio. A Alonso de Alvarado y Gomez de Tordoya echaron grillos, é á Cristóbal de Villalva, amenazándolos cada momento con la muerte. Visto por el Adelantado el buen subceso que en la entrada del Cuzco y en esto habia tenido, parescióle á él y á otros que si luégo iba á la ciudad de Los Reyes y prendian ó mataban al Gobernador, que no dejaban cosa por hacer; mandóse apregonar que todos se aperciesen para la jornada, así los que vinieron con Alonso de Alvarado como los que él tenía de ántes, y para saber qué gente habria se hizo alarde. Algunos, viendo que bastaba lo hecho, fueron de contraria opinion en esto, y tambien porque tomando por fuerza á Los Reyes, no podria dejar de haber muy gran desconcierto por haber mujeres casadas, contradecian mucho tal propósito al Adelantado y á Orgoñez que insistian en ello, temiendo que el Gobernador, como estaba en el puerto, hiciese gente y despues no fuese parte

para resistilla. En determinar esto estuvieron dos dias, en fin de los cuales se determinó venir á esta ciudad del Cuzco, adonde llegados, por dar contento á la gente que consigo tenía, mandó pregonar que ningun vecino se sirviese de sus indios, porque él suspendia los repartimientos, no queriendo que ninguno tuviese cosa conocida hasta que él hiciese el repartimiento general. Desto redundaba gran daño para la pacificacion de la tierra, porque los españoles se desmandaban, y á rienda suelta robaban los caciques, y como cada uno quiere mucho lo que es suyo, por defendello mataban muchos que no sabian; de donde los naturales, hasta agora, han tenido y tienen temor de venir de paz, y aunque algun vecino se quejaba que le detenian su repartimiento, respondia el Adelantado que hobiese paciencia que no habia cosa propia.

Por todos los caminos que habia para la ciudad de Los Reyes habia puestos indios de Paulo, á fin que no dejasen pasar ningun español que fuese para el Gobernador, lo cual fué causa de matar á cuatro españoles del mismo Adelantado pensando ser de los que habian venido con Alonso de Alvarado. Viendo el Inga que su propósito no tenía efecto, se retiró á las sierras

de Tambo, á un pueblo que se dice Amaybamba, dejando los caminos por donde pasó cortados, que ningun caballo podia caminar, llevando consigo los españoles que tenía presos. El Adelantado mandó á Orgoñez que fuese á buscarle y muerto ó preso se lo trujese, el cual fué con trescientos hombres de pié y de caballo, con mucho trabajo, que los caballos no podian pasar los pasos quebrados, y fuéles forzado ir todos á pié; en un llano, dos leguas de donde estaba el Inga, esperaron algunos indios, mas como habia mucha gente volvieron las espaldas. La nueva fué al Inga, el cual huyó en unas andas y se fué á Urcos, donde hay muy malos pasos de rios. Los españoles siguieron el alcance, bien siete leguas ú ocho, prendiendo y matando mucha gente; los españoles que el Inga llevaba presos tuvieron lugar de esconderse, saliendo al camino á Orgoñez, el cual se quedó con algunas personas muy cansado esperando los caballos, porque habian ido españoles con indios á abrilles el camino; los demas fueron en el alcance hasta una puente de un rio grande, adonde con mucha priesa, por pasar, se ahogaron muchos indios de los que huian, deshaciéndose parte de la puente, porque llegados cristianos no se

la dejarían deshacer: los españoles no osaron pasar adelante porque se hallaron pocos y muy cansados.

Orgoñez llegó otro día de mañana, y mandó cortar arboledas y aderezar la puente; todo aquel día se pasó en esto, y el siguiente, ántes que amaneciese, pasaron, y no habían andado gran trecho, cuando tornaron á dar en indios de guerra del Inga, no parando de correr hasta llegar al pueblo de Urcos, ya tan cansados los caballos que no podían pasar adelante; aquí se hallaron mucha ropa de los españoles muertos, adonde por saquealla se derramó la gente por el pueblo, dando lugar á que el Inga se alejase, que al tiempo que ellos llegaron salía él de allí tan fatigado y desamparado de los suyos, que iba á pié por no haber quien le llevase. Orgoñez pasó adelante con tres ó cuatro de caballo, dejando en las casas del Sol españoles que las guardasen, porque dejaron allí el Sol con todas las mujeres que tenían cargo dél. Esa noche llegó al pié de un puerto muy alto y de mucha nieve, habiendo dejado detras las andas, y llevaba consigo no más que veinte indios lucanes, que es la más suelta gente que hay en estas partes, los cuales á ratos le llevaban del brazo, porque de cortado y cansado

no se podia valer; Villahoma iba allí esforzándole todo lo que podia.

Pues como Orgoñez llegó al puerto con cuatro de caballo, mandó á los dos que le subiesen porque tenían los caballos mejores, y él quedó esperando gente; á media noche, poco más, se juntaron hasta veinte de caballo, y con ellos subió el puerto y caminó toda la noche, y otro dia anduvo hasta un pueblo donde estaban los indios tan descuidados, que conocieron claramente haber errado el camino que el Inga llevaba; desde allí se volvieron porque no podian pasar adelante. Vuelto á Urcos hizo repartir por los españoles toda aquella ropa; y el Sol que el Inga habia dejado allí, que era de oro finísimo, con otras piezas de oro y plata, lo hizo llevar para Paulo, porque entre ellos es tenido en la veneracion de Dios, porque dicen que el Sol es el que hace y cria todas las cosas. En este comedio, el Adelantado escribió á Orgoñez que se viniese, porque indios le habian avisado que venía mucha gente de Los Reyes, y dejando las cosas del Inga se vino al Cuzco.

Arriba dije que Alonso de Alvarado envió trece de caballo á hacer saber al gobernador Pizarro lo que pasaba; como se partieron, fueron con toda la priesa

posible hasta llegar á la costa, adonde en un pueblo que se dice el Guarco se encontraron con el Gobernador, que, habiendo recogido toda la más gente que pudo, se venía á esta ciudad para entender en la pacificacion de la tierra, y como fué informado de todo lo que pasaba hasta el estado en que los trece habian dejado las cosas, dijo suspirando: «Buen pago me ha dado el Adelantado, habiendo perdido un hermano tan buen caballero como Juan Pizarro y despendido con la gente que llevo todo cuanto en mi vida he adquirido, y juntamente con ello de lo que he tomado de los quintos reales.» Y despachando luégo el Capitan, y con él cincuenta de caballo, escribió á Alonso de Alvarado que en ninguna manera hiciese ni moviese cosa por donde viniesen á rompimiento, sino que se estuviese quedo, y si le pareciese se retrajese trabajando todo lo posible por venir en toda quietud y concierto.

Cuando esta gente volvió, ya el ejército de Alonso de Alvarado era desbaratado, y paresciéndoles que mejor era dar la vuelta y hacerlo saber al Gobernador, lo hicieron así, y, hallándole en el valle de La Nasca, sintió tanto las nuevas como era razon, habiéndose hecho tantos de-

servicios á Dios y á V. M., y más los muchos que se esperaban; y por evitar lo futuro, acordó enviar al factor Illan Xuarez de Carvajal, y al licenciado Espinosa, y á Diego de Fuenmayor y al licenciado de La Gama al Cuzco para que hablasen al Adelantado, y diesen medios entre ellos de manera que lo por venir se remediase. Llegados al Cuzco y comunicando con el Adelantado á lo que venían, no quiso venir en concierto ninguno, diciendo que no perderia un palmo de tierra de la que V. M. le habia dado por su provision, y que para esto estaba determinado de ir á Los Reyes y tomar la posesion de la ciudad; é visto por los dichos Factor é Licenciados no querer ponerse en razon, Diego de Fuenmayor le manifestó una provision de la Audiencia que reside en la Española que, pronosticando estas diferencias, traia para este fin, poniéndole por autoridad della muy grandes penas para que él ni sus Capitanes no saliesen con mano armada de esta ciudad hasta que V. M. proveyese lo que más fuese servido. El Adelantado y los demas hicieron burla dél teniendo en muy poco sus requerimientos. Visto por el Fuenmayor el poco caso que desto se hacía, pidió licencia al Adelantado para se volver; él se

la dió. En este tiempo ya habia gente delante para estorbar que ninguno fuese á la ciudad de Los Reyes.

Partido Diego de Fuenmayor, con algunos de los que con él venían, informaron al Adelantado que iba muy afrentado de lo que se habia hecho contra él. Sabido esto, despachó un mensajero á Apurima, á Pedro de Lerma que allí estaba, mandándole que se lo trujese á él y á los que con él iban; Pedro de Lerma le alcanzó veinticinco leguas desta ciudad, y le hicieron volver contra su voluntad, y venido Fuenmayor, le dió sus disculpas como le pareció, y el Adelantado le hizo muchos ofrecimientos y le dió licencia y se fué, y en La Nasca halló al Gobernador, y le hizo el mismo requerimiento. El Gobernador se partió luégo para Los Reyes, adonde procuró de llegar la más gente que pudo, porque decian que el Adelantado tenía voluntad de no parar hasta tomar posesion de la ciudad de Los Reyes; hízosele muy bien, porque, como los indios se habian alzado, habia enviado á pedir socorro y cada dia le venía gente.

El Adelantado, despues de haber enviado toda la mayor parte de la gente á unos pueblos que se dicen los Lucanes, para que allí le esperasen, él se quedó

haciendo salir á muchos contra su voluntad; no pudiendo hacer otra cosa, á los que dejaba por sospechosos tomábales las armas y los caballos. Hecho esto, en fin de muchos pareceres, acordó llevar á Hernando Pizarro consigo y dejar á Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado y otros muchos, presos con mucha guarda, dejando el cargo dellos y de la ciudad á Gabriel de Rojas; con Hernando Pizarro iban veinte de caballo, que no tenían otro cuidado sino mirar por él de dia y de noche: su persona iba en un caballo, sin espuelas. Llegado á los llanos, adonde estaba ya Orgoñez con toda la gente, fueron por sus jornadas, sin saber nueva del Gobernador ni de otra parte, hasta entrar por el valle de La Nasca, que llegaron dos españoles que habian partido desta ciudad y le dijeron como pasados veinte dias que él habia salido de ella, Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado y los demas que estaban presos se soltaron una noche, porque las guardas que tenían dieron lugar para ello, y siendo de dia, en medio de la plaza, obra de cincuenta que eran, se pusieron á punto en sus caballos, é sin contradicion ninguna se fueron. Sabido esto por el Adelantado, sintiolo mucho y se fué por sus jornadas al valle de Chin-

cha y fundó allí un pueblo de cristianos, y puso Alcaldes y Regidores y determinó de no pasar adelante. Ya el gobernador Pizarro tenía mucha gente consigo, y se le habian llegado Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado y los que con él partieron, y mandó el Gobernador á sus Capitanes hacer alarde para saber la gente que tenía, y halláronse mil hombres y entre ellos habia ciento cincuenta arcabuceros. Sabido por el Adelantado la gente que el Gobernador tenía, hízose fortalecer de cavas y baluartes, y hizo poner por los caminos y entradas del valle todos los indios de Paulo, para que ningun español entrase ni saliese sin ser visto.

El Gobernador, contra la voluntad de muchos que estaban afrentados de lo que en el Cuzco y en la puente de Abancay con ellos se habia hecho, y que para enmienda de ello deseaban venir á las manos, buscaba todos los medios que para excusar el rompimiento se pudiesen hallar, paresciéndole que cuanto más poderoso estaba tanto más se habia de sufrir. Para esto fué acordado que se pudiesen pilotos, y por Juez árbitro, y por consentimiento de ambas partes para partirles los límites, el provincial Bobadilla; y para esto se fué con los pilotos á un

pueblo que se dice Mala, que está en mitad del camino que hay de Los Reyes á Chincha: adonde vista el altura y cotejados los grados con las leguas que las provisiones de V. M. mandan tener á cada uno en gobernacion, teniéndolo visto é muy bien examinado, envió á decir á ambos Gobernador y Adelantado, que con cada diez de caballo viniesen á oír la sentencia. La gente del Gobernador se escandalizó desto mucho, diciendo que no lo habian de consentir, porque en el Cuzco, sobre treguas, habia el Adelantado prendido á Hernando Pizarro, y que tambien despues con cartas contrahechas habia procurado prender á Alonso de Alvarado y á los que con él iban, en la puente; mas como el Gobernador no podia dejar de cumplir lo que el Juez ordenaba, determinó de ir pues no era justo excusarlo, y así se partió con diez hombres de confianza como estaba el concierto. El ejército, viendo ir al Gobernador, como todos le querian bien, temiendo no le acaeciese algun desastre, decian á Gonzalo Pizarro, que tenían por General, que habian de ir tras dél, y como él tambien se temia, segun lo que con él se habia hecho, fué con todo el real tras él.

El Gobernador y el Adelantado se

juntaron en los aposentos señalados para ello, y allí se rescibieron con tantas lágrimas y palabras de amor, como si cosa hasta entónces no hobiera pasado, y consideraban la buena amistad y hermandad que se habian tenido, y, viendo la discordia que á la sazón tenían, mirábase el uno á el otro como espantados de lo sucedido; y despues de muchas disculpas que el Adelantado le dió, se comunicó se diesén medios sin esperar sentencia, poniendo en libertad á Hernando Pizarro para que fuese á dar cuenta por ambos á V. M. En todo esto se pasó toda la mayor parte del dia, y como no haya amistad que pueda más que el deseo y codicia de mandar, no viniendo en ninguna cosa, determinóse que el otro dia se diese la sentencia. El ejército del Gobernador estuvo este dia en un arenal, sin agua, con tanto sol que no se podian valer, y con necesidad de bastimentos; daban grandísima priesa á Gonzalo Pizarro que caminase porque no lo podian sufrir, y porque habian oido decir que tenía el Adelantado muy cerca de allí doscientos de caballo, al cual avisaron de cómo venía la gente del gobernador Pizarro, y á mucha priesa cabalgó y se fué á su real.

El Gobernador le envió á decir que

otro día se viniese para que se acabase lo comenzado, y no tuviese temor del ejército que sin su licencia se había salido de Los Reyes y que ya les mandaba volver, y no se confió desto ni quiso venir. El Juez mandó parescer ante sí las personas señaladas por Almagro, y dió por sentencia, que, por cuanto esta ciudad está dentro de las doscientas setenta y cinco leguas que V. M. dá en gobernacion á D. Francisco Pizarro, y él, contra derecho, la tenía usurpada, se la volviese y saliese fuera de sus límites con toda su gente á conquistar la tierra de su gobernacion, pues estaba de guerra, y el gobernador D. Francisco Pizarro hiciese lo mismo en sus límites, y entre tanto que la tierra se conquistaba, se informase á V. M. para que mandase lo que más á su servicio fuese. Sabido por el Adelantado la sentencia, no la quiso admitir, y sus gentes blasfemaban diciendo que había sentenciado aficionadamente; el cual, como conforme á justicia y razon había dado la sentencia, afrentado de lo que decían, siendo esto de que le acusaban tan mal caso, determinó de ir á dar cuenta dello á V. M., paresciéndole que estaba libre de toda culpa.

Retirado el Adelantado á Chíncha,

luégo el Gobernador movió su real hasta un pueblo que se dice el Guarco, y aunque cada día se veía en mucho trabajo con la gente, porque había gran necesidad de bastimentos, todavía tornó á mover conciertos, en los cuales capituló que el Cuzco se pusiese en tercería y despoblase el pueblo que en Chíncha había poblado, y que conquistase y pacificase Almagro con su gente la tierra por una parte y el Gobernador por otra, hasta que se proveyese otra cosa por V. M.; con tal condicion, que Hernando Pizarro se pusiese en libertad, y los repartimientos quitados á algunos vecinos del Cuzco se volviesen. Paresciéndole á el Adelantado que le estaba bien esta capitulacion, porque allí él no era parte, con parecer de sus Capitanes y letrados, soltó á Hernando Pizarro debajo deste concierto. Este día llegó el capitán Pedro Anzures con una provision de V. M., en la cual mandaba que cada uno de los Gobernadores tuviesen y poseyesen lo por ellos conquistado y poblado, hasta que otra cosa se proveyese por V. M. El gobernador Pizarro tuvo en mucho esta provision, paresciéndole que como se notificase á el Adelantado no podía dejar de obedecerla. Hernando Pizarro pidió licencia al Gobernador para ir á dar cuenta

desto á V. M., y no se la quiso dar, paresciéndole que tenía mucha necesidad dél en el tiempo que estaba, y hízole Hernando Pizarro muchos requerimientos para que se la diese, y á todos respondió el Gobernador que V. M. sería muy servido en que él se hallase presente á ayudalle á defender la gobernacion que tenía encomendada.

En este tiempo ya el Adelantado era retirado de Chincha á causa del concierto que se habia hecho, á un valle que se llama Lima y Casca; el Gobernador se partió de allí á aposentarse en Chincha, por proveerse de bastimentos y estar más cerca para hacer otros partidos con el Adelantado con la provision. En este camino, que es despoblado y de arenal, hallaron ciegas unas pozas que habia en él de agua, las cuales cegaron por parte del Adelantado, lo cual puso en harta necesidad al Gobernador y á su gente. Llegados al valle de Chincha, hallaron que aún no se habia acabado de ir la gente del Adelantado, y desde aquí le hizo mensajeros enviándole á notificar la provision de V. M., á la cual respondió hacer mucho á su caso, porque desde allí hasta Chincha él lo habia conquistado y lo tenía poblado, y que, segun esto, él era

el que estaba dentro en su gobernacion y que le requería saliese della. Vuelos los mensajeros é vista la respuesta, paresciéndole más tiranía lo que el Adelantado hacía que otra cosa, y no pudiendo allí sostener el ejército porque todo el valle dejaron disipado, ordenóse pasar adelante. Como el Adelantado lo supo, por las espías que en el camino tenía, retrújose á Guaytara, que es un paso en la sierra, muy fuerte, porque para subir á él se ha de pasar tres veces un rio grande; el Gobernador se fué á aposentar á Lima y Casca. En el camino, Hernando Pizarro mandó parar la gente, y les habló desta manera:

«Ya á todos es conocida la merced que S. M. al Gobernador, mi hermano, tiene hecha, y aunque ántes que esta provision viniese estaba la justicia muy conocida de nuestra parte, la confirmacion que S. M. agora le hace nos la pone más cierta; así que, pues la justicia tenemos de nuestra parte, y del Adelantado sola la codicia que ha tenido y tiene para usurpar lo ageno, la satisfaccion que á la Corona Real se hace, en poner esta provincia debajo de su obediencia y en paz y sosiego, sea en agradescimiento la misma tierra, la cual nos ha de pagar á todos. Bien sé que es gran yerro de mi parte, donde hay tantos

caballeros y celosos del servicio de su Príncipe y Señor, ponelles delante la obligacion que tienen á servirle, porque yo no podré tanto encarecerlo, cuanto sé que en todos hay voluntad de, mostrarlo por las obras; así que, debajo de tal confianza, quiero dejar para el tiempo del efecto la presuncion de vuestra lealtad y la razon de nuestra justicia; y si algunos tuvieren necesidad de armas ó caballos ó herraje, díganmelo que de todo les haré proveer conforme á su necesidad, porque como, señores, venís de lejos, todavía terneis falta de algunas cosas.»

Todos quedaron muy satisfechos, paresciéndoles que en todo tenía mucha razon, y este dia se aposentaron en Lima y Casca, y estuvieron algunos dias con mucha necesidad de bastimentos, y fué necesario mandar á un Capitan que fuese con gente de pié á la sierra á traelles de comer; en el real del Adelantado se supo, y mandó á Paulo enviase muchos indios á defendelles que no pudiesen proveerse de cosa ninguna. Antes desto habia ido un vecino de Los Reyes á un pueblo suyo que se dice Ica, cinco leguas de Lima y Casca, á traer bastimentos; el cual, por estar los indios alzados, porque Paulo los tenía prevenidos, fué con algunos

amigos suyos, de lo cual fué avisado el Adelantado, y envió gente de pié y de caballo á prendellos, por un camino que bajaba al mismo valle. Llegaron á media noche apellidando «Almagro y mueran los traidores», queriéndolos prender, y ellos no lo consintiendo (que se hicieron fuertes), adonde se tiraron ballestas; mas como los del Adelantado eran muchos, los prendieron y mataron dos españoles y quedaron muchos heridos. Como los pasos para subir á la sierra son fragosos, forzado se habian de pasar puentes, á cuya causa, no pudiendo el Gobernador tener nueva de lo que el Adelantado hacía, mandó á un Capitan de los ballesteros, por ser hombre suelto, que fuese con tres ó cuatro á correr el campo para tomar algun indio ó espía del Adelantado. Los españoles fueron y prendieron dos de caballo que venían á saber lo mismo y por ser el camino áspero no pudieron aprovecharse de los caballos; de estos se informó el Gobernador de lo que el Adelantado pensaba hacer, y le dijeron que estaba determinado de defender aquel paso hasta que viniese Diego de Alvarado que le habia enviado por gente á esta ciudad, porque en viniendo pensaba bajar á pelear á lo llano.

Sabido este propósito, estaba el real ya tan desproveído que no podían en ninguna manera sostenerse, y determinó ganalles el paso ó morir en la demanda, porque, si venía al Cuzco por la costa, temia el Adelantado le tomase la ciudad de Los Reyes, y ganándosela perdía toda la tierra. Hernando Pizarro lo ordenó de esta manera, que partió con todo el real un día por la mañana, diciendo que no iba á Guaytara, y aquel día caminó siete leguas sin parar, de que la gente iba descontenta porque ninguno sabía por qué intención caminaba tanto, porque á nadie dió parte dello, y asentó su real junto al río, adonde viene á dar un camino de la sierra. Allí estaba un Capitan en lo alto con obra de cien hombres para guardar aquel paso, que en extremo es fragoso y de malos pasos, y el camino por muchas partes quebrado; y puestos indios de guerra, de los de Paulo, con piedras puestas á mano para dejallas caer rodando, é iban á dar en el camino que baja al valle de Ica. Estaba Orgoñez con doscientos de caballo, y el Adelantado con toda la otra gente en Guaytara, y adonde habia necesidad estaban hechos baluartes. Las espías dieron luégo aviso como todo el real del Gobernador venía, y hacían burla dello,

teniendo por cierto que por ninguna parte podían subir sin llevar lo peor. Hernando Pizarro pensó que por aquel camino donde estaba el Capitan con los cien hombres, por ser sin agua y más fragoso, podría ser haber más descuido; determinó acometellos por allí, y partió á prima noche llevando gente de pié y de caballo, todos hombres sueltos, porque forzado se habían de apearse por la mucha aspereza que había en aquella sierra que habían de subir, que es casi una legua, todo cuesta arriba y muy derecha. El Capitan fué luego avisado, y estaban él y los suyos esperándole teniéndole por perdido.

Con Hernando Pizarro eran trescientos hombres, y no sabían ellos realmente dónde iban; todos iban callando con mucho silencio, las mechas de los arcabuces cubiertas. Al pié de la sierra se apearon, y con las armas que cada uno se halló caminaron, las lanzas y adargas en las manos; los de lo alto estaban prevenidos y á punto, esperando tomallos bien arriba, pareciéndoles ser en su mano no dejar hombre á vida. El Gobernador había quedado con toda la otra gente para partirse otro día de mañana en su seguimiento, y, como dejaron los que iban con Hernando Pizarro los caballos y venían muy ar-

mados, era increíble el trabajo que padecían. Los que subían á pie llevaban la delantera, y no pudieron pasar por el camino porque comenzaron á dar en pasos quebrados, y los indios arrojaban de aquellas piedras grandes que digimos tenían puestas. Pues como los delanteros conocieron ir perdidos por allí, porque iban por algunas partes de manos y por otras casi despeñándose, dieron vuelta para subir fuera de camino, y era tan cuesta arriba y con tanta arena, que cuando echaban el pie adelante se les volvía atrás. Hernando Pizarro, como iba muy armado, y con la poca costumbre de andar á pié, iba algo fatigado, y maravillábanse todos de ver cómo lo podía sufrir. Cinco ó seis soldados que iban delanteros dieron en la gente de arriba, diciendo «¡viva el Rey!» con tanta priesa que los que estaban en lo alto, pensando ser todo el real, comenzaron á huir sin parar ninguno dellos. Sería medio día cuando toda la gente acabó de subir, porque es el paso tan áspero que uno sólo basta para pelear con todo el mundo. Subidos en lo alto, Hernando Pizarro lo tuvo en mucho y le pareció buena señal para lo de adelante. El Gobernador vino luego, porque, según la disposición de la tierra

y la gente que guardaba el paso y la poca que lo ganó, fué cosa de admiración.

Recogidos todos, determinaron de pasar tres leguas más adelante, adonde Orgoñez tenía su asiento, el que venía esa noche á juntarse con el que guardaba el paso; topó los que iban desbaratados, y queriéndolos volver consigo, diciendo que en todo caso se quería ver aquel día con Hernando Pizarro, no se lo consintieron, porque decían que eran más de mil hombres, y así se volvió y llevó consigo toda la gente, y envió á decir al Adelantado que se fuese por el camino del Cuzco y que se juntaría con él, porque el Gobernador Pizarro venía con mucha gente y ellos iban muy desbaratados, y que no era tiempo de esperalle. El Adelantado, sintiendo mucho esta nueva, hizo á mucha priesa lo que Orgoñez le envió á decir, caminando por un despoblado de mucha nieve, adonde se juntaron. El Gobernador, con algunos que le siguieron, caminaron hasta donde Orgoñez estaba de ántes aposentado, y hallaron todos los aposentos quemados. Esa noche llegó allí muy poca gente, por la gran jornada del día ántes, y convino, porque todos se juntasen, esperar hasta el tercer día, que

partieron con muy buena órden camino de Guaytara, sabiendo que el Adelantado era ido. Obra de una legua podrian haber andado cuando toparon dos españoles, y avisaron que ya el Adelantado venía camino desta ciudad, y con tanta priesa, que mucha parte de la rezaga dejaba perdida. Sabido esto dieron vuelta, para atajalle, por un despoblado, y todo este dia caminaron con muy poca órden, porque iban fuera de camino y malos pasos, hasta que les anocheci6 y les fué forzado, aunque muy divididos, parar. Otro dia esperaron hasta hora de comer porque se recogiese toda la gente, y anduvieron por el rastro que llevaba Org6ñez. Llegados á lo alto del despoblado comenzó á llover y nevar mucho, poco ántes que anochebiese, adonde se halló la gente que no llegaban á doscientos hombres.

Esta misma noche durmió el Adelantado con su ejército una legua de allí, y estuvo muy determinado de venir á dar en el real del Gobernador, presumiendo el trabajo en que estaban por ser mucha de su gente recién venida á la tierra, y en los despoblados que hay nieve se marean como en un golfo de mar; Org6ñez lo estorbó, porque no podian pensar que estuviesen tan desbaratados, diciendo que

mejor sería esperallos allí en la rezaga, echando toda su rezaga adelante, y así se hizo. Como otro día amaneció, vióse el real del Gobernador y la gran falta que tenía de gente, y la que habia estaba, con tanto descuido y tan desapercibida, sin contento ninguno, que tenían muy gran gana de retirarse; Hernando Pizarro, conociendo el trabajo pasado, y el que esperaban en dos ó tres jornadas que habian de pasar de despoblado con nieve, y sin comida, que no la tenían, parescióle buen consejo tornarse á rehacer para volver mejor apercebidos, porque hasta allí venían como hombres que seguian alcance, y estaban muy engañados porque los esperaban muy á punto de guerra los enemigos. Como el Gobernador vió ser este el parecer de Hernando Pizarro, determinóse que fuese así; mandó á todos que se volviesen, salvo siete ú ocho que habian pasado adelante á correr el campo, los cuales se habian ido ántes que se determinase la vuelta, y dieron en la celada que tenía puesta el Adelantado, y prendieron dos de ellos, y los demas volvieron á rienda suelta á dar aviso, y hallaron retirado el campo. Todos se holgaron del acuerdo que se habia tomado en retirarse, porque, á no hacello así, ponian en mu-

cha aventura todo su hecho; caminaron hasta llegar al valle de Ica, adonde todos los más Capitanes, y otras personas, aconsejaron al Gobernador se volviese á la ciudad de Los Reyes, porque para su edad le estaria mejor descansar que no andar en tantos trabajos como de aquella jornada se le habian de seguir, y tambien porque estando allí podria con más aparojo siempre informar á V. M. de todo lo que pasase. El Gobernador lo hizo así, y dió poderes muy bastantes á Hernando Pizarro para todo lo que convenia; y así se partió.

El ejército caminó por la costa la vuelta del Cuzco, aunque no con tanta gente como cuando se retiró de los despoblados, porque, como era invierno y el camino de mucho rodeo, temian algunos la jornada. Hernando Pizarro, como tomó la gente á su cargo, estaba determinado de con los que le siguiesen, pocos ó muchos, llegar hasta tomar la posesion desta ciudad que habia perdido; con este propósito fué muchas jornadas con algun descuido, por estar los contrarios muy léjos, hasta que llegó al valle de La Nasca, donde estuvo algunos dias esperando se juntase toda su gente. Como todos fueron juntos, mandó hacer alarde para saber el número

de la gente que tenía, y halló seiscientos cincuenta hombres, en que había los doscientos ochenta de caballo, y los demás arcabuceros, piqueros y ballesteros. De los de caballo hizo seis compañías, encomendándolas á Capitanes que le pareció ser personas que darian buena cuenta dellas. Acabado el alarde, hablo á la infantería diciéndoles desta manera: «Que él estaba informado que entre ellos se decia que los soldados que no tenían caballos eran tenidos en poco, para en lo que tocaba á los repartimientos de la tierra, que él les daba su fe y palabra que tal cosa jamás le pasó por pensamiento, porque los buenos soldados no se han de juzgar por los caballos, sino por el valor de sus personas; por tanto, que cada uno se señalase como bueno, que conforme al servicio había de ser cada uno gratificado, pues no tener caballos era cosa de fortuna, y no menoscabo de sus personas.» Desto quedaron todos muy contentos, paresciéndoles ser palabras de buen Capitan. Hecho esto se partió tomando el camino de la sierra, y como ya era razon ir con más cuidado que hasta allí, mandó que todos caminasen en orden, las armas vestidas y las lanzas en las manos, porque los enemigos no los tomasen

desapercibidos, y tambien él iba armado y con su lanza en la mano; y desta manera iba caminando, rodeando mucho, porque, como era invierno y á esta causa los rios venían grandes, era forzado tomarlos por los nacimientos.

El Adelantado, despues que el Gobernador se retiró de Guaytara, no paró hasta un pueblo que llaman Vilcas, adonde estuvo algunos dias reformándose. Aquí se juntó con él Diego de Alvarado con alguna gente que habia sacado desta ciudad no con poco trabajo, porque los vecinos temian, quedando tan pocos, que el Inga viniese otra vez y ganase el pueblo, porque, como estaban muchos presos y sin caballos todos, tenían razon de temello. El Adelantado se determinó de venirse aquí, y Orgoñez, su Capitan general, se vino delante con ciento y cincuenta de caballo, y lo primero que hizo, en llegando, fué juntar todas las armas que habia en la ciudad, y todas maneras de bastimentos; y asimesmo mandó pregonar alarde y paga para los que quisiesen salir con él, lo cual hizo de la hacienda que allí tomaron á Hernando Pizarro y Gonzalo Pizarro, y más todo el oro y plata de los quintos de V. M. El Adelantado llegó algunos dias despues, y con su ve-

nida se comenzó de entender muy de veras en todo lo necesario para dar la batalla á Hernando Pizarro, que ya sabian cómo venía, y hacian los mas dias alarde y ordenanzas para que la gente se hiciese diestra, y el Adelantado les hizo á todos muchos ofrecimientos generales y particulares, y mandó repartir con ellos mucha cantidad de oro y plata, paresciéndole que no habia cosa con que más amigos ganase; y con esto luégo entendieron todos en hacer coseletes de plata, y celadas y brazaes y todo lo demas, tan bien hechos y no ménos fuertes que si fueran de Milán, porque la flaqueza de la plata la hacian fuerte con echarla doblada. Desta manera se puso la gente tan lucida, como los soldados criados en Lombardía, y, como se decia venir Hernando Pizarro con mucha gente, habian determinado de esperalle dentro desta ciudad, fortificándola hácia la parte del rio, que es por donde tenía alguna falta y lo habia menester, y para más seguridad hizo prender ciertos vecinos que él pensaba le eran enemigos por ser amigos del Gobernador.

En este tiempo, un vecino que se decia Sancho de Villegas, trataba con Paulo y con algunos españoles para pasarse á Her-

nando Pizarro, y, venido esto á noticia del Adelantado, mandóle hacer cuartos y poner por los caminos, y fué causa que siempre se guardaban mucho de lo semejante. Ya Hernando Pizarro se venía acercando, el cual venía mal quisto de todos los más de los suyos porque no les dejaba correr á discrecion ni robar los naturales; y, porque habia castigado á algunos que lo habian hecho, por esto venían todos muy desabridos y quedábanse ascondidos por los pueblos, y como le avisaban dello respondia que él no habia de consentir robar los indios, que quien le quisiese seguir habia de ser con aquella condicion, y si nó, que hiciesen lo que quisiesen, que por ciento ni doscientos ménos no habia de dejar de hacer la guerra. Llegado á unos aposentos que se dicen Hacha, acordó descansar allí cinco dias, porque la gente iba fatigada y porque pensaba andar dos jornadas juntas; y porque para ello estuviese la gente descansada, y paresciéndole que le embarazaba mucho el fardaje, dejólo allí con cincuenta hombres, y pasados los cinco dias se partió luégo, y pasó un rio muy grande, y mandó asentar real allí; porque habia tres caminos por donde ir, y por engañar los corredores de la otra parte para que no

pudiesen avisar con tiempo por cuál iba: y fué así, que los corredores fueron á dar aviso de cómo tenía asentado real, y partió Orgoñez á tomarles el paso, como adelante se dirá. Hernando Pizarro, en asentando las tiendas, las mandó tornar á levantar y que marchasen aquella noche hasta subir la sierra, y tomar el paso que los enemigos le querian estorbar; que no fué poco el trabajo que dello rescibió la gente con aquella trasnochada. Y anduvieron hasta gran parte de la noche con demasiado trabajo, porque es el camino muy cuesta arriba, y tanto que por las más partes iban de manos, á cuya causa no se hallaron aquella noche cien hombres juntos.

Otro dia fué forzado, para que se juntase el real, hacer noche en un pueblo pequeño allí junto, y estando en él, los corredores de la una parte y de la otra se toparon, y los unos se volvieron á dar mandado al real, y los otros hicieron lo mismo. Súpose por cosa muy cierta que el real del Adelantado estaba fuera del Cuzco, pero no sabian á qué parte caminaba. Este dia había hecho alarde en la plaza de esta ciudad, Orgoñez, de toda su gente, la cual halló muy bien armada y muy lucida, con determinacion de salir al campo á dar la batalla, paresciéndoles que estaban mejor

armados que no podían venir los contrarios, y los caballos más holgados, y también porque habían sabido de la gente que á Hernando Pizarro se le había quedado. Acabado el alarde, ya que querían salir al campo, Orgoñez, Capitan general, se hincó de rodillas delante del Adelantado diciendo: «Plegue á Nuestro Señor, que si esto que voy á hacer no es en su servicio y con mucha justicia, que él permita que yo no salga vivo de la batalla, é si por el contrario, que alcanceis la victoria como todos lo deseamos, pues todo es vuestro.» El Adelantado le abrazó con muchas lágrimas, y salió con toda su gente, que serían hasta seiscientos y ochenta hombres, los trescientos de caballo; y aquesta noche se le volvieron hasta ochenta peones que iban con él de mala gana. Este mismo dia llegaron á él sus corredores, los que habían encontrado con los contrarios en aquel pueblo pequeño que Hernando Pizarro hizo noche despues de tomado el paso, y le digeron como ya Hernando Pizarro había pasado la sierra y estaba desta otra parte, y así asentó su real en las Salinas. Hernando Pizarro, despues de recogida la mayor parte de su gente, vino en mucha orden, con pensamiento de topar aquel dia con

los contrarios en un llano grande que está tres leguas de aquí, y como no los halló dejó el camino real, dejándose descolgar por unas laderas grandes, á fin de ponerse en un alto que está encima de unos llanos que se llaman las Salinas.

Orgoñez, por las muchas espías de indios que tenía, supo como habian dejado el camino real y tomado éste que digo, y movió su real con mucha orden, y asentólo tres cuartos de legua desta ciudad, en el comedio de una sierra y el rio; puso la infantería al reparo de unas casas caidas, y al costado puso la artillería, que la tenía muy buena. Los indios de Paulo mandó poner en la ladera, junto al camino real, que eran pasados de quince mil; él se puso en lo llano con toda la gente de caballo, vestidos sobre las armas camisas blancas. De manera que quedó el camino en medio de la infantería y de la gente de caballo, haciendo cuenta que viniendo Hernando Pizarro por él, siendo tan angosto, porque es hecho á mano por causa de las salinas que están de la una parte y de la otra, fácilmente los desbaratarian. Hernando Pizarro aquel dia se detuvo en levantarse hasta que entendió que estaria toda la gente bien apercebida, y vistióse sobre las armas una ropeta de

damasco naranjado, y en la celada una pluma blanca que sobrepujaba sobre todos gran parte, y oyó misa con todo el ejército con gran devoción, y acabada se bajaron á lo llano, adonde puso en orden su gente, sacando veinte arcabuceros de los más diestros para sobresalientes; de los demas con toda la infantería hizo un escuadron de tres compañías. De los de caballo se hizo otro escuadron; de las compañías de Alonso de Alvarado y Pedro Anzures, otro escuadron, y mandó Hernando Pizarro á Gonzalo Pizarro fuese con ellos. Á Mercadillo mandó que con su compañía fuese sobresaliente. Desta manera, y en mucha orden, movieron al paso de la infantería; los corredores de ambas partes se vieron y volvieron á dar aviso.

Como Hernando Pizarro supo que Orgoñez lo esperaba, previno un escribano para requerirle que le volviese la posesion de la ciudad, y, miéntras esto se hacía, mandó parar los escuadrones, y á cada uno de por sí habló desta manera: «Los enemigos nos esperan en el campo, la batalla tenemos cierta; bien sé que no hay necesidad de palabras para con ellas daros esfuerzo, como en semejantes tiempos se suele hacer, ántes, paresciéndome

que el demasiado ánimo que en todos he cognoscido nos podría dañar, causando, con la mucha codicia de acometer y ser vencedores, desconcierto que en los escuadrones podríamos haber, pídoos por merced templeis, con el sufrimiento que en tales tiempos es menester, el deseo de la victoria, de suerte que la nueva órden que llevaremos cause en los enemigos desórden y poca confianza de vencernos; miren los unos por los otros de manera que nos ayudemos con mucha órden.» Al escuadron de Alonso de Alvarado dijo que les rogaba mucho, que si no viesen que lo pasaban mal, que no rompiesen. Esto pienso que lo hizo á causa de venir allí muchos injuriados de los contrarios que se habian huido desta ciudad, paresciéndole que con deseo de vengarse no podian dejar de hacer mucho daño. Dicho esto se puso en la delantera de su batalla, y le avisaron los corredores que dejase el camino real por ser muy angosto y tener los indios tan cerca que eran parte de hacelles mucho daño; paresciéndole á Hernando Pizarro que tenían razon, se apartaron por unos llanos y de allí se subió, de donde vieron los contrarios en mucha órden, y puestos los de caballo en un llano, y la infantería algo mejorada en la ladera. Ya se habian

acercado en este tiempo los indios de la una parte y de la otra, y peleaban y nos traían mucha ventaja de la parte de Paulo por ser muchos más. Los dos ejércitos se vieron, y á cada uno dellos les pareció haber todo extremo de buen concierto en el otro. Hernando Pizarro sintió gran congoja de verse adonde se vió, porque como habia dejado el camino real, quedó el rio en medio de ambos ejércitos y tenían la salida muy alta, de manera que para Orgoñez era reparo, y así mismo habia una cienaga ántes de llegar á él, que pensaron ser muy mala. Hernando Pizarro enviaba á requerillos con el escribano ya dicho, y no hubo tiempo porque comenzó á jugar el artillería del Adelantado, y del primer tiro llevó dos soldados de la infantería de Hernando Pizarro, y pasando el escuadron adelante, muy entero, los arcabuceros sobresalientes se adelantaron, derramándose por la cienaga, y haciéndose fuertes en el rio tiraban á los de caballo y á el escuadron de la infantería. Viendo Orgoñez que estaba hecho terrero de los arcabuceros, tomó por reparo un cerro pequeño que se hace en la falda de la sierra, á fin de dejar pasar alguna gente de caballo y de la infantería para poder mejor desbaratallos, y como Almagro vió

su gente retirarse tras del cerro, parecióle que era camino de perderse, y bajó de unas andas en que estaba y pidió un caballo y vino á la ciudad, y ántes que llegase á ella supo el desbarato de los suyos, y subióse á la fortaleza.

Hernando Pizarro, á esta sazón, ya pasaba la cienaga, que fué mejor de lo que pensaron, y no paró hasta pasar el rio; ya estaban pasados de la otra parte hasta cincuenta de caballo, cuando Orgoñez salió, hecho un escuadron con toda su gente, y el arcabucería de Hernando Pizarro jugó contra él todo lo que pudo, pasando por delante de los escuadrones de pié y de caballo. Orgoñez con su infantería se vino, las picas caladas, á romper con los de Hernando Pizarro, que haciendo lo mismo se iban á juntar con ellos. Orgoñez, á la vuelta que dió, traía intencion ó hizo muestra de romper el escuadron de pié, solo, delantero de todos, y revolvió sobre los de caballo, y rompió su lanza como valentísimo hombre, aunque no como sabio, porque estas vueltas que dió fueron de hombre desatinado. Hernando Pizarro y Lerma se encontraron, é hizo su golpe Lerma en el cuello del caballo, haciéndole ahinojar; Hernando Pizarro rompió en él su lanza, siendo

acometido de un escuadron de cuarenta de caballo, todos conjurados de no entender sino en matarle, por lo cual, como él ántes de entrar en la batalla lo supiese, se vistió de aquella manera y se puso la pluma tan grande y blanca, porque no le desconociesen sus enemigos yendo tan señalado; el cual, poniendo mano á la espada se defendió muy bien, mezclándose luego los unos con los otros.

A las compañías de Gonzalo Pizarro se les hizo muy bien, porque al tiempo que Orgoñez con su batallon dió la vuelta, dióles lado, por el cual rompieron echando muchos por tierra, y la infantería del Adelantado no llegó del todo á romper, ántes, viendo que la gente de caballo de su parte habian pasado sin órden, tomaron por reparo unos paredones que allí habia.

Andaba en este tiempo bien trabada la batalla, porque habiendo todos los más rompido las lanzas, poniendo mano á las espadas, se herian muy sin piedad; y era tanta la vuelta que andaba entre ellos, que algunas veces se desconocian, peleando contra sí mismos. Hernando Pizarro andaba discurriendo de una parte á otra, mostrando bien el deseo que tenía de ganar la victoria, y Orgoñez hacia todo aquello que podia, pero como Gonzalo

Pizarro habia rompido por el costado, como ya he dicho, hizo tanto estrágo en ellos, que no pudiéndole resistir, volvieron las espaldas huyendo por la sierra arriba; los de Hernando Pizarro siguieron el alcance porque no se hiciesen fuertes en el camino. Algunos caballeros de la parte del Adelantado quedaron á pié peleando, los cuales fueron socorridos de personas que los conocian y llevados algunos delante de Hernando Pizarro, el cual, paresciéndole que la segunda victoria le quedaba por ganar, que era vencerse á sí mismo no usando de particular venganza, á todos los aseguraba. Gonzalo Pizarro fué siguiendo el alcance, porque, como está dicho, no se rehiciesen. El Adelantado, por estar muy malo, no habia entrado en la batalla, sino que se vino dejando sus andas y subiendo en un caballo como ya está dicho, y se acogió á la fortaleza, sabiendo su rompimiento; Alonso de Alvarado le siguió y á él se dió, y le metieron por mandado de Hernando Pizarro en el cubo donde al mismo Hernando Pizarro habian tenido preso. Quedó Hernando Pizarro en el campo trabajando no se hiciese daño en los vencidos, porque, como venían con él muchos afrentados dellos, y trabajaban por se vengar, quedaron muchos en

el campo. De la parte de Almagro, Orgoñez, su Capitan general, con hasta cincuenta personas murieron; de la parte de Hernando Pizarro, hasta quince personas. Hubo muy grandes cuchilladas por las caras, porque como venían bien armados y traian celadas, no habia otra cosa más descubierta que los rostros, y todos los más golpes se tiraban á ellos. Entre la gente baja se robaban todo lo que podian, y Hernando Pizarro los afrentó mucho por ello, los cuales blasfemaban dél, y más de ahí adelante, porque todo cuanto se robó lo hizo volver á sus dueños.

Paulo, que vió la gente del Adelantado desbaratada, huyó, y Hernando Pizarro le envió á llamar, el cual vino con no poca vergüenza de lo que habia hecho. Llegado que fué Hernando Pizarro á la ciudad, el Adelantado le envió á rogar que le fuese á ver, el cual, no mirando á que cuando él le tuvo preso nunca le quiso ver, ni tampoco á los malos tratamientos que rescibió, fué á visitarle; el Adelantado lloró con él. Apiadándose mucho Hernando Pizarro le consoló, diciendo que á las personas valerosas solian acaescer semejantes casos, y que no llorase, sino que mostrase el valor de su persona, que él sería muy bien tratado y

su justicia sería bien mirada. El Adelantado le pidió que hobiese por bien que le visitasen los que quisiesen verle; Hernando Pizarro se lo otorgó y dió licencia para ello, hasta que el Adelantado, con estas visitaciones, acometió á hacer ofrecimientos y querer ganar las voluntades á algunos Capitanes que le visitaban, los cuales avisaron dello á Hernando Pizarro, y de allí adelante mandó que nadie le visitase. Púsole el Fiscal de V. M. acusacion de que se le dió traslado, y por toda orden de derecho se le hizo proceso, el cual se tardó en hacer cuatro meses. En este tiempo entendió la justicia en deshacer los agravios que se habian hecho por parte de la gente del Adelantado, y en hacer volver todo lo que el dia de la batalla se habia robado; y para hacer esto, mandó Hernando Pizarro diputar dos personas que entendiesen solamente en esto, y así sacaron á la plaza muchos caballos y otras cosas que se habian tomado, para que las conociesen sus dueños y fuesen entregadas á ellos.

Hernando Pizarro, hallándose con mucha gente, así de la que él trajo consigo como de la que el Adelantado tenía, y viendo que la comarca desta ciudad estaba muy fatigada, acordó de desbaratalla

desta manera: A el capitan Mercadillo dió la entrada y descubrimiento del paraje de Xauxa, el cual llevó parte de la gente. Al capitan Vergara envió á que entrase por la vía de los Guacamayos, con otra parte de gente. Al capitan Alonso de Alvarado envió á conseguir su conquista de los Chachapoyas. A Pedro de Candía, vecino desta ciudad, dió la entrada de los Andes, que es en el paraje desta ciudad; con este Capitan se juntó mucha de la gente que estaba con el adelantado D. Diego de Almagro, y habian venido con él de Chile con propósito de lo que adelante sucedió. Mandados caminar, todos se fueron á sus conquistas. La gente deste Pedro de Candía paró, en achaque de rehacerse, veinte leguas de aquí, desde adonde se carteaban con algunos amigos del Adelantado que quedaron en esta ciudad, y hablaron al capitan Castro, capitan de arcabuceros de Hernando Pizarro, que tenía á la guarda de su posada y de Almagro, ofreciéndole quince mil castellanos y mil á cada uno de sus soldados, porque se juntase con ellos y diese lugar á que Almagro se soltase; el cual avisó á Hernando Pizarro, y luégo Hernando Pizarro mandó prender á los que andaban en estos tratos, y mandó que

luégo pasase Pedro de Candía á su conquista. El cual se fué, y entradas sesenta leguas toparon alguna aspereza de camino, y echaron entre ellos nueva que por allí no podian pasar, y que por el Collao habia otra entrada mejor, y con este achaque se volvieron la vía desta ciudad; y como los que habian ordenado de libertar al Adelantado eran muchos, no lo pudieron tener tan secreto que dejase de divulgarse por todos ellos, y venían haciendo fieros, diciendo que no conocian á Hernando Pizarro, y otras cosas, y tendieron bandera en nombre de V. M., queriendo debajo deste color, como gente amotinada, venir á sacar á D. Diego de Almagro.

A esta sazón, D. Alonso Enriquez avisó á Hernando Pizarro como en esta ciudad habia doscientos hombres concertados de sacar de la prision á el Adelantado, y que les faltaba Capitan, porque Hernando Pizarro tenía presos todos los principales Capitanes, y que á él le habian requerido que fuese su Capitan; y que asimismo tenían echado en el camino de la ciudad de Los Reyes, en pasos ásperos, alguna gente para que se le quitasen si le quisiese enviar á embarcar para enviarle á V. M. Visto por Hernando Pizarro los motines y alborotos que habia, y sa-

bido la venida de la gente de Pedro de Candía, dobló la guarda en su posada y tuvo sufrimiento hasta tanto que se cerró el proceso; y al tiempo que se acabó de concluir, llególe una carta de Villacastin, Alcalde desta ciudad, como en un pueblo que le estaba encomendado, donde habia ido á visitar sus indios, habia llegado la gente de Candía, y que le habian tratado mal á él y á otros, amenazando que habian de sacar á el Adelantado, é ir á poblar por V. M. la provincia de los Charcas, á pesar de Hernando Pizarro porque no le conocian, y que estando en esto les habia ido nueva como Hernando Pizarro habia sabido su vuelta, y que enviaba á Gonzalo Pizarro con gente para hacerlos tornar á entrar, y que alborotados desto habian ordenado sus escuadrones para pelear con él. Vista por Hernando Pizarro la desvergüenza con que aquella gente venía, y el motin que en la ciudad estaba hecho, llamó á los Regidores y Alcaldes y algunos Capitanes de buen juicio, que le pareció que eran hombres desapasionados, y díjoles:

«Ya saben el alboroto y motin que hay entre esta gente de D. Diego de Almagro, y que asimismo mucha de la mia, por haberla quitado los robos que hicieron en la batalla, y por ofrecimientos que de

parte del Adelantado les han hecho, se han juntado con ellos. Háme venido esta carta, en que dice que la gente de Pedro de Candía está nueve leguas de aquí; son trescientos cincuenta hombres, y, segun las palabras dicen, vienen muy desacatados; tambien teneis, señores, cargo del pueblo como yo, y habeis de mirar lo que cumple al servicio de S. M. y sosiego desta ciudad, y porque podria ser que la alteracion demasiada, ó algun desamor, me hiciese hacer otra cosa de la que os pareceria ser razon, pídoos, señores, mireis el estado en que todo está, y el daño que puede venir y la enmienda que para ello se puede tener, y como hombres de tanta honra y buen juicio me aconsejeis lo que se debe hacer, para que S. M. no se desirva y esta ciudad esté en sosiego. Y porque podria ser que algunos en mi presencia no diesen el parecer tan libre como su juicio alcanzase, yo me quiero apartar; pídoos por merced que lo mireis bien, porque yo no haré más de lo que me aconsejáredes, que más quiero errar por parecer de todos, que no acertar por el mio.»

Y así se salió, y los dejó juntos; y despues de haberlo ellos platicado y consultado, enviaron á llamar á Hernando

Pizarro, y dijeron que ellos habian mirado lo que convenia tocante á lo que pasaba y él les habia representado, y que les parescia que ningun remedio habia para pacificar la tierra si no era sentenciar á el Adelantado, pues que era tan claro que por los notorios delitos merecia muerte, y que con ésta se aseguraria la tierra y se excusarian muchas muertes que se esperaban. Hernando Pizarro les dijo, que mirasen que para con Dios él descargaba su conciencia con ponerlo en sus pareceres, y que, como les habia dicho, aunque fuese el peligro tan grande, que bien conocia que á no hacerse la tierra se perderia, y las vidas de todos se pondrian en gran peligro, pero que á todo se pornia por no exceder de lo que á ellos les pareciese. Los cuales le respondieron, que meresciendo como merescia el Adelantado la muerte, que el ménos daño era sentenciale y esentar la suya, pues de no lo hacer se esperaba tan grande escándalo. Aquella noche tuvo Hernando Pizarro doscientos hombres en su posada, temiendo no diese en alguna trasnochada la gente de Pedro de Candía sobre él.

Luégo, de mañana, fué al Adelantado y le dijo que convenia, para acabar de cerrar el proceso, dijese su confesion, el

cual, con juramento, confesó los más delitos, y los demas, aunque les dió algun color, no los negó del todo. Tomada la confesion, le sentenció y notificó la sentencia, de la cual apeló y dijo cosas de gran lástima, tanto que Hernando Pizarro movido de compasion se salió fuera, y mandó que le fuesen á confesar. El Adelantado no se quiso confesar hasta tanto que Hernando Pizarro le tornase á ver; Hernando Pizarro le tornó á ver, y le consoló diciendo, que aunque sus delitos fueran muy más graves, él no le sentenciara, sino que le enviara á V. M., pero que los alborotos de su gente eran tantos que no daban lugar á ello, y que por la misma causa no le otorgaba la apelacion. Y así se salió para que le confesasen, no dejando de tener grandísima lástima de su muerte; el cual se confesó y ordenó su ánima. Fué aconsejado que, pues por los delitos tenía perdida la hacienda, que en el testamento la mandase á V. M., y así lo hizo. Hecho esto, se le dió un garrote en la cárcel por evitar escándalo, que, segun lo que estaba tramado, no podia sino ser mucho mal, y despues se sacó á la plaza con pregon y se le cortó la cabeza. Luégo le mandó Hernando Pizarro enterrar, y él fué á su enterramiento, y

mandó á los caballeros y Capitanes que allí estaban que llevasen sus andas; el cual se enterró muy honradamente, y Hernando Pizarro y su hermano Gonzalo Pizarro se vistieron de negro á sus honras.

Acabado de enterrar, los Oficiales de V. M., Tesorero, y Contador, y Veedor, que eran de la gobernacion del Adelantado, hicieron un requerimiento á Hernando Pizarro, diciendo que, pues el Adelantado era muerto, que á ellos como Oficiales de V. M., convenia y pertenecia gobernar, y que le pedian y requerian les dejase aquella tierra como la tenía el Adelantado. A Hernando Pizarro le pareció manera de escándalo y alboroto, que era lo mismo sobre que ántes habian debatido; mandólos prender, y luégo cabalgó para ir á castigar la gente del capitán Candía, que, como ya es dicho, venía amotinada, y llevó consigo hasta ochenta de caballo. Otro dia llegó adonde la gente de Candía estaba, y como supieron la nueva de su ida y de la muerte del Adelantado, muchos dellos huyeron, y los Capitanes les salieron á rescibir. Llegado media legua de ellos, dejó toda su gente porque no hobiese escándalo, y fué solo con un alguacil y un escribano, y tomó

la informacion, y aunque á todos halló culpados, á un Capitan que se decia Mesa, que habia sido su Capitan contra D. Diego, y por ofrescimientos de la parte del mesmo D. Diego de Almagro habia ordenado motin, hallóle más culpado que á todos, é hízole luégo ahorcar, y al Pedro de Candía y á algunos de los principales mandó que se presentasen ante el Gobernador. Este dia entendió en soltar muchos indios é indias que traian presos en cadenas y en haellos volver á sus tierras, entre los cuales habia muy gran clamor, dando gracias á sus Dioses y loando á Hernando Pizarro. Porque esta gente no se deshiciese, puso por Capitan della á Peranzures, y él mesmo se fué con ellos hasta tornalles á meter en los montes por donde habian de ir á hacer su entrada, porque yendo él con ellos no osaban hacer daño á los naturales que estaban de paz, ni prenderlos ni atarlos.

Hecho esto, llegaron á Hernando Pizarro indios de Atuncollao, que era una provincia que despues de la guerra y cerco del Cuzco le habia venido de paz, pidiéndole que él los socorriese, porque Cariapaxa, señor de la provincia de Lupaca, les hacía guerra, por ser amigos de los cristianos, y les venía destruyendo su tier-

ra, llamándose hijo del Sol y diciendo que todos le habian de obedecer por tal; y que ellos habian hecho todo lo que podian por defenderse, mas que si no los socorria era imposible sostenerse por ser gente muy belicosa; tenía su tierra este Cariapaxa cincuenta leguas de Atunco-llao. Luégo Hernando Pizarro tomó el camino para allá, con la gente que habia llevado y algunos peones que despues fueron tras él, y los indios enemigos, sabiendo que venía, se comenzaron á retirar y él fué en su seguimiento dos dias con toda la priesa posible, y como vió que era yerro fatigar todos los caballos, envió á Gonzalo Pizarro con treinta de caballo en su seguimiento, diciéndole que fuese largas jornadas hasta que los alcanzase; el cual lo hizo así, y se dió tanta priesa, que, aunque le llevaban mucha ventaja, los alcanzó otro dia y peleó con ellos tan animosamente, que, no pudiendo resistirle, volvieron las espaldas huyéndole, y siguió el alcance: adonde se desmandó un español, y por ser la tierra doblada le perdieron de vista, y cansándole el caballo le tomaron los indios á manos y se le llevaron. Vuelto Gonzalo Pizarro echaron ménos al cristiano, y Hernando Pizarro mandó al capitan Diego de Rojas

que con otros treinta de caballo fuese á saber dél y siguiese los indios porque no se rehiciesen. El cual los halló, parte de ellos, pasado el desaguadero de la laguna de Titicaca, que es una laguna grande que boja sesenta leguas, entran en ella muy grandes rios y desagua por uno sólo, y en los que no habian pasado dió sobre ellos y desbaratólos, y de los que se prendieron se supo como el cristiano habian tomado á manos y le habian sacrificado en un adoratorio que tenían en pasando el desaguadero.

En este desaguadero tenían una puente de balsas de enea, que es como juncia, sobre sus amarres, y temiéndose que los viniesen á buscar los cristianos la deshicieron. El Capitan, viendo no ser parte para ofendellos, se estuvo allí. Hernando Pizarro venía llamando toda la tierra de paz, favoreciendo mucho á los que venían, y por el contrario castigando á los que eran rebeldes; y llegado al desaguadero mandó hacer balsas, y acaso halló allí una madera liviana que es apropiada para aquello, la cual, Guainacaba, antecesor de los Ingas, la habia hecho traer allí en hombros de indios de más de trescientas leguas, para hacer las balsas en que él entraba á se holgar en aquella laguna en

sus fiestas, y de aquella madera se hizo una grande en que se metió Hernando Pizarro con hasta quince ó veinte hombres, y en las otras de enea se repartieron hasta otros tantos, y mandó que toda la gente demas quedase á caballo, porque se temia de cinco mil indios amigos que llevaba, que se le habian juntado de Atuncollao y de aquellos pueblos que iba pacificando, porque no tuviesen lugar de hacer algun engaño. Pues en comenzando á pasar, echándose al agua, los indios se pusieron de la otra parte á la orilla para defendel-les que no tomasen tierra, y cargaron tantos flecheros y honderos que los que remaban, por arrodelarse de las muchas piedras y flechas que llovian sobre ellos, dejaron de remar, y la furia del agua llevó las balsas el rio abajo, con tanta priesa, que los españoles no se podian gobernar.

Hernando Pizarro hacía todo lo que podia por que los indios remasen para que llegasen á tierra, mas eran tantos los flechazos y pedradas que no se podian valer, y fuera de toda órden iban por el agua abajo. Los españoles que quedaron á caballo de esta otra parte, viendo á Hernando Pizarro en tanto peligro y la priesa que le daban, echáronse al agua algunos dellos pensando poder socorrelle, y con

el peso de las armas no pudieron nadar los caballos, y ahogáronse ocho caballos con sus amos y nunca más parecieron; como esto vieron los indios, favoreseéronse en tanta manera que daban tanta priesa á los demas que casi ahogados tornaron á tierra; Hernando Pizarro salió con todos los que metió consigo, aunque los más venían heridos de pedradas y flechazos. Los enemigos quedaron con esta victoria con tanta soberbia que llamaban á grandes voces á Hernando Pizarro, diciéndole que por qué no pasaba, el cual, estando tan deseoso de la venganza de los españoles muertos, mandó luégo esa tarde traer más palos de aquella madera liviana que allí habia mandado traer el Guainacaba, como dicho tengo, y trajéronselos por la mañana é hizo hacer dos balsas grandes, y meterlas en la laguna que estaba allí junto la boca della por donde desagua, porque la furia del agua no las tornase á llevar, y mandó que los indios hiciesen balsas para sí.

Metióse Hernando Pizarro con cuarenta españoles á pié en la una balsa de las grandes y en la otra se metió Gonzalo Pizarro y Alonso de Toro con sus caballos, y díjoles que se viniesen en pos dél y que en ninguna manera saltasen en

tierra hasta que él la tuviese ganada porque no les matasen los caballos. Mandó Hernando Pizarro que los indios, desde que le viesan en tierra se echasen al río en sus balsas, porque no cargasen todos los indios á la parte donde él desembarcase, sino que se repartiesen por todas partes; y á Gonzalo Pizarro que, porque no le flechasen los caballos, se quedase atrás hasta que él hobiese tomado tierra, como ya les habia dicho.

Los indios, viéndoles venir cargaron con toda furia allí adonde él habia de desembarcar, por defenderle que no tomase tierra, y comenzaron á flecharle á mucha priesa y á darle muchas pedradas los honderos, que no parecia sino que granizaba. Hernando Pizarro, llegado que hubo cerca de la orilla y que se parecia el suelo, echóse al agua con la determinacion que llevaba, y estaba metido en ella hasta los pechos, y los demas, como le vieron dentro y con tanto peligro, haciéndoseles vergüenza saltaron asimismo, y mandó que volviese la balsa por los caballos que de la otra parte quedaban, y entre tanto fueron peleando hasta llegar á tierra, llegando mano á mano con los enemigos; los cuales por defendérsela, y él por tomalla, fué cosa de ver lo que pa-

saban, y la priesa que los unos y los otros se daban. En esto llegó Gonzalo Pizarro con su compañero, que no fué pequeño socorro los dos caballos. Los indios amigos echaron al río tantas balsas, que repartidos los enemigos á defender por todas partes la tierra, no pudieron resistirles que no ganasen la ribera, y les hiciesen volver huyendo. Las balsas de madera volvieron á gran furia á pasar caballos, que como allí era la boca del desagadero, estrechábase mucho la laguna, y entre tanto andaban los españoles peleando á pié, y como estaban armados, no les podían alancear, y andábase de una parte á otra recibiendo poco daño. Y andando desta manera, llegaron los caballos y los indios amigos, con los cuales fueron desbaratados; y siguióse el alcance tres leguas, porque es la tierra muy llana, en que hubo gran mortandad de los contrarios, y de los indios que se prendieron se hizo castigo, por haber sacrificado el cristiano. Luégo vinieron de paz todos los pueblos desta comarca, y tambien los que quedaban atrás estuvieron de paz; Hernando Pizarro los rescibió muy bien, haciéndoles muy buenos tratamientos á todos los que venían, de manera que los unos llamaban á los otros.

La gente de guerra que quedó de indios de este desbarato se fué á juntar á la provincia de los Charcas, con los naturales della, que es gente muy belicosa, y se pusieron en un paso fuerte á la boca de la entrada de la dicha provincia. Hernando Pizarro fué pacificando toda la provincia de Collasuyo y la provincia de los Carangas y de los Suras sin hallar resistencia, y á los que venían de paz, hacía muy buen tratamiento y dábales de sus joyas; de que los indios estaban muy contentos, conociendo la diferencia que se les hacía en el tratamiento de la paz al de la guerra, y así era dellos muy temido y amado. Todos los señores de estas provincias, dijeron á Hernando Pizarro, como á la entrada de la provincia de los Charcas estaba mucha gente de guerra junta, que le rogaban acabase de deshacerlos, porque si se volvian, por haber ellos dado la obediencia y hecho con él paz, los destruirian y matarian á todos. Hernando Pizarro les respondió que ántes moriria él que desamparallos, que queria ir con ellos y hacer aquello que le rogaban, y que estuviesen muy seguros que por tener paz con él no les habia nadie de hacer daño; y con esto que Hernando Pizarro les dijo, quedaron muy contentos. Luégo se partió la vía de la

dicha provincia á un valle que llaman Cotabamba, por ser muy abundoso de comida, que iba su gente algo necesitada della, y á la entrada del dicho valle, que es una tierra muy áspera, se pusieron los dichos indios á defendérsela. Defendiéronle el paso cinco dias por ser muy áspero, que le pusieron en mucho estrecho por falta de la comida, y al fin peleó con ellos y desbaratólos, y los indios amigos siguieron el alcance, porque por ser tan doblada la tierra no pudieron seguilles los cristianos; y así se metió en el valle, el cual es muy fértil, y toda la gente de los Charcas tienen en él su comida, porque los montes son estériles y en aquel valle hay muy grande abundancia, y dáse muy bien todo lo que en él se siembra.

Hernando Pizarro se bajó al valle ya dicho, y este dia llegaron cartas como el Gobernador estaba en esta ciudad, que venía á verle y á poner en sosiego la tierra, y en el camino topó con los Capitanes que Hernando Pizarro enviaba á descubrir y poblar, y á todos dió sus provisiones mandándoles y encargándoles trabajasen mucho en el servicio de V. M., procurando el acrecentamiento desta tierra y de la santa fe católica. Hernando Pizarro, por estar derramada la gente y

fatigada, no pudo tornar á salirse luégo con ella; dejó á Gonzalo Pizarro que quedase por Capitan de toda ella y estuviese en el valle hasta recoger todos los indios amigos, y reformar la gente de los trabajos pasados; y díjole que le parecia que aquella tierra era muy áspera y muy doblada, y que tenía muy más áspera la salida que la entrada, y la gente de aquella comarca era más belicosa y animosa que otra ninguna, y que sospechaba que le habian de tomar los pasos, y que, si así fuese, tenía por muy dificultosa la salida. Y que si supiese que se juntaban y le tenían ganados los pasos, que no saliese en ninguna manera sino que se estuviese en el valle, que es tierra llana y abundosa de mantenimientos, y que se pusiese en el pueblo que llaman Cotabamba, que es en el medio del mismo valle, y recogiese allí mucha comida, porque cargando muchos indios sobre él no le darian lugar á recogerla; habiéndole dicho que le avisase si le cercaban, que él le socorreria luégo, y que si dentro de cuarenta dias no venía carta suya, que cognosceria que estaba cercado y que no le podia escribir, que procurase de defenderse bien, que tuviese por cierto que él vendria á su socorro.

Y así se partió con solos siete de ca-

ballo, por estar toda la tierra de paz, hablando á la gente graciosamente, despidiéndose de ella, y asimismo á Paulo Inga, que era capitán general de los indios amigos; y vino por la tierra que habia hecho de paz, y por toda ella fué bien recibido y servido de los indios hasta llegar al Cuzco, que habia ciento treinta leguas, y allí halló al Gobernador y se rescibieron con amor de hermanos. Toda la gente del Cuzco se regocijó mucho con su venida, y se quejaban dél por habellos tomado de sobresalto, que tenían ordenada gran fiesta para recibille, y él se excusaba diciendo que ya sabian ser aquella su condicion; y es así, que siempre las jornadas postreras caminaba de noche y de dia, por tomarlos descuidados y que no le hiciesen rescibimiento.

Gonzalo Pizarro hizo lo que Hernando Pizarro le habia encomendado, que se fué al pueblo de Cotabamba, y luégo supo que le tomaban los pasos y se hacía gran junta de gente para venirle á cercar, y era imposible poder salir ningun español; recogió mucha comida y despachó mensajeros indios á hacerlo saber á Hernando Pizarro, y aunque algunos tomaron, todavía llegó allá su carta. Estúvose quedo, pareciéndole ser gran locura querer salir,

y los indios, viendo que no se movian, determinaron de ir á cercallos y acometellos en el pueblo; los cuales serían hasta veinte mil (que, como se juntaron en breve tiempo, entónces no serían más, aunque cada dia dende adelante se juntaban de todas las provincias comarcanas) y acometieron á los españoles, que serían hasta cuarenta de caballo y treinta peones, por cuatro partes. Gonzalo Pizarro los concertó, juntamente con cinco mil indios amigos que tenía, de manera que pudiesen ayudarse unos á otros, y así pelearon muy gran rato sin conocerse ventaja; pareciéndole á Gonzalo Pizarro que era tiempo de poner toda diligencia en desbatallos, entró por ellos muy animosamente, matando y hiriendo muchos; los cuales, aunque algun tanto se detuvieron, al fin, viendo el estrago que en ellos hacía, volvieron las espaldas huyendo, dejando cuatro españoles y doce caballos heridos y gran parte de los indios amigos muertos. Pero quedaron con tanto temor que no se osaron acercár más al pueblo, sino pusiéronse en todos los caminos y pasos por donde presumian poder salir, para tenellos así cercados hasta juntar gran cantidad de gente y dar en ellos; y para ponello en obra lo hicieron saber á Tiço,

que era capitán general del Inga en aquella provincia y grandísimo enemigo de cristianos, y como lo supo, en poco tiempo juntó cuarenta mil indios, y él se vino con ellos acercándose á Cotabamba, teniendo por muy cierto que en llegando él los españoles no serían parte para defenderse. Los cuales, en este tiempo, salían cada noche á dar en los indios que los tenían cercados, adonde Gonzalo Pizarro siempre entre todos se señalaba de manera que, en veces, tenían ya muchos dellos muertos.

La carta que Gonzalo Pizarro escribió llegó aquí á tiempo que Hernando Pizarro, habiendo consultado con su hermano el Gobernador lo que convenia, estaba ya de camino para ir á dar cuenta de todo á V. M.; y viendo la necesidad en que quedaba Gonzalo Pizarro, partióse luégo otro dia á gran priesa con la gente que de aquí sacó y la que se le juntó por el camino, que serían hasta cuarenta y cinco de caballo. El Gobernador partió tras él, mas los vecinos le hicieron volver, diciéndole que tenían al Inga cerca y que era causa muy bastante para que en ninguna manera saliese del Cuzco, sino que se diese órden en conquistalle; y paresciéndole que tenían razon y que Her-

nando Pizarro bastaba para aquello, se volvió de dos jornadas de aquí. Encomendó al factor Illan Xuarez de Carvajal que fuese con gente á hacer guerra al Inga, el cual estaba hecho fuerte en un peñol en el rio de Vilques. Llegado el Factor al rio, mandó á un Capitan de gente de pié que se quedase á guardar la puente, y él fué por lo alto de la sierra á dar en él, y avisó al dicho Capitan que en ninguna manera se quitase de la puente hasta que él le avisase de lo que habia de hacer. Ido el Factor, supo el Capitan, por relacion de indios amigos, que el Inga estaba con poca gente, y con codicia de prenderle y ganar él la victoria comenzó con su gente á subir la cuesta, y, como en extremo es grande y sin agua, obra de doscientos indios que los acometieron, los desbarataron y mataron al Capitan con veinte y tres de los suyos, escapando algunos por mucha ventura. El Inga huyó luego la vía de Guamanga, porque supo que ya el Factor por la otra parte le tenía ganado lo alto, el cual, siendo avisado de que el Inga habia huido y los españoles habian sido desbaratados y algunos muertos, sintiólo mucho y dejó el camino que tenía concertado, é hízolo saber al Gobernador, que no ménos lo sintió, y luego se partió

con algunos que le siguieron en busca del Factor, y juntado con él fueron en seguimiento del Inga, porque los indios no se favoreciesen con lo que habian hecho y fuése causa de hacerse poderosos. No pudo en ninguna manera verse con él porque se le retiró á la montaña de Guamanga, y paresciéndole hacer mucho al caso quitalle y atajalle los pasos, determinóse en fundar allí un pueblo de cuarenta vecinos, sacando de aquí y de la ciudad de Los Reyes gente para poblalle.

En esto llegó Ceballos con los despachos de V. M., y para entender en ellos vino aquí el Gobernador, y envió un Capitan con los vecinos desta ciudad en seguimiento de Villahoma, que andaba en la provincia de Condesuyo, y no pudieron hacer cosa ninguna porque los rios iban muy grandes. Hernando Pizarro, despues que de aquí partió, caminó con tanta priesa, que llegó en breve tiempo á Paria, que es un valle doce leguas de Cota-bamba, y sabido por la gente de guerra como iba, creyendo entrarian al valle por camino real adonde hay pasos muy malos, pusieron en ellos pasados de doce mil indios. Hernando Pizarro hizo poner mucha diligencia ántes de entrar en saber dónde estaba toda la gente de guerra, y

supo que le tenían tomado el camino y era imposible pasalle segun la disposicion dél. Acordó dejar allí quince de caballo que venían mas fatigados, y con los treinta caminó aquel dia y toda la noche, y fué á dar sobre los capitanes y gente de guerra que venían de los Charcas, que estaban de allí quince leguas al través de Cotabamba; no pudo ir sin ser sentido de las espías, avisando tres leguas ántes que llegase, y con el sobresalto alzaron real, y sin esperarse los unos á los otros, se fueron. Como los que estaban en guarnicion por todos los pasos cerca de Cotabamba supieron los capitanes ser huidos, desampararon los sitios que tenían; como lo supo Hernando Pizarro, envió á llamar los quince de caballo que habia dejado atras, y se juntaron. Toda la guarnicion de los doce mil indios que estaban en el camino real, viendo que los españoles lo tenían en medio y sus capitanes habian huido, se retiraron á la sierra muy desbaratados, dejando el camino desembarazado, y hobo lugar para juntarse Hernando Pizarro y Gonzalo Pizarro; siendo su buena diligencia bastante para que no se perdiesen, porque si llegara toda la gente que venía no podian dejar de morir.

De ahí á cinco dias llegaron cincuenta

españoles de pié y de caballo que enviaba el Gobernador en su socorro. Juntos, salió Hernando Pizarro con ellos del valle para ir á dar á una provincia que se dice de los Arfaraes, que es comarca de los Charcas; por el camino salian á ellos los caciques de paz, que, como los trataban bien, Tiço y todos los demas capitanes del Inga le vinieron de paz; que todos se maravillaron, porque este Tiço ha sido el mejor vasallo que ha tenido el Inga, pero el buen tractamiento que se les hacía quitó dél todo temor, y se determinó de venir á Hernando Pizarro. Trujo consigo muchos capitanes y caciques que descubrieron secretos de minas de oro y plata; las de plata son tan buenas que se saca dellas la plata fina. Viendo Hernando Pizarro cosa tan rica, parecióle que no era bien desamparar aquella provincia, y porque le pareció era bien entender en su jornada dejó allí la gente que traia para que se fundase un pueblo y los cristianos fuesen aprovechados, y la Real hacienda acrescentada, y tambien porque desamparándola luego se tornaria á alzar, dejando en esto mucha órden en toda la tierra; y tomando todos los que quisieron minas, señalóse para V. M. la mejor dellas, que dicen ser la de Guainacaba,

de donde se cree será muy acrescentada vuestra Real hacienda. Hernando Pizarro se vino para esta ciudad y trajo consigo á Paulo Inga y á Tiço con mucha gente, para ir á conquistar al Inga; y créese que, segun está encerrado, no puede dejar de ser muerto ó preso, con que la tierra se reformará, porque hasta que esto se haga todo está suspenso.

Pedro Anzures volvió de su jornada porque halló la tierra dentro despoblada, y se le murieron de hambre sesenta españoles, y comieron los caballos, y quiso llegar á un rio poblado, adonde tenía noticia haber mucha gente, y hallóse á diez jornadas dél, todas despobladas; y siendo forzado morir todos, pasando adelante, dió la vuelta, adonde pasó excesivos trabajos: para dar órden en dar otra entrada á esta gente se entiende agora. Asimismo va otro Capitan con gente á la provincia de Chile para poblalla, y Gonzalo Pizarro á la de los Charcas á hacer un pueblo. El Gobernador y el Obispo entienden en reformar la tierra; tienen mucho trabajo, porque hay muchos con quien cumplir y no mucho que dar. Acabado esto, se parten á la costa de la mar, adonde en el valle de Arequipa fundarán un pueblo; y mañana se parte Hernando Pizarro á dar

cuenta á V. M. de todo lo sucedido, cuya S. C. C. M., nuestro señor, guarde con acrescentamiento de muy mayores reinos y señoríos, con general obediencia del universo. — Desta ciudad del Cuzco, á dos de Abril de mil y quinientos y treinta y nueve años.»

